Presented to
The Library
of the
University of Toronto
~~by~~
from

the library of

the late Professor M.W. Buchanan

UNA
Cantiga Célebre
DEL REY SABIO

FUENTES Y DESARROLLO
DE LA LEYENDA DE SOR BEATRIZ, PRINCIPALMENTE
EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.

Memoria presentada en las oposiciones á la
Cátedra de LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS
de la Universidad de Santiago,

POR

ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR
Doctor en Filosofía y Letras.

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO MARZO
San Hermenegildo, 32 dupdo Tel. 3.127.
1904

UNA CANTIGA CÉLEBRE
DEL REY SABIO

L Por
A 388c
Yco

Alfonso X, King of Castile (el Sabio)
Cantigas de Santa Maria

UNA Cantiga Célebre DEL REY SABIO.

FUENTES Y DESARROLLO
DE LA LEYENDA DE SOR BEATRIZ, PRINCIPALMENTE
EN LA LITERATURA ESPAÑOLA.

Memoria presentada en las oposiciones á la
Cátedra de LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS
de la Universidad de Santiago,

POR

ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR
Doctor en Filosofía y Letras.

544955
2-7-52

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO MARZO
San Hermenegildo, 32 dupdo. Tel. 3.127.
1904

ADVERTENCIA

La presente disertación tiene por objeto el estudio crítico de la *Cantiga XCIV* del Rey Don Alfonso el Sabio, de las fuentes que pudo haber tenido y del desarrollo que más tarde alcanzó este asunto en las literaturas modernas, y de un modo especial en la española.

Aunque ligeramente, ha sido tratada ya esta materia por varios insignes romanistas como el ilustre Marqués de Valmar en la soberbia introducción que puso á las *Cantigas de Santa María*[1], y el príncipe de nuestros críticos, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en las *Advertencias preliminares* á las *Obras de Lope de Vega*[2] en la edición monumental que publica la Real Academia Española.

De aquí extractó D. Jacinto Octavio Picón

---

1 *Cantigas de Santa María de Don Alfonso el Sabio. Las publica la Real Academia Española.* Madrid, 1889. Establecimiento tipográfico de D. Luis Aguado, 8, Pontejos, 8; dos voluminosos tomos en folio; gran lujo, con láminas intercaladas. I 226 + CXXVIII + XXXVI + 214 págs.; II 214 á 807 págs.

2 Tomo V *(Comedias de vidas de santos y leyendas piadosas. (Conclusión.) Comedias pastoriles)*, pág. XXXV á XLIV.

el breve párrafo referente al asunto de la leyenda *Margarita la Tornera*, de Zorrilla, en el *Prólogo* que puso á la suntuosa edición de algunas otras leyendas de aquel egregio poeta [1] que, admirablemente ilustradas, hace poco han salido á la luz.

Pero además de ser todas estas breves notas incompletas, por lo que á la enumeración de formas de esta conocida leyenda atañe, ninguna ha establecido la comparación crítica de los textos de unas y otras, que es lo que aquí se intenta ahora, principalmente en las españolas.

La principal dificultad que ofrecen los trabajos de esta índole y, al mismo tiempo, lo que les presta mayor interés, es su relación con las literaturas extranjeras. En España padecemos lamentable escasez de libros y publicaciones forasteras, aun modernas, y el curioso vese forzado á emprender en su busca largas pesquisas, frecuentemente estériles, consumiendo en ellas tiempo y paciencia. Es además, condición propia de las materias bibliográficas é histórico-literarias, hallarse en estado de renovación continua, sin que jamás se puedan decir completas y cabales.

---

1 *Leyendas de D. José Zorrilla, Madrid* MCMI. *Manuel Delgado, editor* (Sucesores de Rivadeneyra). Dos gruesos tomos en gran folio. Las ilustraciones son de los Sres. D. A. Mélida (director), Jiménez Aranda, E. Simonet, M. Unceta, D. Urrabieta, E. Sala, C. Plá, A. Ferrant y J. Sorolla.

Por todas estas causas, el autor no osa afirmar que cite todas las versiones de la poética leyenda de Sor Beatriz, pero lo que sí cree poder asegurar sin arrogancia, es que no ha omitido ninguna de las de mayor interés é importancia verdadera.

Madrid y Diciembre de 1903.

I

Multitud de narraciones piadosas en la Edad Media. —Su clasificación.—Gran número de leyendas marriales.—Carácter que otrecen.—Repertorios y cancioneros de Santa María.—Sus clases.—Mérito que ostentan.

Durante la Edad Media copioso número de leyendas y narraciones piadosas de milagros, vidas de santos varones y favores celestiales, corrían de país en país, de santuario en santuario, de pueblo en pueblo. Su número se acrecentaba diariamente, no sólo con la adición de nuevos prodigios, mas con la de refundiciones nuevas de las ya conocidas. Al lado de las caballerescas historias de guerras y heroicas hazañas militares, las más apacibles de los combates de la virtud con el vicio y de los santos héroes de la piedad alimentaban el ansia del vulgo, siempre sediento de poesías y de cantares.

En aquellos tiempos de guerras, desmanes, é incesantes turbaciones, la fantasía de los cristianos volaba ansiosa al mundo invisible, donde únicamente parecía morar la justicia y de donde tan sólo esperaban el consuelo de las públicas desventuras. «No se contentaba el pue-

blo con escuchar de los labios de fervorosos predicadores las conmovedoras imágenes de los premios y de los castigos de la vida futura. Se complacía en verlas pintadas ó esculpidas en los templos ó referidas en piadosas leyendas. Distante estaba del concepto metafísico y espiritual que han formado de las cosas del cielo las generaciones modernas; mas por eso mismo se hallaba más ingenua y sinceramente como en comunicación intuitiva con el mundo sobrenatural» [1].

De tal sugestión religiosa en las imaginaciones cristianas, nació el sinnúmero de visiones, plácidas ó terribles, y de viajes á las regiones de ultratumba, cuyo simbólico y profundo sentido condensó Dante en la sublime manera de todos conocida.

El enorme cúmulo de esta literatura religiosa, así en España como en el extranjero, puede clasificarse en tres grupos ó secciones, conviene á saber: *Cuentos bíblicos*, sacados principalmente del Viejo Testamento y que constituyen la rama menos numerosa; *Vidas de santos*, que llegan desde los Apóstoles hasta los piadosos varones y fundadores de los siglos XII y XIII (Santo Domingo, Santo Tomás, San Francisco, etc.) y, por último, los *Milagros de Nuestra Señora* y

1 MARQUÉS DE VALMAR, *Estudio sobre las Cantigas de Don Alfonso el Sabio*, pág. 398.

favores por su intercesión obtenidos [1]. Todavía estas historias pueden clasificarse en *Milagros relativos á santuarios particulares* y *Milagros de carácter universal.*

Pero entre el casi infinito catálogo de tales historias, portentos y mercedes, el mayor número corresponde á la gloriosa Virgen María, objeto constante de fervorosa devoción en la Edad Media. La viva fe de nuestros mayores complacíase particularmente dirigiéndose hacia aquella singular criatura, nacida de madre mortal y formada del limo de la tierra, como los demás humanos, pero que por su pureza y santidad fué elegida para templo vivo de Dios hombre, y por sus virtudes mereció ser arrebatada á los cielos en cuerpo y alma, y allí colocada casi al nivel de su Divino esposo. *La Gloriosa* era para ellos como la santificación del humano linaje, guía y norte de salvación, mediadora entre el cielo y la tierra, fuente inagotable de misericordia y constante valedora de los pecadores. La Iglesia misma difundía esta devoción y afianzaba más y más tales creencias. Los hombres osaban demandar á María mercedes que no se atreverían á impetrar de Dios directamente.

Por todas estas causas las leyendas mariales son las más extendidas en los siglos medios, con

1 Vid. Mr. Petit de Julleville, *Poesie narrative religieuse; Chapitre I* de la *Histoire de la Langue et de la Litterature française*, tomo I, págs. 1 á 48.

notable mayoría. Fúndense en ellas la fe, el agradecimiento, la confianza y el natural deseo de certificarse más en la poderosa influencia que la Inmaculada ejercía en los inescrutables designios del cielo. Mas estas relaciones, como la mayoría de las hagiográficas del tiempo, no son, según algunos imaginan, consejas nacidas del fanatismo de gentes milagreras; son, en su esencia, al modo de cantos místicos y morales en los que, la piedad por una parte y la virtud por otra, dan á la sociedad saludables enseñanzas.

No puede negarse, sin embargo, que cierta especie de grosería muy propia de los tiempos, se une á este culto literario, y parece rebasar la dignidad de Nuestra Señora, mezclándola en aventuras demasiado terrenales, otorgándole un papel por demás complaciente y, para los criminalns devotos de su nombre, condescendencia tal, que casi llega á escandalizarnos. La fe de aquella edad era sincera y profunda, aunque acaso un poco dura, como la de los judíos. Necesitaba golpes que hiriesen fuertemente las imaginaciones, y los poetas los prodigaron, multiplicando los milagros, como en ciertos sombríos melodramas modernos se multiplican los crímenes innecesariamente.

No escasean entre estas historias los asuntos prosaicos y triviales como el de aquel caballero que suplicó y obtuvo de la Virgen la salud de

su caballo; ó el de aquel cazador á quien Nuestra Señora devolvió el halcón que se le extraviara. Otras veces aparece la Madre de Dios como una dama antojadiza y vanidosa; otras, en competencia de amores con una mujer; otras, como niña asustadiza, y hasta como amante celosa de su galán. También son frecuentes los motivos cómicos, como el caso de aquel devoto pintor que habiendo representado al diablo en figura fea y espantable y á la Virgen bella y santa, recibió la visita del propio Satanás, quien furioso por verse en tal retrato, arrojó al mísero pintor del andamio en que trabajaba; pero la imagen de María extendió el brazo y le sostuvo en el aire. Con todo, la mayoría de estas tradiciones son de alto sentido moral y religioso, de útil ejemplo para los cristianos y casi siempre de notable belleza mística: solamente la parte mínima excita hoy en nosotros una sonrisa de indulgencia.

Tan prodigiosa abundancia de narraciones milagrosas de la Virgen, inspiró desde muy antiguo la idea de recogerlas en antologías ó repertorios de cuyo número puede formarse idea por la *Biblioteca latina mediæ et infimæ aetatis* del infatigable bibliógrafo sajón J. A. Fabricio [1]. Monjes, clérigos y doctores trabajaron

1 Véase también la lista de las principales de estas colecciones, formada por los sabios romanistas MARQUÉS DE VALMAR, ADOLFO

á porfía en esta obra escribiendo voluminosas compilaciones latinas de historias marianales. Los trovadores, poetas y copleros divulgáronlas prontamente en los idiomas romances; y, por último, verdaderos artistas las llevaroñ después á la novela, á la relación lírica y al teatro. España, Francia, Italia, Alemania é Inglaterra cuentan en su literatura numerosas colecciones de esta índole, redactadas ya en sus idiomas propios, ya en dialectos de ellos, como el gallego, provenzal, catalán, etc.

La vida sobrenatural de estas leyendas es un manantial fecundo de poesía fantástica y pintoresca, muchas veces aprovechada por los artistas modernos. En estas narraciones deben venirse á burcar los gérmenes de muchos asuntos literarios que corrieron y corren con aplauso en el libro y en el drama. Las tradiciones marianas serán á veces triviales, poco respetuosas y hasta en ocasiones irreverentes; mas otras toman una grandiosidad y un interés extraordinarios. La belleza mística de los episodios y la fuerza expresiva de los pormenores, sólo pueden hallarse tan crecidas en aquellos siglos en que los sentimientos penetraban intensos en el alma, y no se desvirtuaban con el análisis ó la indiferencia.

MUSSAFIA, THEÓFILO BRAGA, ERNESTO MONACI, D'ANCONA, etc., en el tomo I de las *Cantigas*, páginas v y siguientes.

«El mundo moral y místico en que nuestros antepasados transformaban el real y físico, era un medio seguro de contener los malos instintos y pasiones del corazón humano; eran el estímulo de la caridad cristiana; eran la policía espiritual que, sin el aparato de la fuerza bruta, hacía la conciencia del católico juez severo de las acciones criminales, y aun el ejecutor íntimo del tormento que el malvado empezaba á sufrir antes de apartarse de la vida. Y ahora ¿qué nos queda capaz de refrenar las pasiones? El verdugo solo, las prisiones, los presidios para el miserable; la impunidad para el poderoso que goza de las riquezas mal adquiridas, de los crímenes cometidos sin temor á la justicia divina [1].»

1 D. AGUSTÍN DURÁN, nota al romance núm. 1.271. (*Romancero general*, tomo II.) (*Autores españoles*, tomo XVII, página 266, col. 1.

II

Las *Cantigas de Santa María* del Rey Sabio.—Importancia que ofrecen entre los demás cancioneros mariales.— La *cantiga XCIV*.—Asunto sobre que versa.—Sus condiciones poéticas.— Estados ó formas que toma en su desarrollo cronológico.

Entre todas las colecciones mariales de la Edad Media, ofrece singular interés la voluminosa compilada por el Rey Don Alfonso X, *el Sabio*, bajo el título de *Cantigas de Santa María*. Tras la dilatada espera de seis siglos, dióse al cabo á la luz tan venerable monumento de nuestra literatura, con verdadera suntuosidad, por la Real Academia Española de la Lengua, bajo la cuidadosa dirección del ilustre literato Sr. Marqués de Valmar, que llenó su cometido con la erudición y acierto que de esperar era.

No se trata ahora de hacer un estudio ó juicio de tan notable cancionero sagrado, tarea inútil y ridícula después de la magnífica y extensa introducción de que el editor le ha precedido, publicada en parte, separadamente, algunos años

más tarde [1]. Pero lo que sí conviene advertir aquí es que aun cuando el Rey Sabio comenzara á escribir en su mocedad estas piadosas trovas, no las reunió en forma de cancionero hasta pasado el año de 1257, ó quizás en los últimos de su vida (1275-1284).

Contiene esta obra unos 400 cantares ó *cantigas*, llamadas las unas *narrativas* por el Marqués de Valmar y que son en número de 359, y las otras *líricas*, porque, en efecto, son verdaderos himnos ó canciones en alabanza de la Gloriosa. Entre las cantigas de la primera clase se contienen casi todos los asuntos é historias marianas que entonces corrían por Europa; de manera que, considerado en general, este cancionero viene á ser como el gran archivo ó depósito de tradiciones piadosas de Santa María, al cual han venido á confluir todas las historias y leyendas diseminadas en las demás colecciones marianas.

En esta se encuentran las más célebres y repetidas, como el cuento de la *Abadesa encinta* (acaso la más extendida), la historia del

1 *Estudio histórico, crítico y filológico sobre las Cantigas del Rey Don Alfonso el Sabio. Lo publica la Real Academia Española. Segunda edición.* Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, año 1897. Un vol. de XXII + 400 páginas en 4.° Puede, además, consultarse el estudio que D. MIGUEL MORAYTA publicó en el periódico *La Raza*.

Monje Teófilo, también muy difundida [1], etc. Pero entre todas descuella por la poesía y be-

1 Son innumerables los escritos que, ya en prosa, ya en verso, refieren esta leyenda. Fué redactada primero en griego, después en latín y luego en las lenguas romances. D. ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL, en la pág. 89 y en las notas correspondientes, de su Memoria sobre *El Mágico prodigioso de Calderón*, aunque cita esta historia, omite las formas poéticas más principales de ella. Citaré solamente las *versiones dramáticas y las españolas* que el Sr. Moguel no menciona. Un drama de la monja HROSWITHA; otro francés de RUTEBEUF; otro italiano, anónimo, y dos en verso bajo alemán (ediciones DANSENT y BRUNS, *Romantische Gedicchte*, Berlín, 1791). Sobre todos ellos, y en general sobre la leyenda, deben verse las obras de Rutebeuf, por ACHILES JUBINAL (1839); la edición de este milagro hecha en 1838 por MR. MAILLOT, enriquecida con muy curiosas notas; el estudio de EMILIO SOMMER, *De Theophili cum diabolo fœdare* (Berlín, 1844); la *Histoire litteraire de la France*, tomo IX; la de PETIT de JULLEVILLE *(Poésie narrative religieuse*, tomo I; LEGRAND D'AUSSY, *Fabliaux ou contes* (París, 1829, tomo II); GUDIN, *Histoire des contes*, tomo I; PARIS Y ROBERT, *Miracles de Nôtre Dame*, tomo I; GASTÓN PARÍS, *La litterature française au moyen age* (París, 1890); MONMERQUÉ ET MICHEL, *Theâtre français du moyen âge* (París, 1836, páginas 136 y siguientes); PETIT DE JULLEVILLE, *Les Mysteres*, tomo II; D'ANCONA, *Sacre rappresentazzione*, tomo II, páginas 445 y siguientes. Las versiones españolas que el Sr. Moguel omite, son: FRAY JUAN GIL DE ZAMORA, *Liber Mariæ*, tract. XVI, cap. 5, mir. 14; *Castigos y documentos*, capítulo LXXXII; SANCHEZ BERCIAL, *Libro de Enxemplos* (Gayangos), número CXCII, y, sobre todo, la interesante comedia manuscrita que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional: *El levantamiento del ilustre Teófilo*, fechada en 1619 (51 hojas sin foliar á dos columnas). El asunto es exactamente el de la leyenda, con la misma intervención de la Virgen; no está mal versificada, tiene largas tiradas de sonoros versos; el papel del hechicero es bueno, y muchos episodios de gran interés. No costaría gran trabajo sostener que Calderón conoció esta obra. Varias otras de las casi infinitas versiones del caso de Teófilo pueden verse citadas en el primer tomo de las *Cantigas*, páginas LIX y LX.

lleza del asunto, la señalada con el número *XCIV* y á la cual se refiere la presente *Memoria*.

Relación de un caso prodigioso vulgar durante los siglos medios, antes y después del Rey Sabio, y aprovechado con feliz éxito en la literatura moderna, nacional y extranjera, por varios insignes escritores; este asunto viene á ser como la santificación del arrepentimiento, la apología de la expiación, y, á la vez, la consagración más pura de la infinita misericordia de la Madre de la piedad eterna. Idilio de plácida belleza en un principio, ofrece luego rasgos de pasión humana y real; detalles de candor y de abnegación, y á la vez de malicia y de perfidia; manejado con habilidad llega á emocionar al más indiferente, y siempre agrada, sea cualquiera el modo de contarlo [1]. Viva imagen de la vida humana, el conflicto que en él se plantea es el eterno del hombre sobre la tierra, siempre arrastrado por las encontradas fuerzas del espíritu y de la materia; la Reina de los cielos, principal personaje de la leyenda, lo envuelve en el nítido manto de su mística belleza.

Cierta monja de edad moza y hermosura extremada, tan modesta como obediente y devota, cuya cándida pureza la hace espejo de novicias y profesas, rinde singular amor y culto á la Vir-

---

1 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Observaciones preliminares* á la *Buena guarda*. (*Obras de Lope de Vega*, tomo V, pág. XLIII.)

gen María. Llámase de nombre Beatriz, según las más antiguas relaciones [1], y destinada al claustro desde niña, sólo conoce del mundo la silenciosa calma del monasterio y las fugaces ráfagas de la vida exterior que por la reja de su celda se entran. Acaso presiente otra existencia de mayor regalo; quizás adivina, más que recuerda, confusas descripciones de dichas y placeres, y á solas sueña con informes delicias sin nombre, y temblando osa imaginarse, acrecentadas, las bellezas de los campos, la alegría de las ciudades, la satisfacción de la libertad. Pero tales pensamientos son como fugaces rayos de luz, como doradas mariposas que rápidas atraviesan su pensamiento para perderse allá en los antros sombríos donde se amontonan las ilusiones malogradas y los sueños irrealizables. La verdadera dicha está en el claustro; la única felicidad en la oración.

Mas viene un día en que todos los vagos deseos, muertos apenas nacidos, todas las sugestiones del espíritu maligno toman forma corpórea y tangible en un apuesto galán. Véle la monja primero con indiferencia, con curiosidad luego y al cabo con interés. El industrioso doncel halla traza para hablarle; su figura es bizarra y hermosa, la palabra dulce y persuasiva, la astucia

1 El mismo nombre conservan las hagiografías latinas, pero así todos los redactores modernos han puesto empeño en cambiarlo.

mucha y acreditada. Con amoroso acento descríbele la anchura y deleite del mundo, el regalo de las ciudades, los placeres del amor y la fortuna y la alegría de la suelta libertad. Inocente y sencilla, la pobre monja escúchale por su mal; compara á solas las pintadas delicias con la sombría mansión del convento, su monótona vida con la gustosa agitación del mundo y del placer. Lucha y batalla entre sí, y, finalmente, seducida de las reiteradas promesas y excitaciones de su amante, acaso más llevada de la curiosidad que del cariño, decídese á tender su vuelo por el deleitoso campo del mundo. Todo se concierta para la fuga. La joven religiosa, que ni un momento dejó de tributar su acostumbrado culto á la Madre de la misericordia, antes de abandonar su monasterio para siempre, prostérnase ante el altar de la Gloriosa, y allí, con lágrimas en los ojos, despídese de ella encomendándose á su cariñoso celo, y le suplica proteja la comunidad que ella abandona [1]. Entrevése que la Virgen le perdonará su extravío, como el lector le perdona, movido de su incauta inocencia, porque le ve sufrir humildemente la fuerza de la pasión y porque se adivina que la pobre joven volverá purgada por el dolor antes de serlo por el arrepentimiento, y, en fin, porque se le

1 Este poético detalle ha sido conservado, con mejor ó peor fortuna, en *todas* las redacciones de la leyenda.

ve correr engañada tras la amargura del mundo á buscar la muerte de sus alegres ilusiones.

En brazos del amor olvida pronto los recuerdos del convento. La existencia se le ofrece como un vergel florido. Fiestas, regocijos, saraos, placeres, á todo se entregan locamente ambos amantes en la ciudad que eligen por refugio; mas pronto llega el hastío del doncel, y, cansado de la triste monja, la abandona villanamente. El desconsuelo de la infeliz es tan intenso como discurrirse puede. Viéndose sola y pobre, torna en su acuerdo, y, arrepentida y horrorizada de sí misma, vuelve al monasterio para confesar sus culpas y hacer de ellas penitencia.

Ignorando cómo la recibirán, llégase á la portería de la santa casa preguntando si recuerdan una monja llamada Beatriz que antes allí vivía. Su asombro es infinito al escuchar la respuesta de que Beatriz habita, como siempre, aquel convento, sin haberlo abandonado un punto y siendo, desde su infancia, asombro de pureza y santidad. Después aparécesele la Virgen María en persona y le manifiesta el extraordinario favor que por ella ha hecho. Movida del amor que le mostrara, tomó la propia figura corporal de la infiel religiosa y á maravilla llenó sus deberes conventuales. Nadie, pues, notó aquella fuga. La monja, arrepentida y medio muerta de asombro y gratitud hacia la Reina de los ángeles, vuelve á tomar su hábito y á ocupar su cel-

da, y, entregándose á durísima penitencia, acaba la vida en opinión de santidad.

Tal es el hermoso argumento de la *Cantiga XCIV* de D. Alfonso X, argumento que multitud de escritores antiguos y modernos han aprovechado, convirtiéndolo en *fabliau*, en milagro, en drama, en novela y en narración poética; claro es que, con desigual fortuna, no tan sólo por la diversidad de manos y de tiempos, mas también por el medio, forma ó género poético que para ello emplearon.

Esta leyenda podrá parecer cándida á algunos y á otros irreverente, y tiene, como todas las de su índole, acaso el peligro de exagerar hasta temerario extremo, la ciega confianza en la misericordia divina, aun respecto de los mayores criminales; pero, sin disputa, es admirablemente poética, y así lo entendieron los escritores de todos los siglos.

Examinando sumariamente el desarrollo general que tuvo, nótase que ofrece diversas formas ó versiones encaminadas á despojar el asunto de aquellos elementos antipoéticos ó poco reverentes que pudieran darle cierto carácter sacrílego en las anteriores redacciones.

Tres son los principales estados de este asunto, y adviértase, á título de curiosidad, que los tres corresponden al principio, medio y fin del siglo XIII, tiempo en que esta leyenda debió alcanzar el máximum de su popularidad.

I. Primeramente el raptor de la monja es un sacerdote impío que abandona á su querida al notarla encinta. La infeliz apóstata, falta del apoyo de su falaz seductor, cae en lo más hondo de la miseria y se convierte en pública meretriz. Aunque estos pormenores no sean totalmente inverisímiles, no cabe dudar que tal forma es antipoética y grosera, y así fué tan poco seguida. Esta, no obstante, es la adoptada por la hagiografía latina, como diremos.

II. Después la extraviada religiosa se fuga con un galancete seglar, especie de Don Juan Tenorio de la Edad Media, y con él se establece en alguna populosa ciudad, donde, entre caricias y diversiones, pasan los años y se agotan los dineros. En este momento es cuando la leyenda se encuentra en su más artístico é interesante estado.

III. Por último, en la postrera versión, la dama no es sino novicia ó doncella recogida en algún monasterio ó casa de piedad; el raptor es su amante, que de allí la saca para casarse, viviendo felices largos años. Al cabo la ex novicia tiene un sueño ó visión en que la Virgen se le aparece, reconviniéndola por su abandono. De aquí se sigue el ingreso de ambos cónyuges en la religiosa vida de sendos monasterios. Dificultado se vería en extremo el artista de nuestros días que con tan vulgar asunto quisiera componer interesante y poética relación; por esto,

comprendiéndolo así los poetas modernos que intentaron dar á esta bella leyenda forma adecuada, abandonando esta última relación inspiráronse en el que hemos calificado de segunda.

No se crea, sin embargo, que estos tres estados responden á tres fuentes ú orígenes diversos; son, simplemente, nuevas redacciones de un mismo asunto. Los primeros que lo recogieron consignáronlo en su primitiva crudeza, ya sea como realmente pasó (si esta leyenda, como tantas otras, tuvo origen real) ó por esforzar más el milagro de Nuestra Señora. Después, el más refinado gusto de los tiempos purgó la historia de todo pormenor grosero, imprimiéndole un carácter poético á la par que religioso. Miramientos posteriores de gentes timoratas, recelosas del mal ejemplo que los poco seguros en la fe cristiana pudieran tomar de la tradición [1], privaron del carácter religioso á los personajes que en ella intervienen y los redujeron al rango de simples particulares. Si de este modo se evitaba el mal ejemplo, disminuíanse también en gran manera la fuerza dramática y el interés poético del argumento.

1 Estas causas se declaran en el capítulo X al tratar de la comedia *La Buena guarda*, de LOPE DE VEGA.

III

Semejanza de la historia de sor Beatriz con otras mariales.—Gran ciclo en que puede comprenderse.—Otras leyendas de fugas de religiosas.—La historia de *El Sacristán y la Dama*.—Su examen.—Verdadero carácter de nuestra tradición.—Milagros de Nuestra Señora que lo ofrecen idéntico.—La historia del campeón de Santa María y la del caballero que ofrece su mujer al diablo.

El asunto de esta relación milagrosa puede comprenderse en aquel gran ciclo de tradiciones piadosas y leyendas hagiográficas que parecen tender á demostrar el problema teológico, tan caro á nuestros escritores, de que la fe viva, aun sin las obras, pudiera bastar para salvarse. No es otro el espíritu que informa varias relaciones dramáticas, líricas y novelescas, entre las que sobresalen las dos grandes concepciones teatrales de Tirso y de Calderon, *El condenado por desconfiado* [1] y *La devoción de la Cruz,* drama este último también inspirado en una de las tradiciones mariales de la Edad Media, por más que pudie-

---

1 Sobre las fuentes y desarrollo de este asunto puede verse el erudito discurso leído por D. Ramón Menéndez Pidal, ante la Real Academia Española al tomar posesión de su plaza de académico de número.

ra creerse originario de España, donde tantas veces la musa popular, y aun la erudita, ensalzaron á nuestros más denodados bandoleros.

Mas, aparte de tan remota semejanza, ó por mejor decir, coincidencia, otras más propincuas pueden descubrirse entre la tradicion de la religiosa Beatriz y algunas mariales del mismo tiempo.

Con efecto, por lo que se refiere á la seducción de una piadosa monja y á su fuga del convento, otras varias narraciones milagrosas corren en las compilaciones de los siglos medios que á ésta se parecen, y de entre las cuales citaré tan sólo tres de las más famosas.

I. Una monja, devota de Santa María, se enamoró de un caballero. Este, movido por el demonio, iba á sacarla del convento y la esperaba en un corral. Ella, entretanto, tuvo un sueño que la aterró, porque vió los tormentos del infierno, é invocó á Santa María. Apareciósele y despierta ya la monja, fué á donde estaba el galán con su gente y le dijo: *Ya fuera de aquí no me verá hombre alguno, y no deseo más amor que el de la Reina celestial* [1].

II. Otra religiosa sacristana que amaba pro-

1 El mismo asunto trataron GAUTIER DE COINCI (edición Poquet, col. 475); ETIENNE DE BOURBON (párrafo CXXVIII) Herolt (*Promptuarium exemplorum*, V, 36), y, entre nosotros, el Rey Sabio (*Cantiga* LVIII); CLEMENTE SÁNCHEZ BERCIAL (*Libro de los Enxemplos*, num. CCXIV, etc.

fundamente á la Virgen, decidióse, olvidando su honra, á huir del convento con un caballero. Fué á despedirse, prosternada, de la imagen de Nuestra Señora, la cual derramó lágrimas. La monja, al levantarse, se acercó á un crucifijo; Jesucristo apartó un brazo de la cruz, dió á la religiosa un bofetón y le dejó en la cara, como estigma, la señal del clavo [1].

III. En la abundante colección de cuentos y narraciones religiosas medioevales, gloria de la literatura francesa, hállase uno por demás curioso, que ofrece bastante analogía con el caso de Beatriz, aunque aquí los términos se hallan invertidos. Intitúlase *Le Soucretain et la Fame au chevalier* [2], y se debe á la regocijada vena del famoso trovero Teófilo de Rutebeuf.

Después de la obligada introducción en alabanza del poder divino, comienza describiendo el monasterio del sacristán á cuya iglesia solía ir á rezar una bella y cristiana dama, casada con un caballero de la ciudad. El sacristán, á fuerza de ver su hermosura y devoción, tentado del diablo (no obstante su religiosidad y sus lu-

1 El mismo caso refieren CESAREO DE HEISTERBACH (VII, 33); el Rey Sabio (*Cantiga* LIX); los *Castigos é documentos* (capítulo XVIII), etc.

2 *Fabliaux et contes des poètes françois des* XI, XII, XIII, XIV *et* XV *siècles...*, *publieés par* BARBAZAN, *nouvelle edition augmentée... par* M. MEON. (París, Crapelet, MDCCCVIII; 4 volúmenes en 4.°), tomo IV, páginas 119 á 143. El original se halla en los MSS. números 7.218 y 7.633 de la Biblioteca Nacional de París. Tiene 762 versos.

chas), acaba por enamorarse perdidamente de ella. El caso es, que el común enemigo enciende también en la dama fogoso y sacrílego amor, y así, cuando el religioso se decide á descubrirle su pasión en la misma iglesia, ella le recibe del modo más lisonjero.

Este diálogo es muy curioso. Conciértanse con admirable tranquilidad para huirse á la población donde puedan gozar de su compañía.

Dist le Chanoine: douce amie,
sachiez ce ne refus-je mie,
quar c'est li miendres que g'i voie:
cr nous meterons ó la voie
anquenuit, de nuiz mouverons
a tout quanques nous porterons.

Efectivamente, vuelta la dama á su casa, y favorecida por la ausencia de su marido, á quien diversos negocios entretienen en la corte, toma sin escrúpulo cuantas cosas de valor halla á la mano.

Robes, deniers et de joiaus
les plus riches et les plus biaus:
s'ele en péust porter la cendre,
ele l'alast volontiers prendre,
quar la gent qui ainsi babeure,
tient á perdu ce qui demeure.

Entretanto el sacristán no se aprovecha menos de las riquezas de su convento.

Tout prend, tout robe, tout pelice,
n'i a lessié croiz ne chalice;
un troussiau fet, troussiau més trousse,
le troussiau prent, au col le trousse.

Por último, tan fácilmente equipados, parten

juntos y no cesan de caminar hasta hallarse á quince leguas de su país.

En la vile ont un ostel pris,
encor n'out de noient mespris,
ne fet pechié, ne autre chose,
dont Diex ne sa Mere les chose.

Al día siguiente los frailes, admirados de no oir tocar á maitines, ni

soner cloche
ne chanpenele ne *reloge*,

salen en busca del sacristán, y su espanto sube de punto al hallarse robados todos sus tesoros. El abad se desespera, y el tesorero y los monjes lloran sus riquezas, sus vasos y sus ornamentos sagrados.

Vuelve de la corte el burlado esposo, y al verse abandonado de su mujer y su casa así robada y desguarnecida, arde en furiosa cólera. Al cabo las aunadas pesquisas de los frailes y del caballero dan con los culpables, cuando ya habían gastado buena parte de sus riquezas, y la justicia los reduce á prisión. Los desventurados, en tan duro trance, elevan sus oraciones al cielo suplicando á la Virgen María los libre de aquel trabajo. Estas plegarias son el fragmento más hermoso de toda la historia.

Aparéceseles efectivamente, la misericordiosa Virgen.

Bien a oïe la complainte
la Mere Dieu de la gent sainte,
si comme il i a bien paru:
en la chartre á els s'aparu.

De la grant clarté souveraine
fu si toute la chartre plaine,
que la gent qui furent humain,
ne porent movoir pié ne main:
cele clartez qui si resclere,
avoec tout ce si souef flere.
Devant els vint la glorieusse,
qu'a nul besoing n'est oublieuse,
les maufez tint enchaenez
qui ces genz ont si mal menez;
tant d'amor lor commande á fere
comme il lor ont fet de contrere.
Cil ne l' osserent refusser,
ne ne s'en porent excuser.

Los diablos llevan rápidamente sobre su cuello á cada uno de los culpables; á la dama la meten en el propio lecho de su marido, tan dulcemente que éste no se despierta; al sacristán le conducen al convento con cuanto sacó de él.

Maravillados los monjes de oir tocar á maitines, bajan asombrados á la iglesia, y hallando en ella al sacristán el Abad, con excelente acuerdo le dice:

¿Biaus douz amis,
qui vous a ci iluec tramis?
Alez, en autre leu entendre,
quil n'a més oú tresor que prendre.

El monje se sincera enseñándoles los tesoros. Cuando ven de nuevo las riquezas que creían perdidas para siempre, su sorpresa corre parejas con la del caballero que, al despertarse, halla los efectos robados y se encuentra al lado de su mujer. Tanto el marido como los frailes, creen verse en presencia de algunos fantasmas infer-

nales y, puestos de acuerdo, acuden á la ciudad.

Hallan en la prisión encadenados una dama y un monje enteramente semejantes á los culpables. Van á consultar al obispo sobre esta aventura extraordinaria. Llega el prelado, y con agua bendita exorcita los dos prisioneros y los conjura en nombre de Dios que digan quiénes son. Los diablos, obligados á responder, no osando mentir en presencia del obispo, confirman que por su instigación huyeron el sacristán y la dama, pero que, á pesar de sus esfuerzos, no pudieron hacerlos caer en pecado.

Quand ces genz la parole oïrent,
molt durement s'en esjoïrent:
li Chevaliers a molt grant joie,
tart li est que sa fame voie;
si l'embracera doucement,
quar or set-il bien voirement,
qu'il a preude fame sanz doute.
La gent de l'Abeïe toute
refet grant joie d'autre part;
D'iluec cele gent se depart.

Con lo que el milagro termina.

La semejanza de la leyenda de sor Beatriz con las dos primeras fué ya señalada por varios célebres romanistas, como el Marqués de Valmar y el Sr. Mussafia, asimilando á la *Cantiga XCIV* del Rey Sabio todas las otras cantigas y tradiciones mariales que se refieren á fugas de religiosas.

Pero en lo que yo creo estriba el nervio de esta leyenda y lo que, á mi juicio, la caracteri-

za y esencialmente diferencia de las antes indicadas, es la circunstancia de tomar la Virgen figura corporal y humana á semejanza de una persona viva. Paréceme que deben considerarse el estado de religiosa de la protagonista y la huída del monasterio como episodios y pormenores que, si bien dan mayor belleza á la relación, no trascienden á la medula de ella. El rasgo más saliente y típico entiendo sea la metamorfosis de Nuestra Señora, como el principal fin probarnos su inagotable misericordia.

Desde este punto de vista, la leyenda de sor Beatriz se relaciona con otras dos, las únicas que hallo de semejante carácter en las colecciones hagiográficas marianas.

I. Cierto valeroso caballero, muy devoto de María, ayudaba á un Conde en sus expediciones y empresas militares. Un día, detenido por oír tres misas, llegó tarde á la pelea. La Virgen, para salvarlo de la vergüenza, envió al campo de batalla un adalid, con la figura de aquel caballero, que mató muchos enemigos, hizo extraordinarias proezas y decidió la victoria en favor de su bando. Cuando lo encontró el Conde, echóle los brazos al cuello colmándole de alabanzas. Sorprendióse el guerrero; mas, al cabo, conoció que todo era obra de la mano divina.

Esta leyenda, por su índole religioso-caballeresca ó guerrera, que tan bien cuadraba en los gustos de la Edad Media, hállase incluída en

muchos repertorios de milagros y ofrece diversas versiones [1]. También presenta algunas veces la variante de que el caballero devoto no va á la batalla, sino á un torneo, y, al salir de la iglesia, maravíllase de verse celebrado por los mismos que se declaran vencidos por él [2]. Pero la circunstancia más curiosa de esta historia es el empeño puesto por los colectores en dar nombre al piadoso guerrero [3].

II. La otra leyenda es una de las más hermosas de este milagroso repertorio, y, por tanto, muy repetida por los escritores antiguos de todos los países. Es la historia de un caballero mozo, de genio tan liberal y pródigo, que, habiendo malversado su hacienda, vese reducido á estrechísima pobreza. Lamentando su desgracia se hallaba cierto día, cuando se le hizo encontradizo el diablo y le prometió cuantiosas riquezas sin más precio que la palabra del arruinado caballero de traerle allí á su mujer propia

1 He aquí las principales: JACOBO DE VORAGINE, *Legenda aurea*, CXXXI, 2; *Fabliaux* (ed. BARBAZAN-MEON, I, 82); *Marienlegenden* (ed. PFEIFFER, IV); CESÁREO, VII, 38; *Cronaca di Papi* (vid. REIFFENBERG, *Annuaire de la bibliothèque royale de Bruxelles*, 1846); *Predigtmärlein* (ed. PFEIFFER, XXX); *Crónica holandesa* del siglo XIV, etc.

2 Verbigracia: *Du chevalier qui ooit la Mese, et Nostre-Dame estoit pour lui au tournoiement (Fabliaux et contes*, de BARBAZAN-MEON, tomo I, páginas 82 á 86).

3 La *Cronaca di Papi* y la XXX de la *Predigtmärlein*, antes citadas, le llaman Walter de Birbaco (*Walterus Birbeck* y *Birberg*) y la *Crónica holandesa* del siglo XV, Walter Persyn.

Conviene saber que esta señora es una dama hermosísima y muy piadosa, de singular devoción á la Virgen María. Duda el caballero, mas, al cabo, accede. Pártese á su morada; halla los tesoros ofrecidos y se dispone á cumplir la palabra á Lucifer. Caminando hacia el lugar de la cita, muy á disgusto de la religiosa señora, que, aunque ignorante del fin de tan inopinado viaje, repugnaba salir de su casa por ser día de la Virgen y quería rendirle culto en su capilla, pasan ante una pobre ermita erigida á la Gloriosa. Obtenida licencia de su esposo, éntrase la dama á rezar en ella, y, mientras lo hace, quédase dormida. Entonces, la imagen de Nuestra Señora que en la capilla estaba, milagrosamente animada, bájase de su altar, toma el rostro, vestidos y apariencia de la devota dama y, saliendo al camino, cabalga al lado del ya impaciente caballero. Nadie percibe la substitución sino es el diablo, que, al verlos llegar, prorrumpe en horribles bramidos, motejando de falaz y desleal al asombrado caballero. La misma Virgen, después de ahuyentar á Satanás, le entera de lo pasado y le manda recoger á su esposa, que aún continúa durmiendo sobre las losas de la capilla. Enterada la dama de tan prodigioso caso, reduce á su marido á repartir entre los pobres el dinero de Lucifer y á vivir largos años en devota y feliz vida.

Por el movimiento y viveza del asunto alcan-

zó esta historia multitud de formas y versiones [1].

1 JUBINAL, *Le dit du pauvre chevalier (Nouveau recuil de contes*, París, 1839, tomo I, pág. 136); GIUSSEPE PITRE, *Fiabe siciliane (Biblioteca delle tradizioni populari siciliani,* tomo VII), número CCXX; *Du chevalier qui donna sa femme au diable* (drama del antiguo teatro francés) (MOMMERQUÉ ET MICHEL, *Theatre français du moyen âge* (París, 1836); PETIT DE JULLEVILLE, *Les Mystères*, tomo II); Una balada alemana (PUYMAIGRE, *Le poésie populaire en Italie*, pág. 42); HAUPT. *Alsd. Bl.*, II, 79; JACOBO DE VORAGINE, *Legenda aurea*, CXIX, 3; *Miracoli della Madonna*, I; *Marienlegenden* (edición Pfeiffer, XX); otra leyenda alemana de EHREUFREUND (edición LASSBERG, Licdersaal, CLXXX), etc.

IV

Trascendencia que tuvieron en España estas dos leyendas.—El Campeón de Santa María en la Edad Media.—Formas dramáticas de la historia.—El Caballero que ofrece su mujer al diablo.—Diversas redacciones.—Juicio general de estas leyendas.

Del mismo modo que la leyenda de Sor Beatriz, las dos últimamente citadas tuvieron en España notable desarrollo poético. La primera de estas historias milagrosas lo alcanzó mayor porque, efectivamente, parece más artística que la segunda, y también más del agrado y apropiada á la fe de nuestros mayores.

No pasó de la Edad Media la historia del Caballero que ofrece su mujer al diablo, mas no asi la del campeón de Santa María, que, en forma dramática, corría con éxito durante los siglos XVII y XVIII. El examen de las diversas redacciones de este cuento en nuestra patria, merecía un estudio especial. Indicaremos algunas.

Al Rey Sabio debe, naturalmente, acudirse para hallar la primera forma que tal leyenda tuvo entre nosotros. La *Cantiga LXIII* [1]: (« *Como Santa María sacou de uergonna á un ca-*

---

1 Tomo I, págs. 90 y 93.

ualeiro que ouuer'a seer en a lide en Sant'Esteuan de Gromaz, de que non pod'y seer polas suas tres missas que oyú»), aunque seguramente derivada de alguna versión latina, supone el hecho en España, siguiendo la tradicional costumbre de nuestros hagiógrafos, en tiempos del Conde de Castilla, D. García Fernández, hijo y sucesor del célebre Fernán González, y en la formidable batalla de San Esteban de Gormaz, que no detuvo la marcha triunfal de los árabes.

La *Cantiga* principia de este modo:

Quen ben seru'á Madre do que quis morrer por nos, nunca pod'en vergonna ceer.

D'est'un gran miragre uos quero contar
que Santa María fez, se Deus m'anpar
por hun caualeiro á que foi guardar
de mui gran uergonna que cuidou prender.

Describe brevemente la devoción de este caballero, que no nombra, y sigue:

E de bõos costumes auía assaz,
e nunca con mouros quis o auer paz;
porend'en Sant'Esteuan de Gromaz
entrou, quand'Almançor a cuidou auer.

Luego trata del conde D. García

que enton
tiynna o logar en aquella sazón

y de sus empresas guerreras. D. García se pagaba mucho de la amistad y compañía del piadoso caballero.

E auẽo ll'un dia que quis sayr
con el Conde por na hoste yr ferir
dos mouros; mais ante foi missa oir,
como cada día soya fazer.

No solamente oye una misa, sino otras dos que salieron. Estando en la iglesia llega su escudero á buscarle, diciéndole cómo la batalla se recrudece y que en ella hará falta; mas él se encomienda á María y no le atiende. Terminadas las misas, cabalga, y en el camino halla al Conde rodeado de sus caballeros. D. García le echa los brazos al cuello, y con demostraciones de júbilo le dice:

> En bon ponto uos fui connocer,
> ca se nos non fossedes, iuro par Deus
> que uençudos fóramos eu e os meus;
> mais tantos matastes uos dos mouros seus
> del rei Almançor, que ss'ouue recreer.
> E tanto fazestes por gannardes prez,
> que iá caualeiro nunca tanto fez.

Parecidos elogios le tributan los demás con el subsiguiente asombro del caballero. Mas luego que repara en sus armas melladas y tintas en sangre, comprende la existencia del milagro

> que d'outra guisa non podía seer.

Por los mismos días que Don Alfonso redactaba las *Cantigas*, Fr. Juan Gil de Zamora escribía también su compilación latina, llamada *Libro de Jesús y María* ó *Liber Mariæ* [1], dedicado al Rey Sabio y quizá por su mandado co-

---

1 Así explica el P. FITA que debe llamarse: *Poesías inéditas de Gil de Zamora*. (*Bol. de la Acad. de la Historia*, tomo VI, páginas 379 á 409), pág. 409.—El original de esta compilación se conserva en un códice Ms. en vitela, de letra del siglo XIV, en 4.°, en la Biblioteca Nacional, sigt. *Bb. 150*.

legido. El milagro 8 del tratado VII [2] de esta obra no es otra cosa que la breve relación del guerrero de Santa María.

«Quidam miles, dice Zamora, valde strenuus et Beatæ Mariæ valde devotus, ad torniamentum vadens primo quoddam monasterium ad honorem Beatem Mariæ constructum, in itinere repertum, missan auditurus intravit.»

Como las misas se sucediesen y el devoto guerrero oyese hasta tres, recelaba llegar tarde al palenque; mas al salir del templo vió un tropel de caballeros, y maravillado, oyó su conversación.

«Quod dum omnes qui aderant assererent, et universi eum strenuisseme militasse ad clamarent unanimiter, necnom et quidam qui se ab eo captos dicebant se eisdem ostenderem.»

El Caballero, hallando tan visible la protección de María, se entra en religión, donde la sirvió hasta su muerte.

El P. Fita cree que esta leyenda es una «abreviación harto sobria de la *Cantiga*». Con perdón del sabio jesuíta, paréceme que Gil de Zamora no se inspiró en la relación del Rey Sabio, sino acaso en alguna francesa, ó en la tradición oral. El guerrero de Zamora va á un torneo *(torniamentum)*, como ocurre en el *fabliau* francés;

---

2 Fol. 65, r. Publicólo el P. FITA. *Cincuenta leyendas por Gil de Zamora combinadas con las Cantigas de Alfonso el Sabio* (*Bol. de la Acad. de la Historia*, tomo VII, págs. 54 á 144), páginas 113 á 114.

el de Don Alfonso, por el contrario, acude á la batalla de San Esteban de Gormaz. Esta reparable circunstancia acusa, á mi ver claramente, diversa filiación en ambas redacciones.

Hállase también esta leyenda, contada con singular esmero y gusto, en el capítulo XX de la tercera parte de la *Crónica de España* del Rey Sabio [1]. Esta versión, que me parece la más interesante de las españolas, desde el punto de vista de la historia, coloca el milagro también en el tiempo del conde Garci-Fernández, pero no en la batalla de San Esteban de Gormaz, sino después de ganada esta plaza, en la escaramuza del vado de Cascajares.

«El día de aquella batalla fizo Dios un fermoso milagro por un Caballero, su vasallo, á *quien decían Ferrand Antolínez.*» Era este caballero muy piadoso y estimado de D. García. Hallándose el día de aquella *fascienda* en el monasterio que el Conde hiciera cerca del castillo de San Esteban, «en que estaban ocho monjes que el Conde traxiera y del monasterio de Sant Pedro de Arlança, do yacía su padre enterrado», oyó con los demás la primera misa. «E el Caballero, por guardar su costumbre, non quiso salir de la iglesia e estudo y fasta que todas las misas fueron acabadas, é siempre estando armado, los hinoyos fincados delante

1 Fols. 68 v. á 69 r. de la edición de Valladolid, Sebastián de Cañas, año de 1604.

el altar... E un escudero de aquel caballero que oyó las misas le tenía las armas é el caballo á la puerta de la ygresia.» Este criado, viendo desde el pórtico la batalla trabada, achacaba á cobardía la devoción de su señor. «E el caballero, tan gran devoción habíe en aquellas misas, que le non tornaba la cabeça.» Verifícase entretanto el prodigio, con asombro general de todos los combatientes por las proezas del milagroso adalid. «Ca el que y pareció de sus señales en su caballo armado, esse mató á aquel que traye la seña de los moros, é por él se arrancó la batalla, é fué vencida, en maneras que todos habían que fabrar de la su bondad de aquel caballero.» Terminada la batalla, el Conde pregunta por aquel su aguerrido soldado que tan bien combatido había, mas no le pudieron hallar en todo el campo, y sí en la iglesia, donde se escondía vergonzoso de no haber asistido á tan feliz batalla. «E cuando él supo todo el fecho en como había pasado, e vió él [*e*] todos los otros que todas las feridas que los moros dieron á aquel que andaba por el campo que todas las tiene el Caballero en el perpunte, e en la loriga, e en el caballo, e sopieron que non era nin fuera, y entendieron e conocieron que de Dios viniera.»

Casi á la letra copió de aquí la versión de este milagro el desconocido compilador de los *Castigos é documentos* en el *Capítulo* VI, *que fa-*

bla como debe home facer su oración et poner en ella toda su devoción, et de como debe olvidar todas otras cosas mientre en oración esté[1]. La única novedad que introduce es la cifra de los muertos de la batalla, que fueron *quince mil moros é de cristianos cuatrocientos.*

La Devoción de la Missa llamó nuestro insigne dramaturgo D. Pedro Calderón, á un auto sacramental suyo, en que se desarrolla el asunto del Campeón de Santa María, con algunas variantes curiosas[2]. La acción se desarrolla también en los días del Conde Garci-Fernández y en la propia jornada del Vado; pero el caballero devoto tiene el extraño nombre de *Pascual Vivas*[3], Hacen principal papel en esta obra un *Angel*, la *Secta de Mahoma* y el *Demonio*. Como en muchos otros del insigne autor ocurre, *La devoción de la Missa*, más que auto, es una verdadera comedia.

Pascual Vivas es un valiente guerrero de León, que anda huído en la corte del Conde de Castilla por cierta contienda amorosa, de cuyas

---

1 *Colección de Autores Españoles*, tomo LI, págs. 93 á 94.

2 *Auto Sacramental alegórico, intitulado La Devoción de la Missa, de D. Pedro Calderón de la Barca*, incluído en las páginas 163 á 191 de la parte tercera de la colección de *Autos sacramentales, alegóricos y historiales del insigne poeta español D. Pedro Calderón de la Barca... que saca á luz D. Pedro de Pando y Mier*, Madrid, Manuel Rviz de Mvrga, año 1717, 4.°

3 Recuérdense los nombres de *Birbaco, Birbech y Birberg* citados.

resultas mató á su rival y se trajo robada la dama, Aminta, juntamente con el gracioso escudero Pernil. A pesar de estos antecedentes, Vivas es ferviente devoto de la misa y del Santísimo Sacramento, pues

por malo que un hombre sea
no ha de vivir olvidado
tanto de Dios, que no tenga
alguna luz de cristiano.

Cierta noche Garci-Fernández pone á Pascual de centinela en las avanzadas del campo. Lelio, mortal enemigo de Vivas, ayudado del demonio, pretende en vano matarle. El demonio promueve espantosos terremotos y hace caer á la bella Aminta en poder de los espías enemigos. Desde su puesto escucha Pascual los gritos angustiosos de su amada demandando socorro, y se desespera de no poder auxiliarla, pero le consuelan celestiales músicas que percibe, asegurándole la protección de lo alto.

Rompe el día y con él los clarines tocando al arma. Al disponerse Vivas para socorrer á su Aminta y asistir á la pelea, oye llamar á misa. Después de breve lucha decide acudir al templo primeramente, diciendo á Pernil:

Aquí me espera
teniéndome, al salir, promptos
caballo, lanza y pavés,
y cuando se pierda todo,
allí Aminta, allí la fama,
allí el gusto, allí el decoro
no se pierda aquí la Fe,

con que el sacrificio adoro
de la Misa. Honor y vida,
Señor, en tus manos pongo.

Dase la batalla, y llevan la peor parte de ella los cristianos. La *Secta de Mahoma*, temerosa del esfuerzo de Pascual Vivas, llégase á ver si todavía permanece en el templo; mas un Angel le veda el paso. Este descorre una cortina que cubre la iglesia y vese en ella al devoto guerrero rezando piadosamente. Terminóse ya la misa; Vivas se dirige á la pelea, pero ve salir otra, y dice:

Pero otra misa salió
sin quien la llegue á ayudar;
á ella vaya, no me note
el mundo, que á un sacerdote
dejé solo en el altar.

Sale cayendo el Conde y sobre él Almanzor, la *Secta* y gran golpe de moros; mas el Angel, con las armas y figura de Pascual, da su caballo la Conde y le cubre la huída. Reanímanse con esto los soldados, y cargando con nuevo brío sobre los árabes, los derrotan. Todos vitorean al Conde, mas él les dice:

Mejor dirá vuestro acento
¡viva Pascual Vivas!, que es
á quien yo la vida debo
y vosotros la victoria.

En tanto, el verdadero Pascual sale de la ermita, ignorante de todo lo sucedido, y demandando á Pernil su caballo y armas. Maravíllase de ver en ellas golpes, sangre y dardos hinca-

dos, y al enterarse de que la batalla es terminada y ver que el Conde y su corte se acercan, llamándole á voces, intenta huir, temeroso no lo castiguen por su falta. A sarcasmo toma las alabanzas que todos le dirigen, y, finalmente, habiendo él mismo declarado que no se halló en la contienda, quédanse confusos cuantos le oyen, hasta que sienten dulcísima música y ven al Angel que, con un retrato del Sacramento, les explica el misterio. El auto se termina con una canción.

Otro de nuestros más apreciables escritores dramáticos de la buena época, el Dr. Mira de Amescua, había sacado, antes probablemente de este caso, una comedia que en nada desdice de las mejores de su autor: *Lo que puede el oir Missa* [1].

El asunto de esta pieza se desarrolla en tiempo de Fernán González, en una batalla, cerca de Burgos, pero cuyo nombre no se especifica, y el héroe de ella se llama *Don Sancho Osorio*. Al final parece indicarse que Mira tomó el caso de alguna historia antigua:

> Y aquí tenga.
> *Lo qne puede el oir Missa*
> su exemplo, según lo cuentan
> las Historias de Castilla.

La obra es hermosa, muy metódica y propor-

---

1 *Colección de comedias de varios autores; Parte* 1, *Madrid, García Morrás, 1652.* 4.°

cionada, con rica y variada versificación, abunda en interesantes episodios y ofrece ingeniosa parte cómica. El asunto está admirablemente desarrollado; la devoción de Osorio es el nervio de toda la comedia y los conflictos diversos en que por tal causa se ve colocado, paréceme de elevada fuerza dramática.

El autor nos presenta á Sancho enamorado de Violante, hija del conde Fernán González, y en competencia con el desdeñado Mendo. Deseando éste desacreditar á su rival ante los ojos de la dama y de toda la corte, traza valerse de la misma devoción de Osorio para lograrlo.

MENDO. .....
Sancho tiene devoción
de oir Missa cada día,
no hay causa que divertir
pueda su devoto intento,
sufrirá cualquier tormento
por no dexarla de oir.
Pues hoy es Sábado Santo,
y hay una misa no más.

FORTÚN. No sé el intento á que vas.

MENDO. ¡Que no me entiendas me espanto!
Tocaron á misa agora,
y puesto que hay no más de una,
te ha de ofrecer la fortuna
el bien que ella misma ignora.
Dexa que acabe de hablar,
Sancho, con aquel soldado,
y con el semblante airado
llégale á desafiar.
Señala puesto distante
del exército, y que sea
luego, porque el mundo vea
que su soberbia arrogante

enfrenas; que él, temeroso
de perder su devoción,
dexará que su opinión
ofenda el vulgo envidioso.
.....
que aunque él de valor armado
salga después, será tarde,
y quedará por cobarde,
como tú por buen soldado.

Hácese, efectivamente así, y Sancho acepta el reto. Entonces cae en la cuenta de que á la misma hora debe ir á misa, y que sólo hay una aquel día, y entre sí batalla, no sabiendo cómo acudir al desafío y á los Divinos Oficios. Este monólogo es hermoso.

¿Qué es esto?
¿En qué confusión me han puesto,
el deshonor y el perder
la Misa este santo día
que celebra nuestra Fe?
Pienso que el demonio fué
quien así me desafía.
.....
No salir al desafío,
llama el mundo deshonor,
que este género de honor,
aunque sea desvarío,
me conviene, porque soy
soldado noble, y ansí
la Misa esta vez perdí.
Por una rodela voy.

En tal determinación sale su lacayo ó escudero, el gracioso Miravel, invitando á su amo á entrar en la iglesia. Sancho le refiere cómo está desafiado, y Miravel replica:

¿Pues esto te da cuidado?
Haz lo que yo, que requiero
mi daga y espada el día
que alguno me desafía,
cálome bien el sombrero,
tercio la capa y... no salgo;
y con esto estoy seguro
mejor que detrás de un muro.
Escribieron á un hidalgo
un papel de desafío,
á las seis de la mañana,
mas él, con hermosa gana
de dormir, con mucho brío
le respondió, sin mostrar
alteración ni disgusto:
«Para cosas de más gusto
no suelo yo madrugar.»

Por fin Sancho se decide á acudir al templo, exclamando:

Voy á misa y mi honra dexo
en manos de Dios.

Mendo, que espía al piadoso caballero, éntrase tras él para seguirle por doquiera, dejando en el puesto del combate á su camarada Fortún, bien ajeno á lo que va á sucederle. Un *ángel* desciende de los cielos, toma la figura de Sancho, y con espada y rodela sale al lugar del desafío, diciendo:

No ha de perder su opinión
con los nobles castellanos,
quien Misterios soberanos
de su misma redención
oye con tal devoción.
Hombre que su honor ha puesto
en manos de Dios, en esto
debe ser correspondido,

y de su forma vestido,
con ser ángel, salgo al puesto—
Ya, Fortún, aquí me tienes
defendiendo mi verdad.

Fortún, medroso y cobarde, maldice á Mendo, que le metió en tal apuro, y da al fingido Sancho sus excusas, deseando entretenerle para que Mendo vuelva. Mas el Angel le adivina el deseo y le acosa.

FORTÚN. Yo, Sancho, soy hombre honrado,
y no por tener riqueza
me ha de faltar la nobleza
que mis abuelos me han dado.
ANGEL. Saca la espada.
FORTÚN. Quisiera
con cualquier satisfacción
ajustar esta cuestión
para que no recibiera
pesadumbre el Conde.
ANGEL. Fuera
darte ocasión de decir
que yo no quise reñir.

Esta escena debía hacer reir mucho á los mosqueteros del *patio* y gentes de la *cazuela*. Riñen al cabo, y cayendo herido Fortún, pide de rodillas misericordia á su contrario. Cuando Mendo vuelve á donde dejó á su amigo, gozoso porque ha visto cómo Sancho no acudió á la liza, quéjasele Fortún, y le muestra su herida. Para colmo de desventura, lejos de hallar compasión, Mendo le dice:

Ya te entiendo; tú has pensado
fingirte herido y decir
que te atreviste á reñir
con hombre tan esforzado.

La estupefacción de Sancho al llegar tarde al desafío y oir por toda la corte que ha herido á Fortún en riña, y al verse arrestado á causa de ello por el Conde, es todavía mayor.

En la segunda jornada, Sancho se salva también milagrosamente de la muerte alevosa que sus enemigos le aparejaban. Cierto alcaide de cierto castillo estaba avisado de que matara sin compasión al primero que en determinado momento se presentase diciéndole

que pongáis por obra
lo que ha mandado Su Alteza.

Y de esta comisión se encarga á Sancho. Pero habiéndose detenido largo tiempo *á oir misa y rezar el rosario*[1] en una ermita que halló en el camino, da espacio á que llegue antes Fortún, que iba á gozarse en la muerte de su enemigo, y el propio Fortún sufre el suplicio que le tenía dispuesto.

De nuevo se reproduce el milagro en la jornada tercera. Entre las huestes que se preparan á la lucha, Sancho Osorio se recoge á practicar su devoción.

Desde aquí veré cuando acometa,
y baxando cual rayo ó cual cometa,
al moro embestiré. A tiempo he llegado
que la misa el Obispo no ha empezado
y ya vestido espera: oir la misa entera
al cielo prometí.

---

1 No hay para qué reparar ahora en los anacronismos, tan comunes no sólo en nuestro teatro, pero en toda nuestra literatura.

Entonces aparécese de nuevo el Angel en figura del de Osorio, y se entra en la pelea, que decide en favor de los cristianos. Don Sancho vuelve á veces su vista hacia la batalla, suspirando porque el Santo sacrificio finalice pronto para acudir á su guerrero puesto.

¡Ay, Obispo, bien podías
decir misa más aprisa!

Termínase al cabo, y al descender Osorio de la ermita, halla á la corte alborozada y que le vitorea con entusiasmo. Dice el Conde:

¿Dónde está la fuerza altiva
del mismo Júpiter? ¿Dónde
está Osorio, el que vencidas
dexa bárbaras naciones?

Dícele Violante, la dama amada del cristiano guerrero:

Basta, blasón de Castilla;
vencedor de Africa, llega
á que te aclamen y digan
el español Scipión.

Y don Sancho, que nada comprende, gime:

¡Todo es burla, todo es risa
cuanto escucho y cuanto veo!

Y aun cuando el Conde le da, en premio de su bizarría, la mano de su propia hija Violante no acierta, naturalmente, á explicarse lo que ha pasado, aunque lo sospecha.

Las excelencias de esta comedia resaltan más cuando se le compara con la que, sirviéndose del mismo asunto, hizo D. Antonio Zamora bajo

el título *Por oir misa y dar cebada, nunca se perdió jornada* [1]. Nuestros autores dramáticos antiguos se copiaban sin escrúpulo unos á otros, y de los de la segunda y tercera épocas, esto es, fines del siglo XVII, casi puede asegurarse que carecen de asuntos originales. Por tales razones pudiera creerse que la obra de Zamora era sencillamente una refundición de la del Dr. Mira. Nada, sin embargo, más inexacto. Zamora tomó el argumento de la suya, á lo que parece, de la *Crónica general*, donde también se refieren los amores de la condesa Argelina y Alderico de Nimes, que son el principal tema de la obra de Zamora.

El milagro ocupa sólo un breve episodio al final del tercer acto. El protagonista, que también se llama Fernán Antolínez, nombrado entre los que debían ir á rescatar á la Condesa del poder de los moros, oye, como el de Calderón, sonar á un tiempo la bélica trompeta y la religiosa campana.

Allí bélico me llama
el clarín, que me provoca,
cuando el Conde el arma toca.

Un Angel le murmura al oído:

(Sólo la virtud es fama).

FERNANDO. Allí entra el gusto y placer
del afecto que me eleva,
otra vez el alma lleva.

ANGEL. (Orar, también es vencer.)

. . . . . .

1 *Comedias de D. Antonio de Zamora, Madrid, Sánchez, 1744. 4.°*

FERNANDO. Entre la duda indecisa
de la honra y la elevación
¿qué vale más, corazón?
ANGEL. (La devoción de la misa.)
. . . . . .
FERNANDO. Decidme, oráculo, vos
¿qué haré, pues en vos me fundo?
ANGEL. (Fernando, entre Dios y el mundo
obrar bien, que Dios es Dios.)

Despreciando las prevenciones de su escudero Perillán, éntrase Antolínez á oir misa, mientras su criado va á cumplir con lo de *dar cebada*, por justificar el refrán y el título de la obra.

El Angel, en tanto, toma las armas y caballo de Antolínez, y decide la victoria en favor de los castellanos y de la libertad de Argelina. Fernando sólo oye una misa, y al salir de ella ve con asombro la batalla ya terminada. Como el Pascual de Calderon, trata de esconderse, temeroso de castigo. El Angel, que vuelve á dejar el caballo donde lo tomó, explica el portento á todos, y el Conde, deseando premiar los méritos del piadoso guerrero, le concede la mano de Elvira, la hermosa amante de Fernán.

Al revés de lo que en Francia sucede, en la literatura española no hallamos forma alguna dramática de la leyenda del Caballero que ofrece su mujer al diablo. Encuéntrase también en las *Cantigas* (número CCXVI). «*Como Santa María se mostrou en semellanza da moller do caualeiro ao demo, et o demo fugiú que a niú*» [1].

1 Págs. 302 á 303 del tomo II.

O *que en Santa María*
de corazón confiar,
non se tema que o possa
per seu ó dem' enganar

De esto el rey quiere referir un gran milagro que *oyó*

d' ũa dona
que fillaua gran prazer
en seruir Santa María.

Era esta señora esposa de un caballero, el cual, habiendo perdido su hacienda

quería
cobral-o ia como quer;
e polo cobrar, *uassalo*
se foi do demo tornar.

Satanás le recibió contento, y le dijo:

Pois meu sodes,
mui grand' algo uos derej,
et uossa moller tragede
a un mõt' e falarey
con ela, et porén rico
sen mesura uos farey.

El diablo le *enseñó* grandes riquezas, y el avaricioso caballero, por ganarlas, excitó á su mujer á que le acompañase un día á cierto lugar.

A ela foi-lle mui graue
por de ssa casa sayr;
ca era dia da Uirgen
a que queria seruir
en hũa sua eigreia.

Caminando, disgustada, con su marido, pasaron ante una iglesia, y así como la dama la vió, dijo:

—Quer'eu aly
folgar ora hũa peça
et andaremos des y—

Et decedeu y *et deitou-sse*
a dormir cab' un altar.

Entonces salió Santa María *de detrás del altar*, enteramente semejante á la dormida dama, y acercándose al caballero, le dijo:

¿E ia sazon
de nos irmos, ai marido?
Et dis' el:—Temp' é d'andar.

Cuando el diablo los vió venir, conoció el engaño y á grandes voces se quejó de la mentira del caballero. Santa María, encarándose con él, le dijo:

—Uai, demo, chẽo de mal;
cui dasch'-a meter á dano
a mia seruenta leal;
mas de quanto tu cuidaste
eu ch' o tornaréi en al;
ca te tollo que non possas
iá máis fazer-lle pesar.

Y volviéndose al asombrado caballero:

—Fostes ome de mal sen,
que cuidastes pelo demo
auer requeza e ben;
mais fillad' en peẽdeça
et repentide-uos en,
et o que uos deu leixade
ca uos non pode prestar.

El caballero se despidió muy alegre de la Virgen, y uniéndose á su mujer, renunciaron los bienes infernales y vivieron en grande amor de Santa María. Como se ve, las variantes de esta leyenda con relación al tipo más común, son numerosas y resaltan más comparándola con otras versiones españolas.

En el *Liber Mariae*[1] se encuentra asimismo esta relación, mucho más aproximada á los modelos latinos y franceses. Cierto guerrero ó soldado que derrochó todos sus bienes con indiscreta liberalidad, llegó á tanta inopia, que se vió en la indigencia. «Habebat autem quamdam uxorem pudicissimam et Beatae Mariae valde devotam.» Aproximándose cierta solemnidad ó fiesta religiosa, en la cual antes solía invertir mucho dinero, fuése á un lugar desierto á llorar su miseria y su desgracia. «Et ecce subito quidam equus valde terribilis, terribioliorem habens sessorem, ad eum accessit.» El espantable jinete, que no es otro que el propio Lucifer, trabando conversación con el desconsolado caballero, le dice: «Si michi in modico obtemperare volueris, magis quam antea gloria et diviciis abundabis.» A lo cual respondió el caballero que accedía á cuanto le propusiera. «Ecce, repuso Satanás, pergens in domum tuam in tali loco require et ibidem tot auri et argenti pondera, tot lapides preciosos invenies. Michi autem hoc facias ut tali die uxorem tuam ad me adducas.» Habiéndose cumplido las ofertas del Príncipe de las tinieblas, el día convenido el caballero llamó á su esposa, y le dijo: «Equum conscendite quia aliquo longius mecum pergere vos opportet. At ille tremens et pavens et viri imperio contradicere non presu-

1 Tract. VII, mir. 5, fol. 63 r-64 r; publicólo el P. FITA en el *Bol. de la Acad. de la Historia*, tomo VII, págs. 131 á 132.

mens, Beatae Mariae se devote commendavit et post virum abire cepit.» Cabalgan y hallan una *iglesia*, en la cual entra la devota señora, quedándose fuera el marido aguardando. Allí se encomendó de corazón á la Virgen, la cual le infundió un sueño profundo. Entretanto la Madre de los Angeles toma los vestidos y facciones de su devota y sigue el camino al lado del caballero, que nada advierte. Llegando al lugar convenido, donde el diablo, ya impaciente, los aguardaba, Satanás prorrumpe en quejas contra el caballero: «¡Infidelissime hominum! ¿cur michi talites illusisti, et pro tantis beneficiis michi talia contalisti? Ego enim tibi dixeram ut ad me adduceres tuam coniugem, et tu adduxiste Mariam. Nam cum uxor tua michis multas inferat iniurias, de ea volebam exportare ulcionem, et tu ad me istam adduxisti ut me torqueat et in infernum mittat.» Con el consiguiente estupor, el caballero oye replicar á la Virgen: «¿Qua temeritate, nequam spiritus, devote mee nocere presumpsisti? Non ergo tibi impune cedet. Et nunc te hac plector sententia ut in infernum descendas, *et alicui me cum devotione invocanti nocere de cetero non presumas.*» El caballero se postra entonces á los pies de María. La misma Virgen llama á la dama, que aún dormía, y la compele á despreciar las riquezas del diablo. Los esposos tornaron á su casa y vivieron en alabanza y devoción de la Virgen, que les dió copiosas riquezas.

Traducción casi literal de la leyenda del erudito franciscano, es la versión que el Arcediano de Valderas, Clemente Sánchez Bercial, incluyó en su conocido *Libro de los Euxemplos* [1], con este título «*María uxorem militis sibi devotam a diabolo liberavit.*

Mujer devota de la Virgen, en este siglo
ella la libra del diablo e de periglo.»

Antes se había incluído ya en la otra compilación de ejemplos, máximas y reflexiones morales que se titula *Castigos é documentos*, en el capítulo LXXXII, que *muestra cómo las mujeres de los reyes deben haber también los bienes del alma como los del cuerpo* [2]. No puede mirarse esta redacción como un traslado fiel de la de Gil de Zamora; sin embargo, pudiera asegurarse que la tuvo presente el desconocido autor del admirable conjunto de máximas morales que lleva el nombre del rey Sancho IV.

Modernamente hase publicado un breve cuento anónimo con este asunto en el interesante periódico *Semanario pintoresco español*, traducción, á lo que creo, de algún original francés.

Todas estas leyendas, aunque diferentes en las circunstancias novelescas, tienen visible analogía en su espíritu y en su objeto. El milagro es

---

1 Ejemplo número CXCIX (*Colección de Autores españoles*, tomo LI, pág. 495).

2 Pág. 216 de la edición de *Autores españoles*, tomo LI, página 216.

el mismo en todas ellas; María, por salvar á la persona devota, toma la propia figura humana que ella tiene y se digna bajar á este mundo para libertarla del peligro. Además de probar la magnánima indulgencia de Nuestra Señora, parecen también esforzarse en aconsejar á los cristianos que nadie desespere nunca de la divina gracia, por enormes que sean sus pecados, con tal que de ellos esté plenamente arrepentido y contrito. Al mismo tiempo demuestran lo mucho que vale la oración y el culto interno, y cuán grande es el poder de la intercesión de la Inmaculada para con su Eterno hijo.

Pero vengamos ya al examen particular de la tradición de la extraviada monja que abandona el monasterio para correr el mundo en los brazos de su amante.

V

Del origen de la leyenda de Sor Beatriz.—Los amores de religiosas como elemento poético en la literatura española.—Muestra de algunos casos.—El Arcipreste de Hita.—*El Jardín de Flores curiosas* de Antonio de Torquemada.—La comedia *El Rayo y terror de Italia* de Rosete y Niño.—La leyenda del estudiante Lisardo.—Otros ejemplos.

¿Cuál es el origen de la leyenda de Sor Beatriz? ¿Está, como otras muchas, basada en un hecho histórico?

Difícil cosa es contestar á estas preguntas. Dejando aparte la existencia ó la posibilidad del milagro (que es asunto de fe y no de crítica literaria), no parece imposible que tal relación naciera de un suceso cierto y positivo. Las fugas de monjas poco firmes en la religión, ó no lo suficiente fuertes para resistir las tentaciones del fruto prohibido, han sido siempre, sino frecuentes, lances que ocurrieron diversas veces. Los amoríos más ó menos platónicos de las religiosas con galancetes y barbilindos, parece que hasta llegaron á estar de moda cierto tiempo, no obstante lo risible de la empresa y las burlas y cuchufletas de los escritores satíricos, como Quevedo y Góngora, entre varios. De uno y otro

caso pudieran con facilidad aducirse muchos testimonios sin salir de nuestra España. Que en los siglos pasados ocurrieron tales excesos, lo prueban entre nosotros, los dos fieles reflejos de la sociedad antigua: la novela y el teatro. La debilidad humana es patrimonio de todos los tiempos y lugares.

Como muestra del gusto con que en nuestra patria se han visto siempre los asuntos de esta índole, se citan á continuación algunos casos.

Dejando á un lado los sucesos rigurosamente históricos que alguna vez han ocurrido, como el de la célebre doña Catalina de Erauso, la Monja Alférez, que inspiró las musas de Montalbán [1] y de Carlos Coello [2], y los varios en que intervino la Inquisición, como puede verse en las historias y papeles del Santo Oficio [3] y aun en relaciones especiales de curiosidad suma [4], hallamos que los amoríos de monjas son muy antiguos como elemento poético en nuestra literatura. En el libro del *Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, se encuentra ya un episodio de este gé-

1 *La Monja Alférez*, comedia suelta.

2 *La Monja Alférez*, zarzuela. Sobre esta célebre mujer puede verse la *Historia de la Monja Alférez doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma*, de D. Joaquín María Ferrer, París, 1829.

3 Véase la *Historia* y los *Anales de la Inquisición*, de LLORENTE y la *Historia de los Heterodoxos españoles*, del SR. MENÉNDEZ Y PELAYO, etc.

4 Véanse los Mss. de nuestra Biblioteca Nacional, *H. 100* (p. 140); *P. 47* (p. 321); *L. 122; M. 82* (p. 275); *M. 6* (p. 407); *M. 40; Ee. 124*, etc.

nero [1], y por él se ve que no era caso nada extraño en el siglo XIV [2].

Juan Ruiz, por instigaciones de Trotaconventos, se inclina á servir alguna monja, porque según la vieja,

tienen á sus amigos viçiosos sin sosannos,
¿quién diríe los manjares, los presentes tamannos,
los muchos letuarios nobles e tan estrannos?

Para decidirle, va enumerando larga lista de confituras y manjares que las monjas sabían hacer, juntamente con sus gracias y donaires.

Quien a monjas non ama, non val un maravedí
. . . . . .
Son mucho encobiertas, donosas, plasenteras,
mas saben e mas valen sus mozas cosineras
para el amor todo que duennas de fueras.
. . . . . .
Todo plaser del mundo e todo buen donear,
solás de mucho saber e el falaguero jugar
todo es en las monjas mas que en otro lugar.

Ultimamente toma trato con una religiosa llamada doña Garoza, *buena duenna* que

había seso bien sano,
era de buena vida, non de fecho liviano.
. . . . . .
Alto cuello de garza, color fresco de grana,
desaguisado fiso quien le mandó vestir lana.
. . . . . .
¿Quién dió á la blanca rosa hábito, velo prieto?
Mas valdrie a la fermosa, tener fijos e nieto.
. . . . . .

1 *De cómo Trotaconventos consejó al Arcipreste que amase alguna monja, e de lo que le contesçio con ella.* (Edición de *Autores españoles*, páginas 268 á 274).

2 El mismo nombre de *Trotaconventos* que Juan Ruiz da á la vieja Urraca, su Celestina, parece indicar algo de esto.

Oteome de unos ojos que paresçian candela.

. . . . . .

Rescibiome la duenna por su buen servidor,
siemprel fui mandado e leal amador.

Sin embargo, de estos principios, dicho sea en honra del Arcipreste y de doña Garoza, sus amores fueron á lo divino y se mantuvieron siempre en místico platonismo.

Mucho de bien me fiso con Dios en limpio amor,
en quanto ella fué viva, Dios fué mi guiador.

. . . . . .

Para tales amores son las religiosas,
para rogar á Dios con obras piadosas,
que para amor del mundo mucho son peligrosas,
et son las escuseras, peresosas, mentirosas.

A los dos meses murió la monja, el Arcipreste quedó libre y se fué tras una mora, que no le quiso oir.

Antonio de Torquemada imprimió en Salamanca, en 1570, su *Jardin de flores curiosas*, joya de nuestra literatura, y entre las varias historias que allí se cuentan, figura también una de amoríos de cierta monja.

«Y de estas es una la que sucedió á un caballero en nuestra España, que por ser en infamia y perjuicio suyo, y de un monasterio de religiosas, no diré el nombre dél, ni tampoco del pueblo donde aconteció.»

Este caballero tenía amores con una monja, lá cual, para poderse ver con él, le sugirió la idea de contrahacer las llaves de la iglesia de su monasterio, que ella saldría donde ambos cumplieran sus sacrílegos deseos.

«Y porque el monasterio estaba algo lexos del pueblo, él se fué al medio de una noche que haría muy es-

cura, en un caballo, sin llevar ninguna compañía, porque su negocio fuesse más secreto, y dexando arrendado el caballo en cierta parte conveniente, se fué al monasterio.»

Mas apenas abrió la puerta de la iglesia, maravillóse de hallarla muy iluminada y llena de desconocidos frailes que estaban salmodiando el oficio de difuntos ante un muerto que en medio de ellos tenían. Preguntó el caballero á un religioso de quién era aquel cadáver, y fuéle respondido con su mismo nombre. Rióse el galán y preguntó á otro que le contestó lo propio. Espantado entonces el vicioso mancebo, tomó el caballo y volvió á su casa, donde al fin le despedazaron dos horribles mastines negros que le perseguían.

Bastante semejanza con este pasaje tiene otro de la comedia de D. Pedro Rosete y Niño, intitulada *El rayo y terror de Italia* [1], obra desmedrada, de mal gusto literario y versificación ramplona, que, sin embargo, entra en nuestro tema. El principal asunto de esta pieza es la relación de las fechorías y aventuras del bandolero Severino y de su compañera la ex monja Fénix. Para nuestro objeto basta recordar algunas escenas de la primera jornada, que se refieren á los amores y fuga de la monja.

Severino, hijo de César, marqués de Santel-

1 *El Rayo Iterror dey talia de D. Pedro Rossete.*—Un cuaderno de 66 hojas útiles de letra de la segunda mitad del siglo XVII, sin foliar. MS. en la Bib. Municipal de esta corte; sigt. *1-63-12*.

mo, enamórase de Fénix, tercera hija de Pompeyo, conde de Altarroca. Opónese éste y decide encerrar á su hija en un monasterio. No por eso olvidan su pasión ambos jóvenes, antes acuerdan que el galán, en una noche

cuando al silencio se rinde
lo más rebelde del orbe,
por una escala subiese
á gozar lo que interrompen
tantos siglos de esperanzas
tanta eternidad de amores.

Mas cuando el denodado mancebo intenta poner en obra determinación tan irreverente, el cielo procura estorbarlo con diversos avisos y señales. Apenas llega á la santa casa

cuando sentí que en el pecho
con dos espantosos golpes
á volver atrás me obligan.

Saca la espada y procura inquirir quién le acomete, mas no halla á nadie. Va entonces á hacer la señal convenida, cuando se le interpone horrible visión.

Dan las doce,
y al mismo tiempo del templo
por la misma puerta, en orden
de entierro, arrastrando lutos,
veo entrar diez y seis hombres,
que cubiertas las cabezas
de funestas prevenciones,
con hachas amedrentaban
el silencio de la noche.
Detrás iba un ataúd
con lúgubre [1] pompa, sobre

1 Enmendado de otra letra, pero del tiempo: *funesta*.

los hombros de otros seis dellos,
en la tristeza conformes.
Apresuro el paso, y llego,
pagando en admiraciones
la novedad del espanto
que me obliga á que me informe.
¿Quién es, le pregunto á uno,
el difunto? Y respondióme:
Severino, hijo de César,
marqués de Santelmo. Entonces
discurrió un hielo en mis venas
y á la garganta añudóse
la voz, quise retirarme
y fuí una estatua de bronce;
perdí la vista, y confieso
que después que tengo de hombre
el ser, fué la vez primera
que el recelo me conoce.

Desvanécese al cabo la visión, y el obstinado galán torna á su empeño, mas cuatro feroces enemigos le acometen furiosamente por dos veces, y

diciendo que tenían
(con espantosas visiones)
para matarme licencia
del cielo,

dan con él en un precipicio. Habiendo intentado en vano perseguirlos, quiere escalar el convento, mas las razones de su padre le obligan á desistir de tal sacrilegio. Entonces llégase á él un gallardo mancebo llamándole por su nombre, y al preguntarle Severino quién es, responde:

—¿No me conoces?
Fénix soy.

SEVERINO. ¡Válgame el cielo!
¿Tú en este traje aquí?

FÉNIX. Diśme
la ocasión este vestido
para buscarte, que ponen
para las dificultades
espuelas las ocasiones.
Creyendo que á tu valor,
por imposible ó disforme
no hubo cosa que pudiese
acobardar, se dispone
á buscarte mi firmeza,
arrastrando obligaciones,
venciendo dificultades
y atropellando temores.

Dado este temerario paso, ambos amantes se despiden de Nápoles y se lanzan á los montes. En ellos se unen á unos bandoleros con quienes topan, los cuales eligen en seguida á Severino por su capitán.

Cuando el lector aguarda el castigo de la monja apóstata, lee con sorpresa la siguiente estupenda revelación en las primeras escenas del tercer acto.

FÉNIX. Has de saber, Severino,
que Fénix, en el convento
aquella noche murió
de asombros, que siempre el Cielo
ha tomado desta suerte
venganza en sus adulterios,
con ser pensamientos, sólo
con ser de la mente intentos.
SEVERINO. Pues ¿quién eres?
FÉNIX. *Luzbel soy*,
tu señor, á quien le dieron
los cielos, para castigo
tuyo, esta licencia y quiero
que por tal me reconozcas
en las llamas.

Extraño, pero curioso desenlance, que es, por decirlo asi, todo lo contrario de àquel caso del caballero que ofrece su mujer al diablo [1].

De sacrílegos amores habla asimismo la conocida leyenda del escolar Lisardo [2], que parece utilizada por Espronceda para su hermoso cuento de *El Estudiante de Salamanca.*

Era este Lisardo cordobés, y después de una vida depravada, sale huyendo de su patria y se refugia en Salamanca, donde sigue los cursos de Leyes. Trata allí amores con Teodora, hermosa doncella, próxima á profesar en un convento, y aun desoyendo los avisos del cielo, los prosigue cuando la dama se convierte en religiosa. La ceguera de los amantes llega hasta concertar que Lisardo entre una noche en la celda de la monja: pero al dirigirse al monasterio oye confuso tropel de gentes y fragor de armas y voces que gritan: *Lisardo es, ¡matadle!* y que todos claman: *¡muera! ¡muera!* y un angustioso acento que gime: *¡Ay, que me han muerto!* Desatentado, huye del escondite en que se refugiara, tropieza con el cadáver, sigue corriendo despavorido, halla un entierro, éntrase tras él en la iglesia del convento de Teodora, y allí pre-

1 Severino es preso, al fin, por su propio padre, mas el rey de Nápoles le perdona y aun le hace general y Conde de Amalfi, movido por el amor que profesa al conde César y á la reina Venus hermana de Severino.

2 CRISTÓBAL LOZANO MONTESINOS. *Los monjes de Guadalupe.* (*Soledades de la vida y desengaños del mundo*, 1658.)

gunta á un clérigo quién es el difunto. El cabello se le eriza al escuchar esta tremenda respuesta: *Este es Lisardo el estudiante, Lisardo el de Córdoba, que vos conocéis como vos mismo.* «Y el mancebo se palpa y se cree vivo, y oye al mismo tiempo el doblar de las campanas y los cánticos funerales, y cae sin sentido en tierra.»

Un autor anónimo dió forma poética á esta historia, componiendo dos interesantísimos romances [1] en que el propio Lisardo cuenta su espantable caso. En esta versión, la misma Teodora, á semejanza de la doña Luisa de *Los felices amantes*, convertida ya en religiosa, propone á su galán la fuga del convento.

Cuatro meses se pasaron
reiterando esta porfía,
hasta que tocó el demonio
el clarín de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dejó á Teodora vencida.
. . . . . .
Ya sin poder reportarse
me llamó y me dijo un día
. . . . . .
«Tan tuya me constituyo
que si tú te determinas
á sacarme del convento,
sin que el temor me desista,
sin que el pundonor me estorbe
me arrojaré compelida
á los lazos de tu amor.»
. . . . . .

1 Vid. DURAN, *Romancero general ó colección de romances castellanos*, tomo II (*Autores Españoles*, tomo XVI), romances 1.271 y 1.272, págs. 264 á 268.

En fin, trazamos el medio
de que una noche yo había
de ir á escalar el convento
y ordenar nuestra partida.

Dirígese Lisardo la noche concertada solo al convento, á hora de los doce, y cerca ya de la santa casa, sintió confuso rumor de gentes que le seguían cautelosas. Ocultóse tras una esquina á tiempo que

Uno en alta voz decía:
— Si es D. Lisardo, matadle:
—¡Muera, muera!—respondían
moviendo un tropel de espadas.
Oigo una voz compasiva
que dice:—¡Ay que me han muerto!
Y luego al punto partían
huyendo los agresores.

Espantado huye también él; tropieza con el muerto; oye doblar las campanas y presencia su propio entierro. La pintura de estas sorprendentes escenas no carece de energía y de grandeza; los versos fluyen fáciles y armoniosos de la pluma del poeta.

El Sr. Hazañas y La Rua que menciona [1] esta poética leyenda (con la versión de los romances), y la extractada del *Jardín de flores curiosas*, aunque con diverso objeto que nosotros [2], no parece haber conocido la comedia de

1 *Génesis y desarrollo de la leyenda de Don Juan Tenorio*, Sevilla, Izquierdo, 1893. Folleto de 48 págs. en 4.°

2 La recapitulación de los personajes poéticos que ven su entierro en vida. (Págs. 38 á 44.)

Rosete, que tanto cumplía á su objeto, ni la siguiente versión de la historia de Lisardo.

Intitúlase ésta *Don Miguel de Mañara (Cuento tradicional)*, y se publicó en el *Semanario pintoresco español*[1], bajo la firma de José Gutiérrez de la Vega. Aunque el suceso se atribuye á aquel piadoso varón sevillano, cuya fama se empeñaron en manchar mal aconsejados escritores, por seguir la desatinada ficción de Alejandro Dumas (padre), el suceso es el mismo que el de Lisardo, y ocurre en la calle del Ataúd de la capital andaluza. Este espantoso caso es el que, según el cuentista, mueve á Mañara á mudar enteramente de vida y fundar el hospital de la Caridad, donde tiene santa muerte.

Tambien, aunque sólo por referencias, se habla aquí de una monja apóstata. Es la judía *Susona* «célebre por su hermosura y seductoras gracias», quien acusó á su propio padre de ser jefe de una conspiración de judíos. El infeliz hebreo fué ahorcado, y la hija infame, arrepentida de tan espantoso crimen y «de la vida licenciosa que hasta entonces había llevado... determinó retirarse al claustro siguiendo los sanos consejos del obispo D. Reinaldo de Romero. Muy poco duró esta vocación religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades y á seguir en la senda de la prostitución y los vicios

1 Año 1851, págs, 410 á 412.

que de antemano trazara, hasta llegar á tal miseria, que vino á ser *amiga de un especiero*, valiéndonos de las palabras del referido manuscrito [1].» Los méritos literarios de esta leyenda son escasísimos.

En nuestros días la hemos visto convertida en pieza del llamado *género chico*, con no mejor éxito, en un teatro de la corte [2].

Hasta en el *Quijote* hay vestigios de esta tendencia poética, en la novela de Don Fernando y Luscinda [3], á quien su obstinado pretendiente arrebata del monasterio en que buscaba paz y asilo.

En la donosísima *Historia de la vida del Buscón*, parto inimitable de la retozona musa del señor de la Torre de Juan Abad, se halla la magnífica pintura de los galanes de monjas, en el curioso capítulo intitulado: «En que me hago representante, poeta y galán de monjas [4], cuyas propiedades se descubren lindamente».

La costumbre de estos amoríos debía ser tan común en la corte de los Felipes, que pasó las fronteras como caso proverbial. En el *Don Juan*

---

1 Uno copiado de otro que poseía D. Juan Suárez de Mendoza, y del cual dice el articulista que sacó la historia de *Susona* la judía.

2 *Don Miguel de Mañara*, zarzuela en un acto, por Felipe Párez Capo, estrenada en el teatro de la Zarzuela el 20 de Diciembrr de 1902. Madrid, Velasco, 1903. Folleto de 48 págs, en 8.°

3 Parte primera, cap. 36.

4 Libro II, cap. 9.°.

de Molière y en el versificado, por Tomás Corneille en 1677, el arrogante galán seduce también á una novicia, como en el popular *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

En la época del desbordamiento romántico, muchos de nuestros escritores tuvieron especial predilección por asuntos semejantes; pero ninguno tan marcada como el fecundo Fernández y González. En *La Maldición de Dios*, en *Amor de monja*, en *Don Luis Ossorio* y en otras de sus novelas, hizo intervenir religiosas enamoradas; pero donde llevó estos lances á un grado increíble, fué en aquella espeluznante leyenda de *Trenza de oro y Juan sin alma* (incluída en su novela *El Condestable Don Alvaro de Luna)*, donde todo se junta en espantosa barahunda, ¡vicio, sangre, violencia, crímenes, parricidios, sacrilegios y hasta incestos!... Pero tales obras marcan ya el último límite de los atrevimientos literarios antipoéticos.

Con mucha mayor delicadeza é innegable habilidad, la Sra. Pardo Bazán, trató en nuestros días tan delicado asunto, probando así que aún no pasó la moda á los de esta clase, y á la vez que la discreción y el arte pueden triunfar de las mayores dificultades [1].

Es, pues, innegable que los amoríos y fugas de religiosas son ó han sido cosa cierta, puesto

1 *Cenizas*, cuento publicado en el periódico *Blanco y Negro* núm. 580, 14 de Junio de 1902.

que de consuno lo prueban la historia y la literatura. No sería, por tanto, imposible que la leyenda de Sor Beatriz trajese su origen de uno de estos casos. Pudo muy bien suceder que alguna débil religiosa, acaso contra su voluntad en el monasterio recluída, cediera á las sugestiones del mundo ó del amor, y olvidando su fe y sus votos, en un momento de extravío, huyera del convento sola ó acompañada. Pasado el trastorno, volveríase arrepentida al convento, donde sería de nuevo admitida, quizás á causa de su sincero dolor. Acaso dijeran entonces las demás monjas que no habían notado la falta de la apóstata, para disculpar su indulgencia. En ambos casos el nacimiento de la leyenda es posible, y al transmitirse, de boca en boca, iríase poetizando y rodeando de episodios y pormenores imaginados.

De todos modos, si la leyenda de Sor Beatriz se inspiró en algún positivo acontecimiento, éste debió ocurrir allá en el siglo XII, y probablemente en algún monasterio de Alemania ó Francia.

VI

La historia de Sor Beatriz en la hagiología latina.—Particularidad de estas redacciones.—Primer texto de nuestra leyenda.—Cesáreo de Heisterbach.—Redacciones del *Discípulo*, de Juan Mayor, Bzowio, Tomás Wright, etc.

Las más antiguas compilaciones de milagros son, naturalmente, obra de escritores eclesiásticos y están redactadas en la lengua de la iglesia: el latín. Lo mismo que las demás, la de Sor Beatriz tuvo esta forma en su primitiva redacción literaria. Y probablemente fué no sólo la primera, mas también la fuente de donde todas las otras dimanaron.

El aspecto distintivo de estas versiones, es la brevedad y la carencia absoluta de pretensiones poéticas; el caso se halla contado con descamada sencillez, sin comentarios ni consecuencias. Además, estas compilaciones manuscritas, como redactadas en idioma universal, corrían por los monasterios de todos los países y erau lectura favorita de los monjes de todas las naciones. Gracias á su difusión iban siendo patrimonio del fondo común de ejemplos piadosos, y por esta causa solían repetirse en las compila-

ciones que nuevamente se hacían. Los religiosos que reunían un repertorio nuevo de milagros, tenían comúnmente á la vista los más que podían juntar de los anteriores y, sin empacho alguno, copiaban á la letra los ejemplos que á su intento convenían. Por esto las versiones latinas de la historia de Beatriz, no solamente convienen entre sí en el fondo ó idea del argumento, pero también en los detalles y aun en las palabras con que se hallan referidas.

No se cita de nuestro asunto texto más antiguo que el del cisterciense alemán Cesáreo de Heisterbach, que escribía á principios del siglo XIII, y pone el caso como ocurrido en sus mismos días, aunque ignora el nombre del monasterio. He aquí la primera versión escrita de la leyenda de Sor Beatriz tal como el monje sajón la refiere en el libro VII [1] de sus *Milagros ilustres é historias memorables* [2]:

«Capítulo XXXV. In monasterium quodam sanctimonialium, cuius nomem ignoro, ante non multos annos virgo quœdam degebat nomine Beatrix. Erat corpore speciosa, mente devota, et in obsequio Dei genitricis serventissima. Quotiens illi speciales orationes, sive venias, secretius offerre potuit, pro maximis dilicijs reputavit; facta vero custos hœc egit tanto devotius, quanto

1 *De Sancta Maria libri septimi*; capítulo XXXV, páginas 507 á 508.

2 *Illvstrivm miracvlorvm et Historiarvm memorabilivm lib.* XII, etc.. *Coloniæ Agrippinæ*, *In Officina Birckmannica*, *sumptibus Arnaldi Mylij*. *Anno* MDXCIX. Un vol. de 19 hojas, sin foliar, de preliminares, más 902 páginas de texto, más otras 19 hojas, sin foliar, de índices, en 8.°

liberius. Quam clericus quidam videns, et concupiscens, procari cœpit. Illa verba luxuriœ spernente, isto importunius instante, serpens antiquus tam vehementer pectus eius succendit, ut flammam amoris ferre non posset. Accedens vero ad altare beatœ virginis patronœ oratorij, sic ait: «Domina, quanto devotius potuit servivit tibi, ecce claves tuas tibi resigno, tentiones carnis sustinere diutius non valeo.» Positisque super altare clavibus, clam secuta est clericum: dies paucos abiecit. Illa, cum non haberet unde vivere, et ad claustrum rediere erubesceret, facta est meritrix. In quo vitio cum publicé quindecim annos transegisset, die quadam in habitu seculari ad portam venit monasterij; quœ cum dixisset portario: «¿Nosti Beatricem quando que huius oratorii custodem?», respondit: «Optime novi; est enim proba ac santa domina, et sine querela ab infantia, usque ad hanc diem in hoc monasterio conversata.» Illa verba hominis notans sed non intelligens, dum abire vellet, mater misericordiae in effigie nota, ei apparens, ait: «Ego per quimdecim annos absentiae tuœ, officium tuum suplevi; revertere tunc in locum tuum, et pœnitentiam age, quia nullus hominum novit excessum tuum.» In forma siquidem, et habitu illus, Dei genitrix vices egerat custodiae. Quœ mox ingressa, quamdiu vixit, gratias egit, per confessionem circa se gesta manifestans. Quod pusillanimes per eam confortentur, subsequens ostendit exemplum.»

La compilación de Cesáreo fué muy leída durante la Edad Media y aun corrió con gran éxito en la moderna, según prueban sus repetidas ediciones. Manejábanla comúnmente los eclesiásticos [1], predicadores, escritores piadosos y personas devotas, y constituyó copiosa fuente de ejemplos y milagros para la redacción de li-

1 El ejemplar de la edición de Colonia, 1599, que yo he manejado, perteneció al ilustre historiador de Segovia D. Diego de Colmenares, cuya firma lleva.

bros semejantes. En España fueron traducidos muchos de los ejemplos de Cesáreo (aunque no el que ahora nos importa) con el nombre de *flores*, por el doctor D. Juan Basilio Santoro en su compilación intitulada *Prado espiritual* [1], que es una de las colecciones de ejemplos más copiosas que tenemos.

Del cisterciense de Heisterbach tomó *á la letra* la milagrosa historia de Sor Beatriz (como hizo con otras muchas) el dominico Juan Herold, apellidado el *Discípulo* [2], que escribió á fines del siglo XV para su obra *Prontuario de ejemplos y milagros de la Virgen María* [3]. El caso de Beatriz hállase incluído [4] tal como Cesáreo lo pone, excepto aquellas palabras en que el fraile alemán declaraba la época del milagro, que Herold prefiere dejar indeterminada, y algunas otras breves y poco reparables circuns-

---

1 Lérida, 1619. El mismo autor escribió *Pasión del Señor*, 1590, y *Discursos místicos*, 1597.

2 De Santo Tomás de Aquino, claro está, cuya doctrina se preciaba de seguir al pie de la letra.

3 *Sermones discipvli de Tempore et de Sanctis, cvm exemplorvm promptuario ac miracvlis B. Virginis*, etc. *Venetiis*, MDCVI, *Apud Petrum Mariam Bertanum*. Un vol. de 27 hojas sin foliar de índices, más 624 págs. de *Sermones*, más 205 de *Promptuarivm exemplorvm secundum ordinem alphabeti*, más 8 hojas de índice del Prontuario, sin foliar, más 44 págs. de *Promptuarium discipuli de Miraculis Beatae Virginis Mariae*, más una hoja de índice de esto, en 4.°

4 Milagro 25 de la Virgen María, pág. 12, col. 2: *María reservavit apostatricem in honore*.

tancias. Compárense las siguientes líneas con las copiadas del heisterbacense:

«In monasterio quodam sanctimonialum *ante multos annos* virgo quoedam degebat nomine Beatrix. Erat *enim*, corpore speciosa, mente devota et in obsequio Dei genitricis serventissima... Illa verba spernente luxuriae, *istoque tanto importunios instante*, serpens antiquus *eam vehementer incendit, ut pectus eius* flammam amoris ferre non posset... cum dixisset *portariæ*: Nosti Beatricem *quondam monasterii huius custricem*, respondit: Optime; *est domina proba* et sancta, et sine querela ab infantia usque in hunc diem in hoc monasterio conversata, etc.»

Si leído fuera el libro de Cesáreo, no lo fué menos el sermonario del *Discípulo*, muy conocido de los predicadores durante los siglos XVI y XVII, porque, además del caudal de los ejemplos, daba los sermones ya formados con aplicación de varia doctrina y erudición copiosa.

De igual manera que el *Discípulo* tomó de Cesáreo la peregrina historia de Beatriz, el erudito jesuíta alemán Juan Maire, ó Le Maire, llamado en latín *Major*. Citando, sin embargo, la fuente de donde copiaba, incluyólo en su gigantesca compilación de milagros, dispuestos por orden alfabético, y á la que con justicia intituló *Magnum speculum exemplorum* [1]. Es el

1 *Magnum speculum exemplorum ex plusquam octoginta auctoribus, pietate, doctrina, et antiquitate venerandis, variisque historiis, tractatibus et libellis excerptum*, etc. *Coloniae Agrippinae, Typis et Sumptibus Joannis Wilhelmi Friessem bibliopolae: Anno* MDCLXXXIV. Un vol. de 6 hojas, sin foliar, de prels., más 683 páginas á dos columnas de texto y 34 hojas, sin foliar, de índices, en 4.º Edición corregida y añadida por el R. P. J. Dauroult.

Exemplum XIX y lleva este epígrafe: *Maria Virgo Beatricis monialis apostatae loco custodis officio fungebatur* [1]; el texto, sin variante alguna, es exactamente el del monje de Heisterbach, á quien cita al pie del ejemplo.

El dominico polaco Abraham Bzowio (1567-1637), prior del monasterio de Cracovia, continuó los *Anales* de Baronio desde 1198 á 1532. Incluye también la historia de la monja Beatriz, precediéndola de una curiosa introducción crítica en que procura probar la existencia real del caso.

De la misma manera recogió este milagro de Cesáreo el inglés Tomás Wright, en su gran compilación de historias latinas [2].

Pero mucho más importantes que estas versiones son las redactadas en lenguas romances.

---

1 Pág. 456, col. 2 (Ed. Coloniae Agripinae, 1684).

2 *Latin Stories* (Londres, 1842), núm. 106.

VII

La leyenda de Sor Beatriz en Francia.—Primera forma poética.—El monje trovero Gautier de Coinci.—Su versión de esta leyenda.—La leyenda en forma de *fabliau*.—Versión anónima de las *Vies des Pères*.—Otras redacciones.

Todos estos redactores latinos, como que miraban solamente al fin de la piedad, ni siquiera intentaron dar á su relación aspecto alguno poético. Limítanse á exponer el hecho con sencillez candorosa, fiando el éxito al suceso mismo, con el cual pretenden mover el corazón de los lectores ú oyentes, y edificarlos, no con las retóricas galas de su elocuencia, sino con la poderosa fuerza del milagro.

El asunto, empero, es por demás poético para que no saliese prontamente de esta esfera. Apenas escrito por el religioso de Heisterbach, la tradición corre velozmente en alas de la poesía; artistas de profesión le dan forma rimada y aun la modifican, hermoseándola, en sus partes principales.

El poeta que parece ser el primero en inspirarse en nuestro asunto es el célebre trovero francés Gautier de Coinci. Este monje benedic-

tino, prior de Vic-sur-Aisne [1], escribió hacia 1220 una colección de cantares piadosos, vidas de santos, cuentos y milagros en número de ochenta, que abarcan en junto unos 30.000 versos.

La principal fuente de Gautier de Coinci es la compilación latina del siglo anterior, debida á Hugo Farsit *(Farsitus)*; pero también tuvo presentes otras hagiologías, como la de Hermán de Laon y las anónimas de los milagros del santuario de Roca-Amador y de nuestra Señora de Chartres [2]. Sin embargo, como ninguna de estas colecciones mariales del siglo XII mencionan la leyenda de Sor Beatriz, cabe suponer que Gautier se inspiró para ella en la obra de Cesáreo ó, lo que es más probable, en la tradición oral que en su tiempo corría vulgarmente en Francia. Titúlase el cuento de Coinci: *De la nonnain qui lessa l'abbeie et s'eu ala au siecle* [3], y en

---

1 Gautier de Coinci nació hacia 1177, tomó el hábito á los quince ó diez y seis años, en 1193, en Soissons; en 1214 fué electo prior de Vic sur-Aisne, en 1233 gran prior de la abadía benedictina de San Medardo y falleció en 25 de Septiembre de 1236.

2 Mr. Petit de Julleville, *Poèsie narrative religieuse* (en el tomo I de la *Histoire de la Langue et de la Litterature française*, que el mismo escritor dirige), págs. 1 á 48. Hay también extensas memorias del trovero benedictino en el tomo XIX de la *Histoire litteraire de la France*, págs. 843 á 857.

3 Véaae la edición de los *Miracles de Nôtre-Dame* de Gautier de Coinci, del abate Poquet (París, 1857, 4.°), col. 473 págs. 33 siguientes.

otras ocasiones: *De la nonnain que Notre Dame delivra de grann blasme et de gran poine* [1].

Después de una larga introducción ó invocación, que comprende 76 versos, comienza la historia de Beatriz, que no nombra. Ocupa en todo 562 versos y está notablemente amplificada con diversas reflexiones que el relator hace y varios episodios, algunos notables por el gusto poético.

. . . . . .
Jadis ot en une Abaie
une nonain de sante vie;
sougreteine es toit du mostier,
a bien fere ot le cuer entier,
et assiduelment ora,
et Diex et ses Saiz honora;
mes la Mere Dieu deseur touz
enora de nuiz et de jourz,
de bon cuer sanz point de faintise,
á ce fu atornée et mise.
Touts les foiz que hors estoit
du servise qu'ele fesoit,
seule, sanz compaignie d'ame,
devant l'ymage Nostre Dame
se metoit nus genouz á terre
por merci de ses pechiez querre.
En li servir se norrissoit,
et d'autre bien poi se pessoit.

Todos estos rezos y afectos hicieron que Santa María la tomase bajo su amparo y que Nuestro Señor la tuviese por su amiga.

Mes li déables qui deffet
les biens oú il puet avenir,
a un fol point la fist venir,

1 Número XIX del Códice de Soissons.

por ce que souvent la tempta
tant que de ses biens la geta.
. . . . . .
De so honte tant se pena
li maufez é uns homs l'emmena,
et hors de son cloistre la mist,
et par promesse la maumist
tant qu'á lui du tout se dona,
et de lui servir se pena.
Ainsi ot son ordre en despit,
et si a jus mis son abit
devant l'ymaje Nostre Dame.
Du bien se parti comme fame,
et de la clarté se geta,
et en tenebres se bouta.

Sigue luego una disertación moral sobre la locura del que, despreciando la luz del día, pretende alumbrarse con la linterna que conduce. Hermosa imagen, desarrollada con el mejor gusto.

El seductor la tuvo dos años en su compañía, hasta que, cansado de ella, para abandonarla, le dice que la conciencia le remuerde de lo que ha hecho, y le reprocha su falta. La triste monja le responde:

Vous dites voir,
je sui vix et mauvese plus
que ne me saroit dire nus,
quant je onques ore vous crui
et de mon bien fet me recrui:
or sui-je venue á mon droit,
qui autre chose me diroit,
il ne feroit mie reson,
bien doit avoir tel guerredon
de l'ordure que j' ai menée
comme vix, comme abandonée,
qui á force me sui demise

de l'onour où Diex m'avoit mise,
et la Dame de majesté
qui me fesoit si grant bonté
qui j'estoie sa mireresse:
or ai fet comme lecharresse
de toute vilonie plaine,
que maufez á son bon demaine
si ai perdu par ma herrele,
et mon ami et ma querele;
mes Diex n'est malades ne mors,
si je de li servir m'effors
et mon pechié veille guerpir,
á merci porrai bien venir.

Tomada esta santa determinación, huye de su amante y por acaso pasa ante un convento, cuyo Abad halla á la puerta, y arrojándose á sus pies le confiesa todas sus culpas. Acógela amorosamente el religioso y la calma y consuela, excitándola á la penitencia. La ex monja le manifiesta que á todo se halla dispuesta por satisfacer á Dios y á su madre, su amiga.

¡M'amie! Je ment; j'ai tant fet
comme vis, que m'amie n'est.

El monje le indica por penitencia que torne á su abandonado convento y allí confiese públicamente su pecado, consiga perdón de las religiosas y haga grandes mortificaciones. La prófuga espantada exclama:

Sire, merci, je nel'feroie,
desmenbrer ainçois me leroie

El habad, en vista de tal protesta, va á retirarse, mas la monja le suplica encarecidamente le imponga penitencia. Repítele la misma, y al

cabo la religiosa la acepta como única salvación [1].

D'iluec se parti meintenant,
ses mains á ses cheveux tenant,
qu'ele avoit grant duel du forfet
qu'ele avoit comme lasse fet.

Sale llorando y dirigiendo á los cielos en voz alta una larga y sentida plegaria impetrando misericordia. Cógela la noche en el camino ya cerca del convento, y se dirige á una humilde choza donde habitaba una buena cristiana que la dió graciosamente hospitalidad y cena. Y terminada la cual, conversando acerca de diversas personas y madres del convento vecino, la pecadora dice:

Ostesse, vostre Sougreteine
qui soloit metre si grant peine
el mostier de laienz servir
et les enfers soloit guerir
¿où est-ele? J'ai oï dire
de li moult mal et moult mesdire,
et c'uns hons o soi l'en mena.

Tales expresiones sorprenden á la huéspeda, que, maravillada, se levanta diciendo:

Fame, vous estes fole
qui dit avec tele parole
de madame la Sougreteine;
sachiez que folie vous meine,
quant la meillor avez blasmée
la plus sainte et la miex amée
qui onques fust en ceste terre.
. . . . . .
De ce sui-je sage, ce cuit,

1 Siento no poder copiar á la letra esta hermosa escena, acaso la mejor del cuento, pero su extensión (1120 versos) me lo impide.

ci que je nel'croirai anuit,
si este fole et perdue,
il a encor en ceste rue
tiex vingt malades amenez,
cloux, avugles et forsenez,
qui tuit l'atendent á demain
au saint seignacle de sa main,
et maintenant les sanera,
que de sa main les seignera.

Maravillada la pecadora, y no comprendiendo las palabras de la devota, no pudo conciliar el sueño en toda la noche. En cuanto oye tocar á maitines vístese apresuradamente, se dirige al monasterio y halla una hermosa dama abriendo las puertas de la iglesia. La ex monja le interroga ansiosamente.

Dame, por Dieu, ¿qui estes-vous?
en charité dites le nous,

y la monja le responde con otra pregunta.

Més vous, ¿qui estes, bele amie?

La pobre fugitiva, impresionada por el dulcísimo acento de la nueva sacristana, le dice con rubor y vergüenza:

Sougreteine de cest mostier,
qui, bien fesoie mon mestier,
quan li déables me seurprist
qui á sa volonte me mist,
et de touz biens me desvoia,
et á ma honte m'envoia.
. . . . . .

Cuéntale todo su pasado, y cómo está arrepentida por haber perdido su dicha, y su tranquilidad, y la gracia de Dios y el amor de su

Divina madre, que ella tanto amaba, terminando:

Dame, or vous ai dit qui je suis,
si vous requier-je por celui
qui os pechéors fet pardon,
que vous me dites vostre non,
se li dire ne vous est griez.

La Augusta monja, con afable rostro, le responde:

Je le te dirai volentiers:
Je suis la Mere Dieu Marie,
á qui tu as moult mal merie
la grant bonté que je t'ai fete;
droiz es que devant toi la mete.
J'ai ci esté ta cheveciere,
ta bajesse, ta meregliere,
d'uis ouvrir et de sainz soner,
et de tes lampes alumer;
et si ai fet l'autre servise
en la maniere et en la guise
que tes ordres fere le doit,
si que nus riens n'i amendoit,
et que de moi par ma vertu
cuidoit-l'en que ce fusses tu.
Et saches bien certainement
que nus ne set ton errement,
et por ce que tu m'as servie
ai couverte ta vilanie;
or si te pardoing ton folage,
mes garda toi de cuer volage,
que je ne te feisse anui
por autre fet, et por cestui
si te dirai que tu feras.
Devant mon autel t'en iras
lá trouveras ta vestéure,
si la vest et si t'aséure,
que tu n'as doute de nul ame,
més oevre comme preudefame.

Quiso la pecadora arrojarse á los pies de la

Virgen, pero había desaparecido en terminando de hablar; en su lugar besó cien veces la tierra que la sustentara. Tomó sus ropas, volvió á su servicio y vivió y murió santamente. El cuento termina con una exhortación á la devoción á Nuestra Señora [1].

Pero no fué sólo el monje trovero quien durante la Edad Media recogió en Francia este milagroso caso. Hállase también, probablemente tomado de Gautier de Coinci, en la colección anónima intitulada *Vies des Peres*, de la cual se conocen unos treinta manuscritos muy diferentes entre sí y que contienen como setenta y cuatro cuentos piadosos. Muchos de ellos proceden de las *Vies des pêres du desert*, y de aquí el nombre de la colección, pero otros son refundiciones de tradiciones místicas populares en los conventos [2].

La versión de la leyenda de Sor Beatriz publicada en las *Vies des Peres*, es la misma que se contiene en el códice manuscrito de la Bib. Nacional de París *Fr. 818* (fol. 103), y con ligeras variantes en los *Fr. 375* (fol. 345), y en el *3.518* de la misma Biblioteca, y en el *Roy. 20, B. 14,*

---

1 M. Méon, *Nouveau recueil de Fabliaux et Contes inedits*. París, 1823, tomo II, págs. 154 á 172.

2 Véase la *Histoire litteraire de la France*, tomo XIX, páginas 857 á 861, y la monografía de A. Weber, *Handschiftliche Studien auf dem Gebiete romanischer Literatur*, Frauneufeld, 1876.

número XIV (01,14) del Museo Británico [1].

Con el título de la *Songreteine, ou de la segretaine qui devint fole au monde, ou de la soucretaine qui lesa s'abaie que nostre dame i remist*, fué incluído este cuento como anónimo en las primitivas compilaciones de *Fabliaux*, de Meón [2], Legrand d'Aussy [3] y Jubinal [4]. Fundándose Bedier en el verdadero carácter de los *Fabliaux*, que es el tener aspecto cómico-satírico, excluyó esta historia, juntamente con otras dos, del número de aquellas ingeniosas narraciones medioevales, en el notable estudio que acerca de ellos publicó recientemente [5].

Muy abreviada incluyóse también esta leyenda en el curioso y raro volumen francés *Tresor de l'ame*, por Robert, publicado en París, por Renard, á fines del siglo XV.

En otra versión el caso se halla algo variado en sus principios.

Una joven religiosa, de hermosa figura y de edad de veinte años, era sacristana de su monasterio. Encargada por su empleo de tocar á

---

1 Vid. GRÖBER, *Zeitschr. fur romanische Philologie*, tomo IV, págs. 94 y siguientes.

2 *Nouveau recueil de Fabliaux*. París, 1824, 4 vols. en 4.°

3 *Fabliaux ou Contes des* XIIe *et* XIIIe *siècles*. París, 1781, 5 volúmenes en 4.°; otra edición más completa, París, 1829, 5 tomos en 4.°

4 *Nouveau recueil de Dits, Contes et Fabliaux*. París, 1839 á 1842, 2 vols. en 4.°

5 *Les Fabliaux*. París, 1895, 4.°

maitines diariamente, precisaba, para llegar á la iglesia, pasar por una galería donde había una imagen de la Virgen; y jamás dejaba de rezarle un *Avemaría*. Pero el diablo, que se ocupa constantemente en destruir todas las buenas acciones que ve ejecutar, quiso perder á la joven monja y lo consiguió. «¿Qué haces en esta eterna prisión, le dijo al oído, ven al mundo; joven y bella como eres, segura de agradar, no existen placeres que tú no puedas prometerte: siempre tendrás tiempo de tornar á encerrarte aquí, cuando la edad haya deshecho tus gracias.»

A la vez inflama el pecho del capellán del monasterio en sacrílego amor por la joven religiosa. Aquel se propone nada menos que sacarla del convento, mas para ello es preciso hacer consentir á la dama, y no teniendo la libertad necesaria, emplea para solicitarla una vieja, especie de *Trotaconventos*, la cual le pinta con tan vivos colores los placeres del mundo, que la desvanecida monja accede á la atrevida pretensión y aun concede á su galán una entrevista para la siguiente noche, á la puerta de la iglesia, cuyas llaves custodiaba.

Acude la sacristana á la cita, pero habiendo rezado brevemente ante la imagen, asómbrase de ver en la puerta una mujer que con semblante severo le impide el paso. Lo mismo ocurrió al siguiente día; y ya impaciente el descreído clérigo, envíale su Celestina á quejarse, pero sabien-

do el motivo de la falta le aconseja que pase ante la imagen sin rezarle, y aun volviendo la cabeza. ¡Tan ciegos los supone el candoroso arte del poeta, que cierran voluntariamente sus ojos á la luz del milagro! La monja, aunque no se decide á ejecutar al pie de la letra el consejo de su galán, toma otro camino y al tercer día parte. Lo demás del caso es como el ya referido [1].

Finalmente, en una tercera versión la joven religiosa es novicia, ó recogida en un monasterio, y el seductor es un sobrino de la abadesa. Esta abadesa mundana tiene continuamente cerca de sí extranjeros, parientes ú otros. Todos los días se celebran festines «y este ejemplo, dice el poeta, no es sino muy común. ¡Cuántos no vemos nosotros, abades y abadesas, abusar así de los bienes de los templos para enriquecer sus parientes y para llevar buena vida, mientras los pobres religiosos no beben sino agua y no comen sino huevos duros!» Esta versión corresponde exactamente con el estado de la leyenda de Beatriz que hemos llamado tercero [2].

Parece ser que el mismo Gautier de Coinci fué

---

1 LEGRAD D'AUSSY, tomo V de los *Fabliaux ou Contes*, edición de París, 1829.

2 Para más detalles véanse las *Memoires d'Artigny*, tomo III, páginas 241 á 246; GUDÍN, *Historie des contes*, tomo I, pág. 65; la *Histoire litteraire de la France*, tomos XIX pág. 845 y XXIII, página 124; GASTÓN PARIS, *La litterature française au moyen age* (París, Hachete, 1890); PETIT DE JULLEVILLE, *Poèsie narrative religieuse*, págs. 1 á 48, etc.

también el autor de esta redacción [1]. En esta forma fué llevado nuestro asunto al teatro religioso francés de la Edad Media por un anónimo, con el epígrafe *La nonne qui laissa son abbaye* [2] sin novedad ninguna y también con escaso interés.

En los tiempos modernos el delicioso cuentista Carlos Nodier trabajó con este asunto una de sus más bellas narraciones; pero resérvase tratar de ella para más adelate por la trascendencia que luego tuvo en España.

Una leyenda algo parecida á la de Beatriz se halla también en la colección marial italiana del siglo XIV, rotulada, *Miracoli della Madonna* [3], repetidamente publicada, y que es uno de los pocos repertorios de milagros de María que en aquel idioma se encuentran.

Asimismo, otra semejante trabajó Adgar, poeta anglonormando del siglo XII, en su colección de leyendas en verso [4], publicadas por Neuhaus [5].

---

1 Vid. la edición de ULRICH en la *Zeitschr. fur rom. Philologie.*

2 Vid. G. PARÍS y U. ROBERT, *Miracles de Nôtre Dame*, tomo I, páginas 309 á 351; MOMMERQUÉ ET MICHEL, *Théatre français du moyen âge* (París, 1836); PETIT DE JULLEVILLE, *Les Mysteres*, tomo II, págs. 241 á 242, etc.

3 Número XVI de la edición de Treviso, 1479.

4 Folio 69.

5 Primeramente en su disertación *Die Quellen zu Adgars Marienlegenden*, Aschersleben, 1862, y después el volumen IX de la *Altfranzösische Bibliotek*, publicada en Heilbronn por W. Förster.

VIII

La leyenda de Sor Beatriz en España.—Escritores y poetas que la refieren.—Juicio general de estas versiones.—Elementos variables en ellas.—Novedades comunes á todos.—La leyenda de Sor Beatriz no está en los *Milagros de Nuestra Sennora* de Berceo.

Por dos conductos diversos llegó á España, en períodos diferentes, la leyenda de Sor Beatriz; popular y en la Edad Media el uno, erudito y en los albores de la moderna el otro; el primero fué poco seguido, el segundo, en cambio, tuvo largo desarrollo.

Apenas había el monje trovero francés dado forma literaria á este maravil oso asunto, cuando pasó á España con vestidura muy semejante. El sabio monarca Don Alfonso X, que desde su juventud redactaba el más copioso cancionero marial, dióle cabida en su obra y aun lo incluyó en los tres estados ó formas que ofrece. Después de él, en cambio, no figura en las colecciones de milagros de Nuestra Señora, más conocidas y ricas de la Edad Media. Ni Fr. Juan Gil de Zamora en su *Liber Mariæ*, donde, sin embargo, se hallan cincuenta leyendas de las incluídas en las *Cantigas;* ni en el *Libro de los castigos é do-*

cumentos, atribuído al rey Don Sancho y que tantas relaciones portentosas encierra; ni en las obras de D. Juan Manuel; ni, lo que es aún más extraño, en el *Libro de los Enxemplos* de Clemente Sánchez Bercial, tanto en el texto de antiguo conocido, esto es, en el que se publicó en la *Biblioteca de Autores españoles*, como en la continuación dada á luz por Mr. Morel-Fatio en la *Romanía* [1].

Las causas de este fenómeno se explican naturalmente. Las leyendas y tradiciones dejan de ser populares en cuanto se escriben, y si acaso su recuerdo permanece entre el pueblo, es tomándolo de los textos escritos, no de la tradición oral. Además los gustos de la Edad Media cambiaron grandemente en el siglo XIV. La leyenda de Beatriz perdió, pues, su carácter vulgar en este tiempo, y entonces se refugió en las compilaciones de milagros latinos, es decir, en libros de carácter eminentemente erudito. Difundidos éstos por la imprenta, tornó á vulgarizarse nuestro asunto, mas por camino enteramente diverso y, por decirlo así, opuesto al que trajera en la Edad Media.

Si la leyenda de Sor Beatriz llegó á España en los tiempos del Rey Sabio, por los cancioneros vulgares franceses, ó, ocaso por boca de los troveros y juglares errantes que recorrían países

1 Tomo VII (1878), págs. 481 á 526.

diversos, en los siglos modernos perdióse por completo este recuerdo, y la historia llegó exclusivamente en los libros de devoción y sermonarios, y de ellos la aprendieron nuestros escritores.

Mas si durante los tiempos medios no tuvo en España gran desarrollo esta historia, alcanzólo cumplido en los modernos y muy superior al que ofrece en los países extranjeros.

La leyenda de Sor Beatriz contiénese en la colección de milagros de Santa María, redactada en catalán en el siglo XV, probable derivación de otro repertorio provenzal anterior. Aclimatóla definitivamente entre nosotros el gran Lope de Vega, llevándola al teatro en su comedia de *La buena guarda;* difundióla luego en la novela el encubierto Avellaneda con su cuento de *Los felices amantes*, incluído en la imitación y continuación que hizo del *Quijote;* Zorrilla la vulgarizó con la inspirada leyenda de *Margarita la Tornera;* halló acogida en la curiosa revista el *Semanario pintoresco español* con la hermosa relación *La hermana Beatriz*, arreglo de la leyenda de Nodier; el P. Arolas se inspiró en ella para trazar una de sus menos felices creaciones y hasta, en los tiempos que corren, aparecerá un día ú otro en los coliseos de la corte, convertida en zarzuela del llamado *género chico* [1].

1 Según mis noticias, D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW y D. RUPERTO CHAPÍ tienen escrita con este asunto una zarzuela titulada *Margita la Tornera* sacada de la leyenda de Zorrilla.

Todas estas versiones españolas se distinguen por el marcado carácter religioso que ofrecen dentro del aspecto novelesco que los autores quisieron imprimirles. Todas, también, suceden en España y suelen hallarse adornadas de multitud de episodios é incidentes para prolongar el desenlace y aumentar el interés del relato. Por la misma índole del argumento, la protagonista es, naturalmente, la monja apóstata, y la figura del seductor se presenta con carácter antipático, á guisa de instrumento del diablo ó de traidor de melodrama. Como su intervención solamente es necesaria para la caída de la religiosa, los hagiógrafos latinos y los redactores de la Edad Media, danle escasa participación en el desarrollo del lance y suelen olvidarlo al final enteramente. Nuestros escritores procuraron hacerlo simpático, elevándole á la categoría de personaje principal y convirtiéndole en una especie de Tenorio, tipo que siempre ha sido del agrado del público. Además, después de la reconciliación de Beatriz con la Virgen María, los autores españoles no olvidan nunca al atrevido galán que la precipitó en el pecado: hácenle participar del milagro, arrepentirse de los errores pasados, entrarse en religión y, como su dama, acabar la vida santamente.

En estas redacciones del peregrino cuento, no hay dos que nos lo presenten de idéntica forma, si bien ciertos rasgos y episodios (como el tan

interesante y bello de la despedida á la Virgen de la extraviada monja), son en todos comunes. Varía en todos el lugar del caso, orden del convento, oficio de la religiosa y clase del seductor; los nombres de ambos protagonistas, ciudad que eligen para ocultar sus sacrílegos amores, el tiempo que duran y la forma y vía por donde el arrepentimiento llega al corazón de la desvanecida monja. La particular inventiva y la originalidad de los redactores manifiéstase en estos detalles, como el genio creador y el gusto poético en los episodios con que adornaron el asunto.

Contra lo que pudiera creerse, la leyenda de Sor Beatriz tampoco está entre los *Milagros de Nuestra Sennora*, de Gonzalo de Berceo. Y es tanto más de extrañar este fenómeno cuanto que el clérigo de San Millán de la Cogulla tuvo á la vista, como el Rey Sabio, diversas compilaciones de milagros de Santa María, y especialmente el cancionero de Gautier de Coinci á quien varias veces sigue [1]. Cosa particular; de las veinticinco relaciones poéticas del cantor de Santo Domingo, solamente dos tienen mujeres por protagonistas, la XIX, que contiene el milagro de la devota que Nuestra Señora libró de morirse ahogada, y la XXI, en que se refiere el caso de la *Abadesa encinta*, tan repetido en este género de compilaciones.

---

1 MARQUÈS DE VALMAR. *Estudio sobre las Cantigas*, pág. 179.

Esto, no embargante D. José Amador de los Ríos en su *Historia crítica de la Literatura española*, se obstina en afirmar que la tradición piadosa de que tratamos se contiene en Berceo. Imposible parece toda polémica sobre tal hecho. He aquí, sin embargo, las palabras de Ríos:

«Cuando examinemos las *Cantigas* del Rey Sabio, fijaremos las semejanzas y puntos de contacto que tienen con los *Milagros de Nuestra Señora;* pero sin perjuicio de ir reconociendo el itinerario de estas piadosas leyendas hasta nuestros días, citaremos aquí las dos que en las obras de D. José Zorilla llevan por título: *Margarita la Tornera* y *A buen juez mejor testigo*. Son el II y el XXIII de los *Milagros*, en que ostentó Berceo, tal vez más que en los restantes, sus dotes de narrador. Las leyendas de Zorrilla son admirables desde este punto» [1].

Más adelante, tratando de Alfonso el Sabio, vuelve á decir lo mismo en estas palabras:

«Además de lo dicho, al hablar de los veinticinco *Milagros de Nuestra Señora*, escritos por Berceo, cúmplenos observar aquí que, á excepción de once, todos los restantes se hallan reproducidos en las *Cantigas* del Rey Sabio y contenidos en el códice toledano. En efecto, el primer milagro del cantor de Santo Domingo es la II.ª cantiga que celebra la aparición de la Virgen á San Ildefonso: el II.º la XXXI.ª, que narra la Historia de la monja tesorera, reproducida en el *Quijote* de Avellaneda con el título de *Los dos amantes felices*, y referida con el de *Margarita la Tornera* en los *Cantos del trovador* por el renombrado Zorrilla, etc. [2].»

La equivacación de Ríos es evidente. El milagro II, de Berceo, dos veces citado, trata de muy

1 Tomo III, pág. 268, nota 1.

2 Tomo III, pág. 506, nota 1.

diferente asunto, y no tiene nada de común con el nuestro á no ser la gran devoción que el protagonista siente hacia la Virgen María, cosa general en los héroes y heroínas de las leyendas mariales de todos los tiempos y países.

Comienza el milagro con estos versos:

. . . . . .
Un monge beneito fue en una mongia,
el lugar non lo *leo*, deçir non lo sabria:
querís de corazon bien a Sancta Maria,
façie a la su statua el enclin cada dia.
Façie a la su statua el enclin cada día,
fincaba los enoios, diçie Ave Maria:
el abbat de la casa diol sacristania,
ca tenialo por cuerdo, e quito de follia.
El enemigo malo de Belçebud vicario
que siempre fue e eslo de los buenos contrario,
tanto pudió bullir el sotil aversario,
que corrompió *al monge*, fizolo fornicario
Priso un uso malo el locco peccador:
de noche cuando era echado el prior,
issíe por la eglesia fuera del dormidor,
corríe el entorpado a la mala labor.
Siquier a la exida, siquier a la entrada,
delante del altar li cadie la passada:
el enclin e la Ave teníela bien usada,
non seli oblidaba en ninguna vegada [1].
. . . . . .

Solamente en estas estrofas es donde, debiendo mucho á la imaginación, puede hallarse acaso algún parecido remoto entre el monje benedictino y Sor Beatriz; lo demás no tiene nada que ver con la leyenda de que tratamos. Cierta

1 GONZALO DE BERCEO, *Milagros de Nuestra Señora*; milagro II, pág. 106, col. 1. (Edición de *Autores Españoles*.)

noche el fraile pecador ahogóse en un río que debía pasar para *ir á fornicio*. A la mañana siguiente, los demás frailes fueron maravillados de no oir tocar á maitines ni ver al sacristán en parte alguna. Hallan al cabo su cadáver en el río y se disponen á enterrarlo. Mientras tanto el alma del ahogado vese asaltada por *grant gentío* de diablos que la quieren arrebatar, pero la Virgen, movida de la devoción que el muerto le consagrara, obtiene de su divino Hijo que aquel espíritu vuelva al cuerpo de donde salió para que haga penitencia.

Resucita, pues, el monje con general asombro de los compañeros; explícales lo ocurrido; hace la penitencia que es lógico discurrir,

> meiorose de toda su mala contenençia,
> sirvió á la Gloriosa mientre ovo potençia,
> finó quando Dios quiso sin mala repindençia,
> requiescat in pace cum divina clemencia

y se terminó el milagro. ¿En qué se parece este portentoso caso de resurrección á la historia de la pobre monja vencida de amor? No se nos alcanza.

IX

La leyenda de Sor Beatriz en las *Cantigas* del Rey Sabio.—Existencia de las tres formas.—Examen de la *Cantiga LV.*—La *XCIV;* su asunto.—La *Cantiga CCLXXXV.*—Fuentes y novedades de estas versiones.—Redacción catalana de aquesta historia.

El primero que trajo á España la leyenda de Sor Beatriz, como casi todas las mariales, fué el Rey Sabio, que, para la redacción de sus *Cantigas*, se rodeó de cuantas colecciones de milagros de la Virgen María, pudo haber y que entonces, más que en ningún otro tiempo, corrían profusamente por la Europa civilizada.

El cancionero mariano de Don Alfonso, es una obra de compilación, en la cual el monarca iba hacinando leyendas y casos milagrosos, sin más orden que aquel en que llegaban á sus manos. A las *Cantigas* vinieron á confluir todos los milagros recogidos en los santuarios de Soissons, Rocamador, Chartres, etc., y los repertorios de Coinci, Cesáreo y otros, juntamente con los de todas clases que andaban tradicionalmente por España. De esto es lógica consecuencia la múltiple redacción de un mismo caso, que alguna vez se halla en las *Cantigas*.

Tal acontece con la historia de Sor Beatriz, la cual, con ligeras variantes, se halla tres veces referida. En Francia existían ya á fines del siglo XIII, según hemos visto, tres redacciones ó formas de ella que el monarca castellano acomodó en su obra conforme tuvo de èllas conocimiento. Esta verdad se prueba advirtiendo tan solamente que el más antiguo estado de la leyenda responde á la *Cantiga LV*, el intermedio á la *XCIV* y el último á la número *CCLXXXV*.

La primera de estas versiones, que es también la más débil (número LV) [1], nos ofrece el caso en la primitiva rudeza con que Cesáreo lo refiere, si bien el Rey Sabio introdujo en él algunas pequeñas variantes. Don Alfonso marca ya el camino que más tarde habían de seguir los posteriores redactores españoles. La acción del portento se pone en España, aunque no puntualiza en donde.

. . . . . .
De esto direi un miragre
que quis mostrar en Espanna
á Uirgen Santa María,
pïadosa et sen sanna,
por uha monia que fora
fillar uida d'auol manna
fora de seu moesteiro
con un preste coroa.

Dice luego cómo las delicias de esta monja,

1 *Esta e como Santa María seruiú pola monia que se fora do moesteyro e lle criou o fillo que fezera alá andando.»* Páginas 80 á 82 del tomo I.

que no nombra, estaban en servir devotísimamente á la Reina del Cielo.

Mais o demo que sse paga
pouco de uirgijndade,
fez como uos eu iá dixe
que sse foî con un abade
que á por amiga teue
un mui gran temp [1] en Lisboa
.....
Ambos assi esteueron
ta que ela foi prennada:
enton o crerig 'astroso
leixou-a desanparada.

La desdichada apóstata al verse abandonada por el impúdico sacerdote, tórnase al convento de donde huyera, andando sólo de noche, *como si fuera ladrona.*

E foi ao mõesteiro
alí onde sse partira,
et falon-ll'a abadessa
que a nunca ménos uira
ben desque do mõesteiro
sen ssa lecença sayra,
dizendo -Por Deus, mia filla,
logo aa terça soa.

.....

La monja hace lo que le mandan, maravillándose de que no le echasen en cara su falta. Pasaron varios días en este estado hasta que sintiendo llegado el tiempo de dar á luz, pide llorando á la Virgen la libre de la vergüenza y del

1 Conservo la ortografía con que publicó las *Cantigas* el MARQUÉS DE VALMAR, no obstante ofrecerse algunas dudas de puntuación, acentuación y ortografía, máxime si se compara este gallego con las formas corrientes hoy en Galicia.

infierno, todo lo cual remedia María haciéndole parir milagrosamente.

La ingenuidad popular y la candorosa piedad del poeta resalta en los pormenores narrativos. No contenta la indulgente Virgen con tomar la figura y el oficio de la pecadora religiosa, envía un ángel para que sea comadrón de la monja y se encargue de la crianza del niño, advirtiéndole que le den pan, pero no de boroña.

A un ángeo disse:
Tira-ll' aquel fill' agynna
do corp'e eriar ll'o manda
de pan, mais non de boroa.

Ni en el texto de Cesáreo, ni en las versiones francesas se hace parir á la monja, siendo este episodio, nada poético, por cierto, incluído primeramente por el Rey Sabio, aunque con excelente acuerdo ningún otro español quiso conservarlo.

Esta *Cantiga* es una combinación de dos leyendas (la de Beatriz y la de la Abadesa encinta) quizá formada por el mismo Don Alfonso. En el caso de la priora que cedió á la tentación carnal, aparécese también la Virgen, con uno ó dos ángeles, que la auxilian en el parto y se encargan de la crianza de la criatura. Véase la descripción que Berceo hace de esta escena [1]:

Tan afincada-mente fizo su oration,
que le oio la Madre llena de bendiçion:
. . . . . .

1 *Milagro XXI* de Berceo, versos 528 á 535 (*Col. de Autores Españoles*, tomo LVII, págs. 119 á 120).

Apareciol la Madre del Rey de Magestat,
dos ángeles con ella de muy grant claridat.
.....
Al sabor del solat de la Virgo gloriosa
non sintiendo la madre del dolor nulla cosa,
naçio la creatura, cosiella muy fermosa,
mandóla a los angeles prender la Gloriosa,
Dissolis a los angeles: a vos ambos castigo,
levad este ninnuelo a fulan mi amigo,
deçid quem lo críe, io assin gelo digo,
ca bien vos creerá, luego seed conmigo.

Exactamente lo mismo dicen las demás versiones de esta vulgar leyenda.

Tomado, al parecer, de Gautier de Coinci, el asunto de la *Cantiga XCIV* [1] viene á ser la forma triunfante de esta leyenda y la comúnmente seguida por los redactores modernos. Como se trata del más antiguo texto que apareció en nuestra Península, y además es el asunto capital de la presente *memoria*, parece conveniente reproducirla íntegra.

«Esta e'como Santa Maria servíu en logar de la monia que sse foi do moesterio.

E guarda-nos de falir
Et ar quer-nos encobrir
Cuando en erro caemos;
Des'i faz-nos repentir
Et a emenda vijr
Dos pecados que facemos.
D'este un miragre mostrar
En un abadia,
Quis a Reyna sen par
Santa que nos guia.
De vergonna nos guardar...

1 Págs. 146 a 148 del tomo I.

Hva dona onv'ali
Que, *per quant'eu aprendi*,
Era menynna fremosa;
Demais sabía assi
Teer sa orden, que ni
Hũa atan aguçosa
Era d'i aproveytar
Quanto mais podia;
Et poren lle feran dar
A tesouseria.
De vergonna nos guardar...
Mail-o demo, que prazer
Non onv'en, fez-lle querer
Tal ben a un cavaleiro,
Que lle non dava lezer,
Tra en que a foi fazer
Que sayú do mõesteiro;
Mais ant'ela foi leixar
Chaues que tragia
Na cinta, ant'o altar
Da en que criya.
De vergonna nos guardar...
—¡Ay, Madre de Deus (enton
Dise ela en ssa razon)
Leixo-vos est'encomenda,
Et a vos de coraçon
M'acomend'—E'foi-ss'e non
Por ben fazer sa fazenda,
Con aquel que muit'amar
Mais ca si sabia,
Et foi gran tempo durar
Con él en folia.
De vergonna nos guardar...
E o cavaleiro fez,
Poil'a levon d'essa vez,
En ela filhos et filhas;
Mais la Virgen de bon prez,
Que nunca amou sandez,
E mostrou y maravillas;
Que a vida estrannar
Lle fez que fazia,

Por en sa claustra tornar
U ante vivia.
De vergonna nos guardar...
Mais en quant'ela andou
Con mal sen, quanto leixou
A a Virgen comendado
Ela muy ben o guardou;
Ca en sen logar entron
Et den a todo recado
De quant'onv'a recader,
Que ren non falia,
Segundo no semellar
De quen a viia...
De vergonna nos guardar...
Mais pois que ss' arrepentiu
A monia et se partiu
Do cavaleiro mui cedo,
Nunca comeu nen dormiu
Tro o mõesteyro viu.
Et entrou en ei a medo,
Et fillou'ss'a preguntar
Os que conocia
Do estado do logar
Que saber queria.
De vergonna nos guardar...
Disseron—ll'enton sen al:
—Abadess'avemos tal
Et priol'e tesoureira;
Cada hua d'elas val
Muito, et de ben sen mal
Nos fazen de gran maneira.
Quand'est'oyu' a sinar
Logo se prendia
Porque ss'assi nomear
Con elas oia.
De vergonna nos guardar...
E ela con gran pavor
Tremendo et sen coor,
Foi-sse pera a eigreia;
Mais la Madre do sennor
Lle mostrou tan grand'amor

(Et porén bẽeita seia)
Que as chaves foi achar
U postas avia,
Et seus panos foi fillar
Que ante vestia.
De vergonna nos guardar...
E tan toste, sen desden
Et sen vergonda de ren
Aver, iuntou o convento,
Et contou-lles o gran ben
Que lle fezo á que ten
O mund'en seu mandamento;
Et por lles todo provar
Quanto lles dizia
Fez seu amigo chamar
Que ll'o contar-ia.
De vergonna nos guardar...
O convento por muy gran
Maravilla ten'a pran,
Pois que a cousa provada
Viron, diziendo que tan
Fremosa, par San Johan,
Nunca lles fora contada
Et fillaron-se'a cantar
Con grand' alegria:
«Salve-te, strella do amor,
Deus, lume do dia.»
De vergonna nos guardar...

Al tercer estado de nuestro asunto responde la *Cantiga CCLXXXV* [1], curiosa, entre otras cosas, por el metro en que está redactada. La forma francesa vulgar de la *Vie des Peres* parece ser la principal fuente que el Rey Sabio tuvo para la versión presente.

«*Como Santa María fez aa monia que non quis por ela lexier de ss'ir con o caualeiro, que sse tornass'a sua órdin, et au caualeiro fez outrossi que fillasse religión.*»

1 Págs. 397 á 399 del tomo II.

Do dem' a perfía
non a toll otra cousa
conne Santa María.
D'est' un fremoso miragre
nos quer' eu ora contar
que por hũa monia fazer
quis a santa Reynna
que, per' *com' eu aprendí*,
era de mui bon semellar,
et de fremoso parecer
et aposta minguna;
et gran crerezía
et grand' ordinamento
esta dona auía,
et demais sabía
amar mais d' outra cousa
á Uirgen que nos guía.

Esta monja era de alto linaje y tan querida de la Abadesa de su monasterio, que

nunca de ssí partía;
ante á metya
en todo los seus feitos
cada que os fazía.

Tenía la Abadesa un sobrino galán y apuesto que, habiéndose enamorado de la monja, le ofreció casarse con ella si quería seguirle fuera del monasterio, donde le esperaban dichas sin cuento y las copiosas riquezas del mancebo. Al cabo importunó tanto el galán

que ela sabrorosa
foi, eb d' alegría
lle iurou en sas maos
que con ele s' irya.

La noche concertada, la religiosa prepara lo que había de llevar consigo; pero antes de marchar va á una capilla de la Virgen y

ant'
o altar se' agẽullou
chorand' ant' hũa sa omagen
que era muy bela
et sse ll' espedía,

pero cuando fué á trasponer la puerta halló á la propia Virgen obstruyéndole el paso. Aterrada, retrocede á su celda, mientras el mancebo reniega de la monja y jura no creer más en mujeres. A la noche siguiente, de nuevo halló á la Reina del cielo cerrándole la puerta, y además le dice:

«Non seia
que tan gran folía
faças contra meu fillo
uen tan grand' ousadía;
ca eu non seeía
teuda de rogar-lle
por ti nen m'oyrya»

Pero á la vez tercera salió sin fijarse en la imagen, y llegando á donde su amigo la esperaba, subió en un palafrén blanco y partieron juntos con grande alegría.

Viven casados largos años muy felices, con muchos y hermosos hijos, hasta que, andando el tiempo, Santa María se aparece en sueños á la esposa y la reconviene por su olvido.

Sandi' a,
¿et como começaste
atan gran bauequía
en leixar teu moẽsteiro
ú uiuias, com' eu sei
muy ben et mnit' onrradamente
et yr ta carreira

et desdennares a mj
et a meu fillo santo Rey,
et non amres uergonasa
en ni hũa maneira?
Por est' eu tenía
por ben qne te tornasses
pera a ta mongía,
logo con Deus meu fillo
que te perdõaría.

La dama, espantada, dijo á su marido:

Tremendo muit' e chorando,

la visión que había tenido y ambos, edificados, determinan entrarse en religión, tornándose la ex monja á su convento.

Recuil de Eximplis é miracles, gestes e faules e altres legendes ordenades por a, b, c, tretes de un manuscrit en pergami del començament del sigle XV, *ara per primera volta estampades*, así se titula una gran compilación catalana en dos tomos [1], que parece versión de otra en diferente lengua. Contiénense en ella muchos milagros de la Virgen, algunos de los cuales parecen tomados de un original castellano, por contener alguna palabra de este idioma.

En el segundo volumen se incluye una descarnada versión de nuestro asunto bajo este epígrafe: *Miracle e eximple molt maravellos que la Verge Maria feu á una monje sacristana de un monaster de dones dordi, segons ques raconpté en les miracles de la Verge gloriosa María mare de Deu* [2].

1 *Biblioteca catalana* de D. Mariano Aguilo.

2 Tomo II, pág. 38, núm. CDIX.

No puede precisarse el libro que haya servido de guía para redactar éste, pero no cabe dudar que debe mucho á la colección mariana provenzal publicada en la *Romanía* [1] por J. Ulrich. Este y Paul Meyer [2] creyeron que el original de la compilación provenzal era un manuscrito del Museo Británico, pero Mussafia demostró [3] que la verdadera fuente no era otra sino el repertorio de Vicente de Beauvais.

---

1 Año 1879 núm. 29.

2 *Archives des missions scientifiques et litteraires*, segunda serie, tomo III.

3 *Romania*, año 1880, núm. 34.

X

La Buena guarda, de Lope de Vega.—Reforma con que el autor la publicó.—Juicio general de esta comedia.—Examen crítico.—Numerosas bellezas de pormenor que ofrece.—*La Buena guarda* y las demás versiones de la leyenda de Sor Beatriz.

El primer poeta castellano que tomando el asunto de Sor Beatriz de las fuentes latinas ó eruditas le dió forma poética, es el *Monstruo de la naturaleza*, quien á la vez, se ofrece como el único ingenio que no sólo en España, mas en el extranjero, llevó esta leyenda al teatro. Si se descuenta la versión catalana, ya indicada, para seguir el desarrollo artístico de nuestra historia en España, es preciso saltar desde el Rey Sabio hasta Lope de Vega; apuntadas quedan las causas de tal fenómeno, común á muchos de los asuntos de esta índole.

Escribiendo Lope su comedia contribuyó poderosamente á popularizar el asunto y, sin embargo, como veremos, ninguno de los redactores que adelante tuvo, se inspiró en la producción del Fénix de nuestros ingenios.

La encomienda bien guardada llamó á su obra, y con tal título está en el manuscrito autógrafo

que posee el Sr. Marqués de Pidal (fecha: Madrid 16 de Abril de 1610); pero al publicarla en la décimaquinta parte de las suyas [1] la intituló definitivamente *La Buena guarda* [2]. Siguiendo el manuscrito original, imprimióla D. J. E. Hartzenbusch en la *Biblioteca de Autores españoles* [3], aunque sin notar las variantes que presenta con el texto impreso por Lope. Con ellas al pie la publicó por tercera vez el señor Menéndez y Pelayo en la monumental colección completa de las obras del Fénix de los ingenios que edita la Real Academia Española [4].

La obra, tal como la publicó Lope, á tal como se halla en el MS., difiere notablemente. Pero estas alteraciones ni van encaminadas al mejoramiento de la pieza ni nacieron de la libre voluntad del poeta. Todas miran á un solo fin: evitar que la acción se desarrolle en un convento de monjas y en un determinado pueblo. A lo que puede creerse, exigencias de los censores obligaron á Lope á borrar el nombre de Ciudad Rodrigo que en un principio había puesto, y

1 Madrid, 1621.

2 *La Buena guarda ó La Encomienda bien guardada, comedia deste año, de 1610, de Lope de Vega Carpio, dirigida á don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla.* Representóla la compañía de Riquelme y es una de las no abundantes de Lope, cuyo reparto se conoce.

3 Tomo XLI *(Comedias escogidas de Frey Lope Félix de Vega Carpio*, tomo 3.°) págs. 325 á 344.

4 Tomo V *(Comedias de vidas de Santos y leyendas piadosas (conclusión). Comedias pastoriles)* págs. 315 á 360.

convertir el convento en un Recogimiento de doncellas casaderas que allí aguardaban el día de sus respectivos desposorios en prácticas devotas y piadosas, en no se sabe qué lugar, nación ó provincia [1]. «Para todo esto, tuvo que modificar muchos versos, y estropear su obra bajo el aspecto dramático apartándose de los datos fundamentales de la leyenda que seguía. Por fortuna, el manuscrito original nos ha conservado el texto íntegro de esta pieza, que es sin duda la joya del Teatro religioso de Lope, y una de las obras más bellas de su repertorio» [2].

La causa de escribirse esta comedia dícela el mismo Lope en la dedicatoria á Arguijo: «Habiendo leído este prodigioso caso en un libro de devoción una señora de estos reinos, me mandó que escribiese una comedia, dilatándola con lo verisímil á sus tres actos.» «El gran ingenio aceptó el encargo, dice el Sr. Menéndez y Pelayo [3], y de él resultó está obra deliciosa, llena de interés y poesía, y en la cual están salvados con gran destreza todos los escollos del argumento. El seductor es el mayordomo del convento, lo que hace más verosímil sus entradas y salidas en aquella santa casa y el desarrollo de tan ex-

1 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Observaciones preliminares* al tomo V de las *Obras de Lope de Vega*, pág. XXXVI.

2 Como muestra de estas variantes se conservan al pie las de los fragmentos que se citan.

3 *Observaciones preliminares* á *La Buena guarda*, tomo V de las *Obras de Lope de Vega*, pág. XL.

traña pasión en su pecho. Las escenas de amor están tratadas con suma delicadeza, y la resistencia de la monja (que aquí no es tesorera sino abadesa), se prolonga lo bastante para hacer simpática su figura, en vez de la brutal franqueza con que en otras versiones se entrega sin lucha interior de ningún género. Hay mucha fuerza cómica en el tipo del hipócrita demandadero Carrizo, personaje digno de Molière. Pero las mayores bellezas están en los actos segundo y tercero.»

No es cosa fácil determinar en qué libro de devoción se inspiró Lope, por ser muchos los que contienen la historia de Sor Beatriz. Los de Cesáreo y de *El Discípulo* eran harto vulgares en España, pero la circunstancia de haberla leído *una señora* parece indicar que el libro estaba escrito en castellano.

Esta comedia tiene, sin duda alguna, sus defectos, y los más de ellos son obra del asunto mismo, que no es dramático porque no es de acción, sino narrativo. Sus principales bellezas están en la lucha interna de la protagonista, en sus vacilaciones, en sus temores, en su dolor y, por último, en su arrepentimiento. La creación de episodios y personajes secundarios se hace, pues, indispensable, para mantener el interés y dilatarlo durante los tres actos. Aquí es donde Lope abrió la mano demasiadamente. Hay figuras que para nada se precisan y aun estorban,

como las damas *Leonarda* y *Doña Luisa;* un escudero; los galanes *D. Juan* y *D. Luis* y el viejo *Ricardo*, que sólo aparecen en el primer acto. Tres bandoleros; los rústicos *Liseno* y *Cosme;* las damas, galanes, gentilhombres, nadadores y músicos del tercero y algunos más. Lo mismo puede decirse de los papeles de *Elena*, *D. Pedro* y *D. Carlos* y su escudero *Ginés*, que se ordenan á otra fábula ó comedia secundaria, la cual, aparte de no tomar dependencia alguna de la acción principal, no es por sí interesante y sólo aprovecha para dilatar la obra.

Lope quiso dar relieve á la figura del galán, y en efecto, durante el primer acto asistimos á todas las vicisitudes de su pensamiento, á sus vacilaciones y á sus temores. La verdadera protagonista, esto es, la monja, parece como obscurecida, precisamente en uno de los momentos más interesantes en la evolución de sus sentimientos, pero adelante la seguimos hasta en los más recónditos.

El lugar de la escena se cambia con la prontitud característica en nuestro antiguo teatro y proverbial en Lope, pues aunque en las acotaciones no se dice, despréndese del contexto; pero la acción se pone desenfadadamente en Ciudad Rodrigo, según repetidas veces en la comedia se expresa, mas no puntualiza, y es natural, en qué convento, ni aún la regla ú orden que siga.

Los protagonistas son doña Clara de Lara, joven abadesa de singular hermosura, tan santa y piadosa que á menudo sufre raptos y visiones;

no ha media hora
que ni aun sentido tenía

dice el sacristán la primera vez que de ella se habla en la comedia, y Esteban Félix, *hombre vil, de baja sangre y obscura casta*, pero joven galán y apuesto, mayordomo del convento. La mucha hermosura y discreción de la joven abadesa, y el continuo y familiar trato con ella levantan en Félix una pasión tan ardiente como sacrílega. Católico fervoroso, el mancebo trata en vano de resistirse á su imperio, pero forzado por su empleo á frecuentar el objeto de sus ansias, ve acrecentarse su amor á despecho de la voluntad y de la conciencia.

Después de un graciosísimo diálogo entre el sacristán Carrizo y D. Félix, éste, apenas entrado, nos informa del estado de su alma, del amor que poco á poco le avasalla, en contra de su voluntad y de su resistencia, en un monólogo lleno de ingenuidad, de naturalidad y de sentimiento.

Pero vos, nave amorosa,
¿dónde camináis sin lastre?
¿dónde vais, loca de vos,
en tan peligroso mar,
que me habéis de sepultar,
si no me remedia Dios?
¡Nunca á esta casa viniera!
¡nunca este oficio tomara!

¡nunca hablara á Doña Clara!
¡nunca su hermosura viera!
. . . . . .
¡Ay de mí! que no me he visto
jamás en dolor tan fiero!
y más cuando considero
que es Clara esposa de Cristo [1].
Pues ¿qué intento? ¿qué pretendo?
Que si ofendo tal esposo,
pensamiento peligroso,
advertid á quien ofendo.
Más ¿cómo podré vivir?
porque llega ya mi fuego
á tanto desasosiego,
que se lo pienso decir.
Ya vengo determinado.
Pasos, no volváis atrás,
porque imagino que es más
matarme desesperado.

Efectivamente, no pudiendo el enamorado galán soportar más tiempo el secreto que rebosa en su pecho, decide arriesgar de una vez el todo por el todo y hace sabedora á la joven abadesa de la sacrílega pasión que por ella siente. Este diálogo da motivo á una hermosísima escena, que si no es la mejor de toda la comedia, ha de ponerse entre las primeras de ella.

Acude la hermosa monja al locutorio, interroga á D. Félix sobre los asuntos de su mayordomía, pero no obteniendo respuesta alguna, exclama:

---

1 Dice la impresión:
¡Ay de mí que en tanto mal,
ya ningún remedio espero,
y más cuando considero
que es Clara tan principal.
Pues ¿qué intento, qué pretendo,
si espera tan rico esposo, etc...

¿Qué es esto?
¿No habiáis? ¿De qué estáis descompuesto?
Pues ¿qué tenéis? ¿qué os aflige?
. . . . . .

FELIX. Enfermo estoy.
CLARA. Pues ¿qué ha sido?
FÉLIX. Cuidado.
CLARA. Y ¿qué es el cuidado?
¿Puédese acá remediar?
FÉLIX. Bien remediarse pudiera,
por más que imposible fuera;
mas no lo pienso intentar.
CLARA. ¿Fáltaos dinero? ¿Han hurtado
alguna cosa?
FÉLIX. Si han;
mas no me la volverán;
que de voluntad la he dado.
Y pues que Dios os crió
tan discreta como hermosa,
oid, señora, una cosa.
CLARA. Hablad; muy vuestra soy yo.
. . . . . .

FÉLIX. Todo está en el comenzar.
CLARA. Yo aguardo que comencéis.
FÉLIX. Hanme dado unas tristezas
y ansias en el corazón,
que á tal desesperación
han traído mis flaquezas,
que hoy he querido tomar
un lazo y echarle al cuello.
Ahogarme puede un cabello.
CLARA. ¡Un hombre llega á llorar!
¿Qué tenéis, por vida mía?
¡Jesús! ¡Ahorcaros! ¡¿Por qué?
. . . . . .

FÉLIX. Señora, yo quiero bien;
que no es falta de dinero
mi mal, sino que no espero
que algún remedio me den.
Ya os he dicho mi dolor.
CLARA. ¡Jesús! ¿Por eso lloráis?

si alguna doncella amáis,
casáos; que de aqueste amor
quedará servido el cielo.

FÉLIX. No puede ser, que es casada;
que deso tengo anegada
el alma entre fuego y hielo.

CLARA. ¡Casada!

FÉLIX. Señora, sí,
y es tan alto su marido,
que tiemblo verle ofendido
de mi pensamiento aquí.

. . . . . .

CLARA. No veáis esa mujer.

FÉLIX. ¿Qué importa, si ya la vi?

CLARA. Rogadlo á Dios, fiad en mí,
que lo mismo pienso hacer.

FÉLIX. De otra manera sé yo
que me podréis remediar.

CLARA. Aunque la pudiera hablar,
líbreme Dios: eso no.
¿cosa que el demonio acaso
os haga amar religiosa?

FÉLIX. Religiosa y tan hermosa
que por sus ojos me abraso [1]

CLARA. ¡Jesús! ¿Quién es?

FÉLIX. Vos, mi bien.

. . . . . .

CLARA. Aunque con riguridad
responderos fuera bien,
no quiero descomponerme;
que basta por testimonio
de que os incita el demonio,
que es astuto y nunca duerme,
ver la desesperación
con que os obliga á mataros.
Mas yo quiero consolaros

---

1 ¿Cosa que el demonio acaso
os haga amar aquí en casa?

FÉLIX. La hermosura que me abrasa.
está de mí sólo á un paso, etc.

con irme á hacer oración
y alguna más penitencia,
por afear la hermosura
que os obliga á tal locura.

Suspenso queda Esteban Félix ante el poco éxito de esta entrevista, mas edificado por las palabras de su amada, resuélvese á luchar consigo mismo hasta arrancarse del pecho tan nefando amorío, rompiendo en tal ocasión en un piadoso soneto al cielo.

Viendo á D. Félix desistir de su empresa, parece que el drama se acaba y el espectador aguarda suspenso cómo se reanudará la principal acción de él. He aquí la habilidad del autor para mantener palpitante el interés, que aumenta dilatando la prosecución de lo principal con las episódicas escenas de los viejos, de don Carlos y de Elena y Carrizo, que se siguen y pasan en la morada de D. Pedro, padre de Clara.

Entretanto lucha en vano Esteban Félix con su pasión, hace dura penitencia, se disciplina y reza, pero su indomable pensamiento torna constante al amor de la bella religiosa.

Advierte lo que emprendes,
advierte lo que sigues.
¿Desto han servido tantas oraciones?
. . . . . .
Ya ¿no estaba acabado?
Ya ¿no me arrepentía?
Ya ¿templar no quería
con la virtud de Clara mi cuidado?
¿Qué puede haber que esperes?
Más es un ángel que cien mil mujeres.

dice en un largo monólogo de singular hermosura lírica y perfección de forma, en que describe sus luchas y opuestos deseos. Arrastrado por su pasión osa hablar de nuevo á doña Clara y aun requerirla de amores, pero sólo escucha de sus labios palabras severas, excitaciones á la penitencia y la, para Félix tremenda, amenaza de arrojarle del convento.

Si la vez primera,
necio, te hablé con blandura
fué pensando que no fuera
adelante la locura
que en su rigor persevera.

Quédase otra vez el apuesto galán corrido pero edificado; promete no inquietarle más con sus sacrílegas pretensiones, y al hallarse sólo dirige á lo alto la sentida plegaria donde se compendia la angustiada situación y los encontrados afectos de su alma.

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas, atrevido
al mismo precio en que me habéis comprado.
Besos de paz os dí para venderos;
pero si fugitivos de su dueño
hierran cuando los hallan los esclavos,
hoy que vuelvo con lágrimas á veros,
clavadme vos á vos en vuestro leño,
y tendréisme seguro con tres clavos.

Pocos serán los españoles cristianos que lean

una sola vez este soneto bellísimo, á pesar de la vulgaridad de los consonantes.

Dilátase de nuevo la acción con varias escenas tocantes al matrimonio de Elena y D. Carlos, y el espectador, cuya perspicacia se vió defraudada el presenciar la segunda entrevista, espera confiado una tercera en que la abadesa sea vencida, más que por las palabras del osado mayordomo por las sugestiones del enemigo malo y por la tentación del fruto prohibido. Y no se equivoca. Doña Clara cae, ó por mejor decir, se entrega, quizá un poco prematuramente; cae porque parece rendirse á un poder interno que la fuerza, sin que el galán intervenga apenas en su ruina, y de tal manera es honda su caída, que ella misma propone al amante la fuga,

> cuando la confusa noche
> á la mitad se levante
> del cielo, y sepulte en sueño
> hombres, animales y aves,

y á ella le compele y facilita los medios de lograrla fácilmente. Tanto más sorprende esta ligereza en doña Clara, cuanto antes la hemos visto aparecer en lenguas de todos los interlocutores del drama, y aun por la suya propia, adornada con la santa aureola de la piedad heroica, de la mortificación y de la inmaculada limpieza de vida. Por eso el enamorado mayordomo, que abandonaba ya su empresa por imposible y despechado trataba de quitarse la vida, la recibe en sus brazos enajenado de gozo, pero

aún más maravillado del giro de tan no esperado ni creíble lance.

Para declararlo, pone el poeta en boca de la monja este explicativo romance:

El día que me dijiste
amores ó disparates,
no pude dormir, pensando
los efetos que amor hace;
y de pensar los efetos,
me nació el determinarme
á quererte; mas callé
porque tú perseverases
La segunda vez ¡oh, ¡Félix!,
hice mucho en despreciarte,
porque ya entonces temía
que de temor me olvidases.
Muchas diligencias hice;
pero no fueron bastantes
á contrastar la memoria
de lo que allí me contaste;
que mientras más resistía,
más sentía desatarme
las venas en vivo fuego,
si hay fuego que tanto abrase;
que se imprimieron en mí
las lágrimas que lloraste
de suerte, que se mezclaron
en el alma con mi sangre.
Alterado el corazón,
daba golpes desiguales,
como que puerta pedía
para salir ó matarme.
. . . . . .
Ayer me determiné
que si volvías á hablarme,
de aquí contigo saldría,
para que tú me llevases
donde tu gusto quisiese;
y así, vengo á suplicarte,

con lágrimas de mis ojos,
que me lleves ó me mates.

En fin, ambos amantes se conciertan sobre el tiempo y modo de la fuga, y D. Félix, para terminar el primer acto, lanza esta sentencia, al modo de canto de victoria:

Quien amare se declare;
porque, como persevere,
no es posible que no alcance.

Comedia española antigua, sin gracioso, téngola por imposible. Hace aquí este papel el hermano Carrizo, sacristán del convento, redomado hipócrita que á la sombra de la fama de varón piadosísimo y santo, es un pillo solapado, cuyos pies se le van tras la música y *se deshace como torrezno en sartén* escuchando el repiqueteo de las sonajas. Además, según él mismo confiesa:

los dobloncillos me dan
una intrínseca alegría
que estoy cosquilleando todo.
No puedo disimular;

estaba mucho bien con las buenas mozas y con los perniles porque

escribe cierto dotor
que tomado por jarabe
cada mañana, es la cosa
más cordial y más sabrosa
que de Hipócrates se sabe;

y en fin, él mismo se retrata á sí propio, de mano maestra, diciendo:

Soy retozón de mi gusto,
tierno de mi natural:

un chapín, un delantal
me causan notable susto.
No hay coña ó cabello suelto
que no me lleve tras sí;
que vive un pimiento en mí,
en esta sotana envuelto, etc.

Este, pues, tan honrado personaje, se acomoda de lacayo con D. Félix, y arrojando lejos de sí la sotana y el incensario, dispónese á acompañar á los sacrílegos en su fuga.

Verifícase ésta en el segundo acto. Acude Félix, loco de gozo, seguido de recias mulas de camino; aguárdale ya ansiosa doña Clara, muy vestida y aderezada con profanas galas con que para siempre cree substituir las severas tocas monjiles, y prevenida de dineros y de joyas. Es cerca de media noche; la hora de partir se acerca; mas para ello precisa cruzar ante una imagen de la Virgen María, que con su Divino Hijo en los brazos sonríe plácidamente, cual inmóvil centinela, vigilando la puerta del convento. La monja apóstata, antes de abandonar para siempre la casa santa, manda apartarse á sus cómplices, y allí, de hinojos ante la Madre celestial de la Misericordia, entre lágrimas y sollozos, le dirige esta afectuosa despedida, cuyas tersas octavas parecen escritas hoy día:

Virgen que estás sobre esta puerta santa
por donde salgo á tanta desventura,
engañada de amor con fuerza tanta,
que no repara el alma en mi locura;
vara de Arón divina, fertil planta,
que diste al Criador siendo criatura,

por cuyo fruto os echan bendiciones
las más fieras y bárbaras naciones;
hermosa Virgen, cándida cortina
de aquel Sol de justicia soberano;
Raquel del gran Jacob, Ester divina,
salud eterna del linaje humano,
preciosa piedra imán que al norte inclina
que nos enseña siempre vuestra mano,
yo rompo la palabra que había dado
á vuestro Hijo y á mi Esposo amado.
Con lágrimas lo digo, Virgen bella:
adúltera soy ya, yo voy perdida;
que un ciego amor me arroja y atropella,
y una pasión en vano resistida.
¡Qué vergüenza que tengo, clara estrella,
divina fuente de la eterna vida,
de alzar mis feos ojos á miraros,
siendo los vuestros más que el Cielo claros!
Mas ya el demonio, envuelto en mi flaqueza,
á desesperación tan grande incita
mi loca y femenil naturaleza
que á matarme ó salir me solicita.
Por vuestra intacta, virginal pureza
entre todas santísima y bendita,
María celestial, madre piadosa,
os pido hagáis por mí una sola cosa.
No sé cómo me atrevo cuando intento
tan gran maldad; pero por ser tan justo
lo que os suplico, tengo atrevimiento;
que no lo hiciera yo si fuera injusto.
Y es, que pues yo, con loco pensamiento,
llevada de la infamia de mi gusto,
voy á perderme en tanto vituperio,
quedéis en guarda de este Monasterio [1].
Aquí tuve el gobierno, y voy perdida:
guardad estas ovejas, Virgen santa,
pues su pastora, con infame huída,
las deja al lobo, que el ganado espanta.

1 Impreso:

Voy á perderme porque amor me abrasa;
quedéis en guarda desta humilde casa... etc.

No se pierda ninguna, aborrecida
de mi maldad, ni caiga en la garganta
del hambriento león, á ejemplo mío.
Guardadlas, Virgen, que de vos las fío.

Sostenida por D. Félix parte al cabo, exclamando ya desde el umbral,

Virgen, en vos les dejo *Buena guarda*.

Esta admirable página pinta con singular maestría, como se ve, el tumultuoso conjunto de afectos que agitan el alma de la enamorada abadesa; el fervor religioso, la pasión, la conciencia, poderosas fuerzas que á la vez arrastran su corazón y su mente. «Ni disimula su delito ni entibia su fe; pero la pasión le subyuga con titánico imperio, al cual su flaca naturaleza humana no sabe resistir» [1].

Lope no manifiesta la advocación de María que la imagen representaba, y hace también caso omiso del manojo de llaves confiado á Nuestra Señora, con lo cual la tradición pierde uno de sus detalles más delicados y que más de manifiesto ponen la sincera fe de la extraviada religiosa, piedra fundamental de la leyenda.

Apenas han salido del templo los culpables, cuando se deja oir la voz dulcísima de la imagen, que dice:

Angel, escucha.
ANGEL. ¡Oh, Reina de la vida!
¿Qué me mandáis?

1 EL MARQUÉS DE VALMAR, *Estudio sobre las Cantigas de Alfonso el Sabio*, pág. 130.

VOZ. Al punto te transforma
en esta miserable que perdida,
á su Esposo desprecia de esta forma.
De su rostro y sus hábitos vestida,
sirve su oficio, y las demás informa
de consejos divinos.

ANGEL. Obediente
haré su oficio mientras vive ausente.

He aquí otra importante modificación que se introduce en la leyenda. Lope, con su instinto dramático, comprendió que era peligrosa la presentación de la Virgen en escena, y, en efecto, si en la relación lírica ó en la novela nos agrada este detalle, nos repugnaría la presencia material de Nuestra Señora en el teatro.

Pero no paran aquí las novedades del autor. El hermano Carrizo, sacristán de la casa, huyóse con los amantes, y como su falta había de ser seguramente notada, Lope se vió en la necesidad de duplicar el milagro haciendo que otro Carrizo fingido substituya al ausente. No se dice en la comedia quién sea el que hace esta substitución milagrosa, pero cabe conjeturar sea otro ángel. Este, pues, toma las mismas facciones, la misma voz y las mismas ropas del otro, y no hay entre ellos más diferencia si no es que el huído era un encubierto tuno y el presente es virtuoso sin doblez y verdadero santo. Esto advierte el curioso lacayo de D. Carlos cuando quedándose mirando al Carrizo fingido, exclama:

No tiene aquellas señales
que en el hermano se ven.

Es el mismo y no es el mismo;
más modesto y más compuesto
trae el hábito y el gesto.
D. CARLOS. Calla, que es todo un abismo
de pureza y santidad.

Y véase cómo merced á esta duplicidad de personajes y á las ocurrencias que por ella se entrevén, esta comedia de Lope viene á parecerse, bajo este aspecto solamente, al *Anfitrión* de Plauto, y cómo el engañador Carrizo se convierte en un nuevo Sosia. Esta semejanza se acrecienta en algunos diálogos del acto tercero.

Lope llega todavía á crear una tercera transformación para encubrir la ausencia del amartelado mayordomo, con lo cual estas metamorfosis parecen cosa de juego y quitan grandeza al verdadero prodigio. «Pero este lunar, que lo es y no leve, por lo que daña á la pureza y simplicidad del efecto estético, no basta para obscurerer los rasgos de sublime poesía de que está cuajada la parte seria de esta pieza [1].»

Mientras que estas substituciones se operan en el convento, doña Clara de Lara y su amante llegan en las orillas del Tormes á un verde prado, cuya hermosura describe D. Félix en dulcísimos y elocuentes versos. Huyendo del bochorno del mediodía detiénense á gozar de su frescura, y el audaz mayordomo se duerme á los arrullos del amor en el regazo de su amada.

---

1 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Observaciones* citadas, pág. XI.

Aprovecha esta ocasión Lope para introducir un bellísimo episodio de oportunidad extremada y de tierno y religioso simbolismo. Apenas se ha traspuesto D. Félix, sale un pastor declamando los siguientes versos que se pueden poner por modelo de suavidad y dulzura, de elegancia y delicadeza de arte y de sentimiento.

¿Hay tal desdicha mía,
si yo puedo llamarme desdichado?
Pensaba que tenía
seguro de los lobos mi ganado,
y llevóme la oveja
de más hermosa y cándida pelleja.
Daré silbos mortales,
daré gritos que atruenen monte y selva
por entre estos jarales:
tanto deseo que á su puesto vuelva.
¡Hola, pastores míos!
¿Habéis visto mi oveja entre estos ríos?
Montes altos cubiertos
de antiguos robles y robustas hayas,
de mis ovejas puertos
cuando se escapan de mis blancas playas,
¿habéis visto una oveja,
que, por ir con el lobo, el pastor deja?
¿Qué digo? ¡Hola, vaqueros!
¡Hola! ¡Aho! Montañeses cabrerizos,
celosos ganaderos,
cubiertos con espinas como erizos,
¿habéis mi oveja visto?

Absorta le escucha doña Clara, y sus razones despiertan en ella imprevistos remordimientos.

CLARA. (Parece que el pastor imita á Cristo)

. . . . . .

¡Hola! Pastor celoso,
que por tu oveja se te abrasa el pecho,
parece que tu queja

se imprime en mí, con no ser yo tu oveja.
¿Qué buscas, afligido?

PASTOR. Una ovejuela pobre, desmandada,
que ha poco que se ha ido,
de la voz de los lobos engañada.
¿Habéisla, acaso, visto?

CLARA. (Tiemblo como si viera al mismo Cristo.)

PASTOR. Lindas señas tenía.
Toda era blanca, aunque en la frente sola
una mancha tenía;
mas no hay lirio en el prado ni amapola
en trigo, ni aun estrella,
que se pudiese comparar con ella.
Yo le puse una esquila
en un collar de más valor que el oro;
silbé, llaméla y díla
sal en mis manos por mayor decoro,
que aun por ella entre espinas
andar juzgan mis pies por clavellinas.
Hice yo mi cabaña
de tres palos, por ella, en este monte,
para que á la montaña
no se vaya perdida y se remonte
de mi sabroso pasto,
en compañía de un cordero casto.
Mas no sirvió de nada
ni amalla, ni querella, ni servilla,
que cuando más guardada,
se me fué con los lobos de la villa.
Dios sabe cómo vengo,
la sed y el ansia y el calor que tengo.

En la comedia del Maestro Tirso de Molina *El condenado por desconfiado* [1], se introduce un pastor que, como aquí y en caso semejante, busca también la oveja perdida. Puede advertirse notable semejanza en las ideas y aun en las pa-

1 Tomo V de su *Colección*, acto III, escena XVII.

labras que ambos pastores dicen [1]. Fundándose en diversas conjeturas, y, principalmente en esta notable coincidencia, creía don Manuel de la Revilla [2] que el *Condenado por desconfiado* fuese obra de Lope de Vega, opinión que no puede admitirse.

Los fugitivos deliberan sobre el lugar á que deben dirigirse, y después de vacilar entre Toledo, Sevilla, Valencia y Barcelona, ensillan sus cabalgaduras y se encaminan á Toledo.

Interrúmpese de nuevo esta acción para volver al convento, donde el Angel, en figura de Clara, reduce á D. Carlos á que no persiga á su rival D. Juan, le edifica con un verdadero y erudito sermón que á este caso pronuncia, y da trazas para casar á doña Elena con D. Carlos.

No considero que este cuadro del convento, y otro semejante que hay en el tercer acto, aprovechen para el interés de la obra. El espectador que ve á la supuesta abadesa tener las veces de doña Clara sin que nadie note la suplantación, adivina, desde luego, el desenlace del asunto. Paréceme más acertado el procedimiento de los demás redactores que ocultan cuidadosamente el disfraz de la Virgen hasta el final de la leyenda, con lo cual el lector se sorprende al mismo

1 D. J. A. HARTZENBUSCH advirtió ya esta semejanza. (*Biblioteca de Autores españoles*), tomo XLI, pág. 335.

2 *El condenado por desconfiado, ¿es de Tirso de Molina?* (*Obras de D. Manuel de la Revilla*, págs. 359 y siguientes.)

tiempo que la pecadora monja del maravilloso caso. En el drama de Lope, el espectador pierde esta emoción, como también la curiosidad que embarga á los lectores de las demás versiones por saber los sucesos del convento, mientras los fugitivos recorren el mundo en aventuras varias.

Tranquilos pasan los días para los dos amantes; mas, en contra de lo que esperaban, no son felices. Los remordimientos comienzan á mortificarlos; Clara nota que el cariño de su galán se entibia; Félix siente que el hastío le embarga. Hablando de su amada, dice al lacayo Carrizo:

Con la furia que la amé,
ha caído en mi desgracia,
y ella lo va conociendo;
que ya se lo dice el alma.
. . . . . .
Dormí mal aquella noche
imaginando la espada
de Cristo sobre mi cuello [1],
del adulterio en venganza.
Fuíme á la iglesia otro día,
que aún no era bien de mañana;
y quitándole el sombrero
á un crucifijo, que estaba
sobre los arcos del claustro,
le vi volver las espaldas,
de suerte que los dos clavos
que tenía por las palmas
quedaron por lo de encima,
las dos cabezas sacadas.
Miré abajo, y vi hacia mí
de los pies vueltas las plantas,

1 Del cielo sobre mi cuello.

donde los clavos también
las cabezas remataban.

Por estas señales, Félix entra en temor y resuelve abandonar á su amada. No la vende ni prostituye ni la deja por seguir nuevas mujeres, como sucede en otras versiones, ni la ofende ni maltrata; abandónala por hastío, y en parte por miedo y remordimiento de su pecado. Cobarde hasta el último extremo y conocedor de su debilidad, no se atreve á despedirse de ella cara á cara. Escríbela una carta, en que le dice:

«Clara, ya sé que nos siguen,
y que ya toma venganza
tu Esposo del adulterio [1]
que habemos hecho en su casa.
Yo te dejo y voy tan triste»...

y enviándosela con el posadero, parte con Carrizo para Italia.

Difícil empeño era para el poeta escribir las lamentaciones de la sinventura abadesa al verse abandonada de su seductor. Si Lope no compuso con este motivo una gran página, sale bastante airoso del cometido poniendo en boca de la triste Clara un romance que, entre otras cosas, dice:

¿Esta es la fe de los hombres?
¡En viento y palabras pagan!
¡Ay, miserable de mí,
perdida y en tierra extraña!
. . . . . .
Cansóse, que todo cansa.

1 Tu padre de la traición.

¡Oh! gustos del mundo loco,
flores hermosas del alba,
marchitas al mediodía
y á la noche derribadas!
Gigantes imaginados
son los deleites, que pasan
como sueño, y quien los goza
muy diferentes los halla.
....
¿Que haré? Toda estoy turbada.
Ya tiemblo, mi airado Esposo,
y no sé por donde vaya
á buscarle, aunque jamás
cerró sus puertas al alma
que le llamase contrita.
.....
A Dios ofendí. Pues, Dios,
si á nadie cierras tus llagas,
á ti voy; piadoso eres,
yo sé, Esposo, que me aguardas.

Después de este acto de contrición, parece que la apóstata debería correr al convento y suplicar el perdón de sus pecados; sin embargo, la comedia se dilata todavía por el acto tercero.

Comienza éste con el regreso de Félix y de Carrizo de Italia, donde sirvieron tres años como soldados sin granjear otro provecho que la honra.

Dan con unos bandoleros que, viendo que no llevaban blanca, les despojan de sus vestidos y les facilitan en trueco una librea desechada de unos pobres. Un salteador traba la siguiente conversación con Carrizo:

BANDOLERO. ¿De dónde son?
CARRIZO. ¡Lindo aviso!

¿No lo ve? Del paraíso,
aunque no estamos los dos
en estado de inocencia.

BANDOLERO. Y ¿á dónde van?

CARRIZO A acostar,
porque tras el desnudar
no queda otra diligencia.

Del Coll de Balaguer, donde pasan estas escenas, trasládanos el poeta á las riberas del famoso Tajo. Asistimos aquí á un primoroso diálogo entre el viejo Liseno y su hijo Cosme, sobre la época y modo de injertar, diálogo que parece moldeado en Hesiodo ó versificado de la *Agricultura* de Herrera. En casa de este buen Liseno sirve, hace ya tres años, la sinventura doña Clara, encubierta bajo el nombre de Juana y traje de labradora, donde

vive como una santa, recogida
en oracion perpetua y en ayunos;
métense en esas peñas que coronan
las márgenes del Tajo, y dáse en ellas
tantos azotes, que sus carnes bellas
las hacen jaspes con la sangre viva.

Enamórase Cosme perdidamente de la supuesta zagala y pídela á su padre por esposa.

¿Por qué en los tres años pasados no se fué Clara al convento? El poeta dice que por temor; la monja fugada recela acercarse á la santa casa de donde no debiera haber salido; no se considera digna de perdón. A la exaltación amorosa ha sucedido en ella una exaltación mística, de que ya daba indicios al final del segundo acto.

¿Cuándo, Señor, llegará
de mi pecado el perdón?
. . . . . .
Jesús mío, yo pequé,
terrible fué mi pecado.
Vos sabéis lo que he llorado
en esta esperanza y fe.
Díceme aquel enemigo
que no me ha de aprovechar,
y que vos me habéis de dar,
como á adúltera castigo.
Mas, yo le digo, Señor,
que nunca vos despreciáis
corazón en quien halláis
este contrito dolor.
¡Ay piadosa Virgen bella!
¿Qué fuera de mí sin vos?
¿Por dónde llegara á Dios,
por tal mar, sin tal estrella?

y más adelante prosigue aumentando en su arrepentimiento:

¡Ay, Señor! ¿Cuándo osaré
volver mis ojos á ti?
Dulcísima vida mía,
¿cómo dejé tus regalos?
¿cómo por otros tan malos
olvidé tu compañía?
. . . . . .
Llorad, ojos, no os canséis;
y ¡ojalá pluguiera á Dios
fuérades mil como dos,
porque dos poco podréis!
. . . . . .
¡Ay, Dios! ¿Si recibirás
los suspiros que te envío?

Aparécese de nuevo el simbólico pastor, siempre buscando su oveja descarriada. El coloquio que traba con doña Clara es una hermosa ale-

goría continuada de un misticismo poético y dulce.

PASTOR. Verdes riberas amenas,
frescos y floridos valles,
aguas puras, cristalinas,
altos montes de quien nacen,
guiadme por vuestras sendas
y permitidme que halle
esta prenda que perdí
y me cuesta amor tan grande.
Ya de pisar las espinas
llevo teñidas en sangre
las abarcas, y las manos
rotas de apartar jarales.
De dormir sobre el arena
de aquella desierta margen
traigo enhetrado el cabello;
y cuando la aurora sale,
mojado con el rocío
que por mi cabeza esparcen
las nubes que del sol huyen,
humedeciendo los aires.
¡Ay, Dios, qué cansado estoy!
¿Qué cayado habrá que baste
para sufrir este peso?
....

CLARA. ¡Ah, pastor! ¡Ah, ganadero,
que Dios muchos años guarde!
Paréceme que otra vez
te he visto yo en otros valles,
porque es tanta tu hermosura,
que años y trabajos tales
no han borrado en mi memoria
esas más que humanas partes.
¿Vives agora estos montes?
¿Guardas ganado? ¿Qué haces
en las orillas del Tajo? [1]

PASTOR. Serrana, lo mismo que antes.
¿No te acuerdas que buscaba

1 Orillas de aqueste río.

por prados, por arenales,
por sierras, por altos montes,
una oveja aquella tarde?[1]
Pues la mismo busco agora,
que tan perdido me trae,
que no volveré sin ella
á los ojos de mi Padre;
aunque siempre estoy en ellos
por la merced que me hace,
por el amor que me tiene,
y porque somos iguales.

CLARA. Pastor gallardo y hermoso,
¿por qué te cansas en balde?
que tanto amor no merece
cosa que tan poco vale,
. . . . . .
que son bien claras señales
que vino á manos del lobo.

PASTOR. Sí vino; que el lobo infame
persigue ovejas que estimo,
porque presume vengarse
de un golpe que cierta vez
le dí en un monte una tarde,
aunque por darle con fuerza
no me costó poca sangre.
Mordióla, no la comió.

CLARA. ¿Es posible que la llames
tanto tiempo, y que no venga?

PASTOR. No se atreve, aunque bien sabe
que estoy los brazos abiertos
siempre que ella me buscare;
porque yo no soy pastor
como algunos arrogantes
que vengan los adulterios
que las ovejas les hacen.
Si ellas lloran y les pesa
(que no hay cosa más suave
para mí, que ver llorar,
porque el corazón me parten),
luego les doy sal, y algunas

1 Una oveja miserable.

con esta sal tales salen,
que no hay carne más sabrosa
en la mesa de mi padre.

Retírase el pastor; pero ante sus transparentes palabras quédase perpleja doña Clara, y venciendo al cabo sus temores, exclama:

No te vayas. Oye, espera.
¿Sueño ó velo? ¿Si me hacen
estas burlas mis deseos?
. . . . . .
Quizá este pastor es Angel
y me anima á dar la vuelta
donde penitente acabe
esta miserable vida.
Angel, si lo sois, guiadme.

Hermosa escena es ésta y colocada con mucha habilidád. Natural es, en efecto, que la pecadora religiosa, aunque se halle profundamente arrepentida de los pasados yerros, vacile en acogerse en el convento, no osando afrontar la vista de las puras hermanas, ni oir las duras reprensiones que, por mucha que sea su indulgencia, no dejarán de hacerle. Necesaria es, pues, una causa determinante que la mueva á buscar su antigua casa. El trovero de Vic-sur-Aisne pónela, con excelente acuerdo, en la penitencia que el confesor le impone; Lope, con mayor delicadeza, en las transparentes indicaciones del simbólico pastor.

Vuelve el poeta á llevarnos otra vez al monasterio á que se vea cómo el ángel, en figura de Clara, gobierna la comunidad y hace portento-

sos milagros, cosa innecesaria ciertamente, pues todo se supone desde el momento en que sabemos que es un verdadero ángel.

Llega doña Clara con su humilde traje al convento sin haber sido reconocida de nadie; mas, al llegar á la portería, encuéntrase con el lacayo Ginés y con D. Carlos.

CLARA. Saber, señores, querría
quién es abadesa agora
deste santo monasterio [1],
porque la quisiera hablar.
. . . . . .
CARLOS. La que es abadesa aquí [2]
es doña Clara de Lara.
CLARA. ¡Doña Clara!
CARLOS. Sí, y más clara
que el sol.
. . . . . .
Doña Clara es una santa;
vive en este santo templo
dando á todo el mundo ejemplo [3]
que sus alabanzas canta.

Doña Clara quédase confusa oyendo tan estupendas nuevas, y hasta llega á dudar de quien sea ella misma:

¿Quién será aquesta mujer?
¿Yo no soy Clara? ¡Ay de mí!
Pues ¿cómo aquí vive Clara?
Y más que, dijo de Lara,
que también me llamo ansí.

---

1 Saber, señores, querría,
quién es quien gobierna ahora
aqueste recogimiento
de damas para casar, etc.

2 La que hoy gobierna aquí,

3 No se ha querido casar;
admira todo el lugar, etc.

Entrase entonces el Angel, y doña Clara, que le ve, siéntese consolada con sola su prepresencia.

CLARA. ¿Sois, señora, la abadesa? [1],
que tengo mucho que hablaros,
y solamente en miraros
parece que el miedo cesa [2].
Dícenme que os llamáis Clara;
y aunque Clara en luz tan pura,
oid una Clara obscura
que á vuestra luz se declara.
Yo soy...

ANGEL. No me digas más.
ya sé quién eres.
. . . . . .
Clara, en tu convento estás.
Entra y en tu celda propia,
el hábito que dejaste
cuando á tu Esposo negaste
(de tu voto hazaña impropia) [3],
toma del mismo lugar;
que en el tuyo quedé yo
cuando Félix te engañó.

CLARA. Los pies te quiero besar.
. . . . . .
Di, ¿quién eres? Oye, aguarda.

ANGEL. Basta que sepas agora
que sirvo á cierta señora.

CLARA. Dime el nombre.

ANGEL. *Buena guarda.*

Entonces comprende doña Clara cuanto ha pasado, y henchida de gratitud, de amor y de

---

1 ¿Sois la que gobierna aquí?

2 Todo mi temor perdí.

3 Ya, Clara, en tu casa estás.
Entra, que en este aposento
hallarás cuanto dejaste
cuando tu honor olvidaste,
y el deste recogimiento.

arrepentimiento, éntrase á orar ante la purísima Madre de la inagotable misericordia.

Nadie en la casa nota su vuelta, como nadie había advertido su falta. Halla el monasterio mudado para el bien, pues todas las monjas arden en piedad y religión, y todo en muy buen orden; pero, claro está, no entiende la mayor parte de las cosas de que le hablan, pues se encuentra enteramente ignorante de los asuntos y sucesos que pasaron en los tres años de su ausencia. Anda ella temerosa no se descubra el milagro por sus incongruentes respuestas; pero los interrogadores creen que desvaría, por tener su mente en la contemplación de los cielos y estar en perpetuo rapto místico.

No se termina aquí la comedia, ni debía terminarse. Falta saber el suceso de D. Félix y de su lacayo Carrizo con el arrepentimiento y penitencia de sus culpas, que fácilmente se adivina. Entran, en efecto, vestidos de perdioseros; pues tan menguada ha sido su fortuna que, después de pasar mil miserias y estrecheces, forzados de secreto impulso, llegan rotos, hambrientos y cansados á los umbrales del profanado convento. Al verlos aparecer adivínase una escena entre el verdadero y el fingido Sosia que, efectivamente, no se hace esperar.

CARR. Diga, hermano,
¿quién es el sacristán que agora sirve
este convento? [1].

1 Este oratorio.

CARR. FING. Yo. ¿No me conoce?
Pero debe ser extraño.
CARR. Extraño
de todo bien, y propio de mi daño.
CARR. FING. Seis años ha que en esta casa vivo.
CARR. ¿Seis años? Mire, hermano, que se engaña.
que agora ha tres estaba aquí Carrizo.
CARR. FING. Pues Carrizo es el mismo que está agora.
CARR. ¡Carrizo!
CARR. FING. Sí, que ese es mi propio nombre.
CARR. ¿Él se llama Carrizo?
CARR. FING. Así me llamo.
. . . . . .
CARR. ¿Que él es Carrizo? ¿Cómo ó de qué modo?
CARR. FING. Porque Juan de Carrizo fué mi padre,
y mi madre Lüisa de Montalbo.
Cristianos viejos.
CARR. Esos eran míos.
CARR. FING. Tuve una hermana que murió pequeña,
y otra casada en Salamanca [1].
CARR. ¡Cielos,
que perderé el juicio!
FÉLIX. Aguarda un poco,
que hay más secreto en esto, ó estoy loco.
Digo, señor, ¿quién es el mayordomo
destas señoras?
CARR. FING. Es Esteban Félix.
FÉLIX. ¡Esteban Félix!
CARR. FING. Sí, muy buen hidalgo,
y no de poca hacienda.
FÉLIX. ¡Santo cielo!
¿Pues no ha tres años ya que es muerto
[ese hombre?
CARR. GING. ¡Muerto! Agora le vi con la abadesa [2].
FÉLIX. Y ¿quién es la abadesa? [3].
CARR. FING. Doña Clara.
FÉLIX ¿Doña Clara de Lara?

---

1 Y otra casada en Nápoles.
2 Con nuestro dueño.
3 Y ¿quién gobierna agora?

CARR. FING Sí, la propia.
FÉLIX. Carrizo, ó es espíritu diabólico
este mancebo, ó celestial y angélico,
porque hombre de la tierra es imposible.
. . . . . .
CARR. ¿Si somos los que fuimos?
FÉLIX. ¿Si me he mudado yo?
CARR. Tórnome loco.
. . . . . .
Mi pecado
en otro el ser que soy ha transformado.

El asombro y los aspavientos del verdadero Carrizo, al hallarse con un duplicado de su persona, debían hacer mucho reir á los espectadores de *La Buena guarda*. La escena entre el Sosia verdadero y Mercurio, disfrazado de tal, divierte, y aunque Lope á todas luces procuró imitarla, no sacó de este regocijado *quid pro quo* todo el partido que el poeta umbrío obtuvo en su obra.

Llegan ambos á la presencia de la abadesa, á quien hallan sumergida en un místico éxtasis, y al verla tan igual á como antes en el convento se estaba, con su mismo hábito, rostro y talle, dudan de lo que ha pasado, y exclama el escudero:

Mas ¿si fué alguna fantasma
la que llevaste á Toledo? [1].

Vuelve en sí la monja y, habiéndolos reconocido, explica entonces toda la extensión del milagro. Suspenso D. Félix por la piedad de Clara y espantado del gran milagro que presencia, de-

1 La que llevaste á Milán.

cide entrarse en religión, á cuyo designio responde Carrizo:

> Quien para el mal te acompaña
> para el bien lo hará mejor.

Con lo cual la comedia termina.

Forzoso ha sido detenernos tanto en esta hermosa producción dramática del Fénix de nuestros ingenios. De todas las redacciones del asunto de Beatriz que produjo el arte español, ninguna se le aventaja, ni aun le iguala. Sólo por la delicadeza de los pormenores podría comparársele la versión de Carlos Nodier; però la de Lope le vence en la pintura de caracteres, en la parte cómica y en el pomposo manto de la rica versificación que la viste. A pesar de sus defectos, *La Buena guarda* se lleva la palma entre todas las versiones del peregrino cuento.

XI

La novela de *Los Felices Amantes*.—Juicio general de ella.—Desarrollo de su asunto.—Novedades que Avellaneda introduce en él.—Comparación de esta historia con lo demás del *Quijote*.

Tornábanse á la corte D. Quijote y su inseparable escudero desde la celebrada ciudad de Zaragoza (según en su historia menudamente refiere el encubierto Alonso Fernández de Avellaneda) ardiendo en furiosa ira contra el desaforado gigante Bramidán de Tajayunque, que para Madrid altivo y descortés osara desafiar al caballero Desamorado, cuando por ventura dieron con un roto soldado y un reverendo ermitaño que casualmente su mismo camimo llevaban.

Molestados del sol, que entonces con su mayor fuerza daba, enderezáronse á un bosquecillo que á poco trecho del camino había para sestear en él y gozar de su apacible sombra y frescura. Acaso hallábanse allí otros viandantes, los cuales, á lo que después se supo, eran dos canónigos del Sepulcro de Calatayud y un Jurado de la misma ciudad, y entre todos concertaron que, puesto que bajo aquella gustosa sombra determinaban pasar algunas horas, las entretu-

viesen refiriendo alguna historia ó cuento con que su forzoso descanso se hiciera más llevadero. Comenzó el soldado Antonio de Bracamonte contando el suceso del *Rico desesperado* [1], historia repugnante y monstruosa, tan falta de verosimilitud como de buen gusto, de asunto bajo y sin interés, que parece tomada de alguna fuente extranjera.

Llególe luego el turno al discreto ermitaño, y con mejor acuerdo dió principio al interesante cuento de los *Felices amantes*, que es una nueva versión y no de las menos loables de la maravillosa leyenda de la hermana Beatriz [2]. Hállase esta novela contada con singular habilidad, y la amenidad y el talento nada vulgares de que el fingido Avellaneda dió hartas pruebas en su libro, «pero también con aquella falta de delicadeza moral y aquel gusto soez y estragado que empañan sus mejores páginas».

La primera edición del *Quijote*, de Avellaneda, apareció en Tarragona en 1614, esto es, cuatro años después de la composición de *La Buena guarda*, que no parece haber tenido pre-

1 Capítulos XV y XVI.

2 Véanse los capítulos XVII á XX inclusives del *Segundo tomo del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha, por Alonso Fernández de Avellaneda*, Tarragona, 1614, 12.°; hay además las ediciones de Madrid, 1732; Madrid, 1805, dos tomos en 12.° (expurgada); incluyóse en la *Bib. de AA. Españoles (Novelistas posteriores á Cervantes*, tomo I), y se publicó modernamente, algo mutilada, en Barcelona, Cortezo, 1884, 4.°

sente Alonso Fernández, no obstante la amistad que se le supone con Lope de Vega. La fuente que el desconocido autor tuvo, según él mismo confiesa al principio del capítulo XXI [1], fué la compilación de milagros de Juan Herolt «en el milagro veinticinco, de los noventa y nueve que de la Virgen sacratísima recogió en su tomo de sermones el grave autor y maestro, que por humildad quiso llamarse el Discípulo; libro bien conocido y aprobado, por cuyo testimonio á nadie parecerá apócrifo el referido milagro.» «Pero lo amplificó á su modo, le españolizó enteramente en las costumbres y le exornó con muchos detalles de la vida claustral tan nimios y bien observados, que han inducido á algunos á suponer que el encubierto rival de Cervantes era fraile y quizá confesor de monjas, así como la particular devoción que manifiesta al Santo Rosario ha movido á otros á tenerle por dominico [2].»

La doble circunstancia de la desmesurada extensión de esta historia, máxime si se la compara con la del *Rico desesperado* (únicas novelas que en el espúreo *Quijote* se contienen), y de no hacerse en ella referencia alguna á cosas tocantes al auditorio, me inclinan á creer que Avellaneda

1 «De cómo los canónigos y jurados se despidieron de Don Quijote y su compañía, y de lo que á él y á Sancho les pasó con ella.»

2 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Observaciones preliminares* á las *Obras de Lope de Vega*, tomo V, pág. XLII.

tenía ya de antemano escrito el milagro de Sor Beatriz. Acomodaríalo en el *Quijote*, como Cervantes introdujo en la primera parte del suyo la novela de *El curioso impertinente*.

El ignorado autor pone la acción del suceso en España en un convento de Castilla la Vieja, aunque sin determinar en cuál; la protagonista se llama doña Luisa y es, como la de Lope, abadesa del monasterio, y el galán tiene por nombre D. Gregorio, mozo rico, apuesto y discreto. Allá en su infancia habíanse criado juntos y «aun querido algo con sencillo amor, por la vecindad de las casas de sus padres». D. Gregorio tenía además una prima en el mismo convento que doña Luisa regía, con lo cual Avellaneda explica las frecuentes visitas que el mancebo hace á aquella santa casa.

De estas frecuentes entrevistas se origina que el afecto que ambos protagonistas se tuvieran, resucite ahora convertida en verdadero amor. No obstante ser la abadesa igualmente conocida por su rara belleza que por su honestidad y virtudes, sucumbe á la pasión, y aun ella misma se declara á D. Gregorio, con lenguaje un tanto impropio de su estado y virtudes.

«Pues, señor don Gregorio, dijo doña Luisa, ya no es tiempo de disimulación, ni de que vuesa merced ignore que si me ama con las veras que finge, no hace cosa que no me la deba; y si he disimulado hasta agora, ha sido no con poca violencia de mi voluntad; pero forzábanla el ser mujer y religiosa y cabeza de cuantas lo

son en esta grave casa, y también que deseaba enterarme y ver si la perseverancia confirmaba los asomos del amor que con palabras y lágrimas me comenzó á mostrar; pero ya que mi ceguera me obliga á que crea lo que tan difícil es de averiguar, digo que soy contentísima de que todos los días me visite, y aun le suplico lo haga variando las horas para mayor disimulación; y advierta vuesa merced hago más en confesarme ciega y amante, que en cuanto tras eso diere lugar á vuesa merced, pues el mayor imposible que sentimos las mugeres es el haber de otorgar, amamos á quien con sola esa confesión suele tomar ánimo para condenarnos á perpetuo desprecio y desesperados celos: ¡plegue á Dios no me suceda á mí así! Libertad terná vuesa merced de hablarme sin impedimento.»

Con mayor libertad todavía se expresa la extraviada religiosa después de seis meses de continuas visitas y recíprocas finezas:

«¿Es posible, señor, que mostrándome el amor que me mostráis, seáis tan pusilánime y tan para poco, que no déis traza de entrar de noche por alguna secreta parte adonde podamos gozar ambos sin zozobras el dulce fruto de nuestros amores? ¿No advertís que soy Priora y que tengo libertad para poderlo hacer con el debido secreto? Yo, á lo menos, de mi parte, si vos os disponéis para ello, harto bien trazado lo tengo con mi deseo y facilitado con vuestra cobardía; y aun si no fuera ella tanta, podríais sacarme de aquí y llevarme á donde os diere gusto, pues vivo y estoy en todo dispuesta de seguir el vuestro.»

Quedan concertados en que la fuga sea á la una de la noche del siguiente domingo, después de dichos los maitines, hora en que el galán estaría aguardando con dos caballos á la puerta de la iglesia. D. Gregorio envió á la monja unos vestidos de dama «bien envueltos como si fuese colgadura» y la Priora comenzó á «dar orden en

su partida, cosiendo en un honesto faldellín que había de llevar debajo, las doblas que pudo recoger, que no fueron pocas, poniendo en una bolsa otra gran cantidad de moneda de plata, para llevarla más á mano; de suerte que sacó del convento entre moneda y joyas más de mil ducados». Entretanto, el galán «contrahaciendo las llaves de ciertos cofres de su padre, sacó dellos mas de otros mil ducados, sin otra gran cantidad de dineros que pidió prestados á amigos». Llegada la noche convenida, D. Gregorio ensilló dos de sus mejores caballos, y prevenido de lo preciso sale de su casa sin ser de nadie sentido. La monja, en tanto, cambia el austero hábito por las mundanas galas, «poniendo las de religiosa sobre una mesa, y dejando allí una bien larga carta escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con don Gregorio». Dejó también una vela encendida con el breviario y rosario, de que había sido devotísima, y tomando un gran manojo de llaves de toda la casa, se salió á la iglesia. Pero debiendo pasar ante una imagen de la Virgen, de que era particular devota, «porque era la cosa que mas quería en este mundo», puesta ante ella de hinojos, así le hizo emocionada la despedida:

«Madre de Dios y Virgen purísima, sabe el cielo y sabéis vos cuánto siento el ausentarme de vuestros ojos; pero están tan ciegos los míos por el mozo que me lleva, sin hallar fuerzas en mí con que resistir, á la pasión amorosa que me lleva tras sí. Voy tras ella, sin reparar

en los inconvenientes y daños que me están amenazando; pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros, Señora, como os encomiendo con las mayores veras que puedo, estas religiosas que hasta ahora han estado á mi cargo: tenedle, pues, de ellas, madre de piedad, pues son vuestras hijas, á las cuales yo, como mala madrastra, dejo y desamparo: amparadlas, digo, Virgen santísima, por vuestra angélica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente dellas: de Cristo, digo, nuestro Dios y Señor. Volved y mirad, os suplico otra vez, en mi lugar, por estas siervas vuestras que aquí quedan, más cuidadosas de su limpieza y salvación que yo, que voy despeñándome tras lo que me ha de hacer perder lo uno y lo otro, si vos Señora, no os apiadáis de mí; pero confío que lo haréis, obligada de vuestra inexplicable y natural piedad y de la devoción con que siempre he rezado vuestro santísimo rosario [1].»

Y dicha esta breve oración, dejó ante el altar de la imagen el llavero y se fué á los amorosos brazos de su amante. Como se ve, Avellaneda recoge todas las indicaciones de los hagiólogos latinos y añade cuantos detalles son verosímiles y propios de la interior disciplina de los conventos. Los fugitivos no paran hasta Lisboa, donde pasan por esposos. La circunstancia de huirse ambos sacrílegos á la capital lusitana, trae á la memoria la *Cantiga LV* del Rey Sabio. En vista de esta coincidencia ocurre preguntar: ¿Conoció Avellaneda al gran cancionero marial de don Alfonso? Seguramente que no. La circunstancia de refugiarse los amantes de una y otra versión

1 No obstante lo que se cree, compárese esta despedida con la que LOPE pone en boca de *Doña Clara*.

en Lisboa, se explica naturalmente por ser esta capital de un reino extraño, pero fronterizo y cercano, á donde lógicamente discurriendo, lo mismo el incógnito rival de Cervantes que el Rey Sabio, conjeturaron verosímil se escondieran ambos culpables.

«Allí, pues, hizo D. Gregorio una carta falsa de matrimonio, y alquilando una buena casa, compró sillas, tapices, bufetes, camas y estrado con almohadas para su dama, con el demás necesario ajuar para moblar una honrada casa, comprando juntamente para el servicio della un negro y una negra; cargó, tras esto, de galas y joyas para adorno suyo y de su bella doña Luisa». Fiestas, paseos, teatros, comidas y saraos, boato y pompa en el vestir, lujo y fausto en las estancias, cuantas dichas y comodidades puede proporcionar el dinero, todo lo gozaron ambos amantes en aquella ciudad de Lisboa por espacio de dos años. Pero como los dos mil ducados no fuesen eternos y además el amante se diera con loca pasión al juego, pronto comenzaron á desaparecer los suntuosos muebles, las ricas colgaduras, las joyas resplandecientes, los caballos, los vestidos adornados y hasta «un famoso ferreruelo» de D. Gregorio. Huyendo de tanta pobreza (que consideraban afrentosa ante los testigos de la pasada opulencia), encamínanse hacia Badajoz, «haciendo su viaje á pie y sin mas provisión ni ropa que la que llevaban á cuestas,

yendo sin espada y en cuerpo D. Gregorio, por la pérdida que había hecho de su capa en el juego». En fin, pidiendo limosna por los pueblos, llegaron en pocos días á Badajoz, con tanta pobreza, que les fué forzoso irse á hospedar aquella noche al hospital.

Trataba doña Luisa de ganar el preciso sustento trabajando de costurera ó bien enseñando á labrar algunas niñas, pero no hubo comodidad para ello. En tal estrechez, comienza á verse requerida de amores por su protector, un administrador del hospital, mancebo y rico, y aunque al pronto resiste, cede al cabo compelida de la necesidad y de las amonestaciones del villano D. Gregorio. Finalmente, la ex abadesa cae en lo más hondo del vicio y su amante se convierte en rufián y cobra el barato.

Alguien acusó á Avellaneda de haber prostituído á la monja; inculpación de todo punto injusta, puesto que tales antipáticos pormenores se hallan ya en el monje de Heisterbach y en los demás redactores latinos. En lo que sí merece censura el autor del seudo *Quijote*, es en la extensión y detalles que pone en tan innecesarias como repugnantes escenas. Cuando el escritor Lessage, bien popular en España, tradujo al francés libremente la obra de Avellaneda [1], procuró dulcificar bastante estos pasajes.

---

1 París, 1704.

Habiéndose promovido cierta noche una pendencia entre los aficionados de doña Luisa, de la cual resultó muerto el hijo de persona principal, la justicia intervino en el caso y de él resultó ser D. Gregorio desterrado de Badajoz, aunque bien vestido y equipado por su amigo el administrador, y gustoso en dejar á doña Luisa, de la cual se había ya cansado. Aumentó con esto el desenfreno de la apóstata, hasta que viéndose totalmente abandonada de D. Gregorio y aun maltratada del nuevo amante, á causa de su propia liviandad, cayó en la cuenta del peligro en que se hallaban su alma y su cuerpo.

«Comenzó á cavar, en la consideración de su mal estado tras esto, y Dios á obrar secretamente en su conocimiento, como aquel que la quería dejar por ejemplo de penitentes y de lo que con su divina misericordia puede la intercesión de su electísima Madre, y finalmente, de lo que á ella le obligan los devotos de su santísimo rosario con la frecuentación de tan eficaz y fácil devoción; y se encendió de suerte su espíritu en amor y temor de Dios, que empezó á deshacerse en lágrimas, apesarada de las ofensas cometidas contra su Magestad, confusa por no saber cómo, ni en quién hallar remedio ni consejo; que tan cargada estaba de desatinos.»

Puesta ya en el camino del arrepentimiento, determina llegarse á su tierra y allí hallar modo de ir secretamente á Roma á suplicar al Padre Santo la penitencia que debía hacer en descargo de sus pecados.

«Con este pensamiento, y encomendándose de corazón á María sacratísima, madre de piedad y fuente de misericordia, recogiendo cuanto dinero tenía y haciendo

de sus vestidos y alhajas todo lo que pudo, se vistió de peregrina, con sombrero, esclavina, bordón y un grueso rosario al cuello y alpargatas á los pies, y cubierta deste penitente traje, arrebozado el rostro, se salió una noche obscurísima de Badajoz, tomando la derrota hacia su tierra, acompañada sólo de suspiros, lágrimas y deseos de salvarse, desviándose cuanto le era posible de los caminos reales y procurando caminar casi siempre las noches, en las cuales entraba en las posadas de menos bullicio á tomar dellas lo más necesario para su sustento, saliéndose luego al campo.»

De esta manera vuelve la extraviada religiosa á su ciudad, y, pasando ante el convento que un día rigiera, como viese abierta la puerta de la iglesia, llegóse á ella y aun se aventuró á entrar. Notó con sorpresa desierto el templo y sólo alumbrado por dos lámparas, una ante el Sacramento y otra en el altar de la Virgen, y caído ante éste un manojo de llaves. Acercóse, temerosa, á levantarlo; pero, en el mismo momento, la Reina de los cielos la llamó por su nombre, y con semblante airado le dijo:

«¡Oh, perversa y una de las más malas mujeres que han nacido en este mundo! ¿Cómo has tenido atrevimiento para osar parecer delante de mi limpieza, habiendo tú perdido desenfrenadamente la tuya á vueltas de tantos y tan sacrílegos pecados, como son los que has cometido? ¿De qué suerte, dí, ingrata, saldarás la irreparable quiebra de tan preciosa joya? ¿Y con qué penitencia, insolentísima profesa, satisfarás á mi amado Hijo, á quien tan ofendido tienes? ¿Qué enmienda piensas emprender, ¡oh, atrevida apóstata!, para volver por medio della á recuperar algo de lo mucho que tenías merecido y has perdido tan sin consideración, volviendo las espaldas á las infinitas misericordias que habias recibido de mi divinísimo Hijo?»

Medio muerta y caída en el suelo, escuchaba la aterrada religiosa á la imagen, que prosiguió diciendo:

«Con todo, para que eches de ver que es infinitamente mi Hijo más misericordioso que tú mala, y que sabe más perdonar que ofenderle todo el mundo, y que no quiere la muerte de los pecadores, sino que se conviertan y vivan..... como piadosísimo que es, ha puesto tu causa en mis manos, y yo..... he hecho por ti lo que no piensas ni podrás pagarme, aunque vivas dos mil años y los emplees todos en hacerme los servicios que me solías hacer en los primeros años de tu profesión..... Entiende, pues, que yo, como piadosa madre, he querido hacer, para confusión tuya, lo que me encomendaste, y, así, has de saber que, desde entonces hasta ahora, he sido yo la Priora deste monasterio en tu lugar, tomando tu propria figura, envejeciéndome, al parecer, al compás que tú lo has ido haciendo; tomando juntamente tu habla, nombre y vestido con que he estado entre ellas todo este tiempo, así de día como de noche, en el claustro, coro, iglesia y refitorio, tratando con todas, como si fuera tú propria..... En efecto, hallarás todas las cosas, por mi piadosa diligencia, en el estado en que las dejaste, sin hallar novedad en alguna, y sin que se haya echado de ver tu falta ni la del dinero que has desperdiciado; vete, por tanto, á recoger antes que despierten á maitines, y enmienda tu vida como debes, y lava tus culpas con las lágrimas que ellas piden, que lo mismo han hecho cuantas, tras graves pecados, han merecido el ilustre nombre de penitentes que les da la iglesia.»

El asombro y la alegría de doña Luisa son inefables. Halla su celda tal como la había dejado; acude al coro y nadie se extraña de verla; vístese asperísimo cilicio, disciplínase y, confesando todas sus faltas, se consagra el resto de la vida á durísimas penitencias.

Avellaneda no quiso tampoco dejar impenitente á D. Gregorio. Habiendo, pues, oído éste un sermón de cierto religioso dominico de «soberano espíritu» [1], arrepintióse cordialísimamente de sus culpas y, confesándose de ellas, se partió á Roma [2]. Vuelto á su ciudad natal, encubierto con traje de mendigo, llégase á pedir limosna al torno del convento que profanara, y allí oye la increíble nueva de que doña Luisa es y ha sido, sin interrupción, priora. Visita, sin descubrirse, á sus padres, y al persuadirse de que la religiosa no abandonó un punto su monasterio, cae desmayado, por cuya causa le reconocen al socorrerle. Ultimamente, después de una entrevista entre los dos ex amantes, en la cual don Gregorio conoce el prodigioso milagro, se entra en religión, en que muere ejemplarmente.

Los méritos de la invención y plan de esta novela pueden inferirse del extracto que de ella se ha hecho. El estilo es excelente y el lenguaje castizo y puro. Aunque estos méritos resaltan en toda la obra de Avellaneda, revélanse más en los capítulos de *Los Felices amantes*, porque, abandonando el autor el tono cómico y festivo (que á veces cae en chocarrero), toma un tim-

1 Este sermon versaba precisamente sobre el milagro que Nuestra Señora hizo con Teofilo.

2 También es acometido de salteadores, como el *Don Felix* de Lope.

bre grandioso y elocuente en su tranquila sencillez, una elevación de pensamientos y escogitamiento de frases que no suele hallarse en lo más de la falsa historia de *El Caballero desamorado.*

XII

Indicación de la *Legende de Sœur Beatrix*, de Carlos Nodier.—Elementos nuevos que se introducen en ella.—Traducciones castellanas de esta leyenda.

Paréceme que podría sostenerse la afirmación de que la forma más poética que hasta ahora alcanzó la leyenda de Sor Beatriz es aquella en que brotó de la delicada pluma del célebre cuentista francés Carlos Nodier [1]. Las condiciones especiales de este escritor, su exquisito tacto para desarrollar los asuntos fantásticos, la ternura y suavidad de su estilo se armonizan perfectamente con el carácter místico y, por decirlo así, vaporoso del peregrino cuento. Todo en esta leyenda es etéreo, espiritual. La figura de Sor Beatriz, verdadero lirio místico que crece inmaculado entre los perfumes del incienso, se mantiene, durante todo el desarrollo, con su carácter propio, tan dulce y atractivo, que el lector más indiferente se apasiona vivamente por ella. Los episodios son, por igual, acertados, y las modificaciones ó mejoras que el escritor introduce en el asunto enteramente poéticas y vero-

1 *La leyenda de Sœur Beatrix*, París, 1837; incluida después en todas las ediciones de sus obras

símiles. El tono general de la historia es eminentemente religioso, pero siempre dentro del arte y de la poesía. A veces toma color de idilio, y á veces de madrigal y balada, y, por su extrema delicadeza, parece una tiernísima poesía puesta en prosa.

El mismo Nodier, en la breve introducción que pone á esta leyenda, afirma que tomó el asunto del polaco Bzowio, continuador del analista Baronio, según se ha dicho.

La acción del milagro ocurre en Francia, á las faldas del Jura, en el monasterio de los *Espinos floridos*. Allí se veneraba una milagrosa escultura de María, cuyo peregrino hallazgo ocasionó la fundación del cenobio. En él, cuidando asiduamente de la portentosa imagen, habitaba, en místicas ocupaciones, una virgen hermosa, de diez y ocho años, consagrada ya desde niña á la religión.

«Hay una edad feliz ó funesta en que el corazón de una joven comprende que está creado para amar, y Beatriz había llegado á esa edad; pero aquella necesidad, primero vaga é inquieta, no había hecho más que hacerle más queridos sus deberes [1]».

El culto de la Virgen María y el aseo de su capilla eran, pues, su única y constante ocupación. Pero un acontecimiento inesperado levantó el velo, bajo el cual el secreto de Beatriz yacía oculto.

1 Cito por la versión castellana anónima del *Semanario pintoresco*.

Un joven señor de las cercanías, salteado por unos bandoleres, quedó como muerto en mitad del bosque. Arrastrándose como pudo, fué á pedir socorro en el convento de los *Espinos Floridos*. Los criados del monasterio le llevaron á la enfermería y las monjas destinaron á Beatriz para cuidarle. Apenas la joven religiosa se vió ante Raimundo, no pudo menos de exclamar:

«¡Dios mío! ¿Sois vos? ¿Vos á quien tanto he amado en mi infancia y á quien miraba como esposo por el convenio que tan pronto olvidaron nuestros padres? ¿Por qué funesta casualidad os vuelvo á ver, encadenada con los lazos de una vida que no es para vos, y separada para siempre de ese mundo brillante, cuyo adorno sois?»

Lo que sucede se prevé fácilmente. La cura es larga, la hermosura de Beatriz mucha, la presencia de los objetos continua, la ocasión propicia y la soledad de uno y otra acrecientan la fuerza de los recuerdos. Raimundo, totalmente enamorado de su bella enfermera, logra reducirla á su voluntad, y cierta noche un rápido carruaje lleva lejos del convento al apuesto caballero herido y á una joven religiosa, infiel á sus votos.

Transcurrió el primer año velozmente, envuelto en goces inefables; mas no mucho después, Beatriz experimentó que nada hay eterno, ni siquiera durable en esta vida: Raimundo la abandonó. Sin amparo en el mundo, la pobre oven cayó en el oprobio.

Quince años transcurrieron así, y durante

este tiempo el ángel tutelar de la monja lloró. Acabóse la inocencia, el pudor, la juventud y la belleza; las galas de la hermosa Beatriz se trocaron en harapos de mendiga.

Resuelta á ocultar su miseria en tierra extraña, parte á la ventura. Anduvo mucho; cansada y hambrienta, desfallecida, cae sin sentido á la puerta de un hospitalario monasterio; el de los *Espinos Floridos*. La Providencia, le condujo allí.

Al oir este nombre, la miserable tiembla, y, balbuceando, se le ocurre preguntar á la tornera si recuerda á la hermana Beatriz. Oyendo responderle que todavía permanece en su cargo. siendo modelo de virtud, cree que hablan de otra, y pregunta por aquella que hace quince años falta del convento. Asombrada, escucha decir á la tornera que nunca ha conocido más que una Beatriz.

«Al acabar estas palabras, la tornera entró en el claustro y Beatriz fué á la iglesia, se arrodilló é inclinó su frente hasta el pavimento; después cobró un poco de ánimo, se levantó, y de columna en columna se adelantó hasta la reja del coro, donde se arrodilló A través de la nube que obscurecía su vista, distinguió á la hermana Beatriz, que estaba de pie delante del camarín.

Pero á poco se fué acercando á ella la hermana, que hacía su revista ordinaria, encendiendo las lámparas y reemplazando las guirnaldas de la víspera por otras nuevas. Beatriz no podía creer á sus propios ojos.

Aquella hermana era ella misma, no de la manera á que se veía reducida por la edad, el vicio y la desesperación, sino tal como debía ser en los días inocentes de su juventud. ¿Era una ilusión producida por los re-

mordimentos? ¿Era un castigo milagroso anticipado sobre aquellos á quienes estaba reservada la maldición divina? En la duda ocultó su rostro con las manos y las apoyó inmóvil en los barrotes de la reja, balbuceando las más expresivas oraciones de las que decía en lo antiguo.

Y, sin embargo, la religiosa marchaba siempre. Ya los pliegues de sus vestidos habían tocado á los barrotes. Beatriz, humillada, no se atrevía á respirar.»

La celestial aparición no reconviene á la monja extraviada; recíbela amorosamente; lejos de reñirla, la consuela con cariñoso acento y le sonríe brindándole su amor y su protección constantes:

«¿Eres tú, querida Beatriz?, le dice. No tengo necesidad de verte para conocerte, porque tus oraciones llegan y mí, como las he oído otras veces. Hace mucho tiempo que te esperaba; pero como estaba segura de que volverías, ocupé tu plaza el mismo día en que me dejaste para que nadie advirtiera tu ausencia. Ahora ya sabes lo que valen los placeres y la felicidad, cuya imagen te había seducido, y ya no te marcharás. Ya estarás aquí para siempre.»

Beatriz asiste aquella misma noche al coro, como la Doña Luisa de Avellaneda. Desde entonces su existencia transcurrió como un solo día, como ese día del porvenir que está prometido á los elegidos del Señor.

Dos versiones se han hecho en España de esta preciosa historia. La primera es anónima y se incluyó en el *Semanario pintoresco español* del año 1854, bajo el título *La hermana Beatriz. Leyenda* [1]. Este traslado, aunque bastante fiel, no

1 Págs. 387 y 394. Esta versión va adornada con una lámina también anónima (pág. 388), que me parece francesa.

es completo. El traductor omitió la bella introducción que Nodier puso á la leyenda y la breve reflexión final con que el original termina.

La versión segunda se debe á D. J. Coroleu y se hizo bajo el título de *Sor Beatriz, por Carlos Nodier* [1], para uno de los tomos que publicaba en Barcelona la sociedad editorial *La Maravilla*, que dirigía D. Miguel Rialp. Esta traducción es exacta y completa y sigue con verdadera escrupulosidad el texto francés. Empero la primera me parece mucho mejor escrita que la de Coroleu. El trasladador anónimo escribía más literariamente el castellano, con cierta sencillez no exenta de elegancia. Además, ha comprendido mejor el carácter íntimo del original, su espíritu, por decirlo así, y procuró reflejarlo en la traducción con bastante acierto.

---

1 Incluyóse al final del tomo intitulado *Aventuras de un misántropo, por X. B. Saintine* (el autor de la deliciosa novela *Picciola*). Barcelona, imp. de Ramírez, 1860, 4.º; ocupa las páginas 223 á 252.

XIII

La leyenda de *Margarita la Tornera*, de Zorrilla.—Juicio general de esta pieza.—Sus fuentes.—Examen de ella.—Méritos de pormenor que presenta.

Todo el mundo conoce la pintoresca é inspirada levenda intitulada *Margarita la Tornera*, de D. José Zorrilla, una de las más celebradas obras de cuantas brotaron de su egregia lira. La circunstancia de su vulgaridad nos releva de tratar de ella extensamente. No dejaremos, empero, de examinarla, aunque con brevedad suma.

Esta versión del peregrino cuento, que Zorrilla califica de *tradición*, es de lo poco que su desdeñoso padre encontraba digno de aprecio entre el largo catálogo de sus versos [1]. Hállase incluída en los *Cantos del Trovador*, cuya primera edición salió á la luz en 1840 [2], y después en todas las de las poesías del gran poeta valisoletano.

Hablando de ella dice el Sr. Menéndez y Pelayo [3]:

---

1 P. Blanco: *La literatura española en el siglo* XIX, tomo I, pág. 209.

2 Madrid, Boix, editor, 3 tomos en 8.°

3 *Observaciones preliminares* á la *Buena guarda; Obras de Lope*, tomo V, pág. XLIII.

«No intento contradecir la opinión general que pone á *Margarita la Tornera* entre lo más selecto de las obras de Zorrilla, ni quiero que se dude de mi admiración por este último cantor de nuestras tradiciones; pero si he de decir lo que siento, esta leyenda me parece inferior á su fama é inferior á otras muchas de las que aquel gran poeta nos ha dejado. La ejecución es desigual y á ratos muy prosaica y desaliñada; el cuento se dilata con impertinentes adiciones que le quitan unidad y sentido; el tipo del galán pendenciero, jugador y escalador de conventos, está mejor presentado en otras innumerables producciones del mismo Zorrilla y el D. Juan de Alarcón, vecino de Palencia, resulta un Don Juan Tenorio muy en pequeño. Sus más enormes calaveradas resultan pueriles por el modo de contarlas. Peor es la degeneración que se observa en el carácter de la monja. La doña Clara, vehemente, sincera y apasionada de Lope, la Sor Beatriz, místico lirio tronchado en la leyenda de Carlos Nodier, son mujeres de verdad: no así Margarita la Tornera, *mema* de nacimiento, á pesar de su poético nombre. Zorrilla se evita el trabajo de preparar su caída con el cómodo artificio de hacerla tonta. Lo que salva la leyenda en alguno de sus puntos, es la maravillosa espontaneidad de la dicción poética, la opulenta y generosa vena de su autor unida á los prestigios propios del argumeuto, que, contado de cualquier modo, siempre deleita.»

Cierto es. Cualesquiera que sean los méritos de pormenor y de forma de *Margarita la Tornera*, ni por el desarrollo del asunto, ni por la disposición del plan, ni por la proporcionalidad de sus partes puede siquiera compararse con otras obras del mismo autor, como aquella inimitable leyenda *A buen juez mejor testigo*, donde Zorrilla ostentó más que en otra alguna, sus admirables condiciones de narrador poético. El sabor clásico de esta obra, la sencillez grandio-

sa de su estructura, la energía de la descripción y la sobriedad de los episodios harán siempre de ella una joya de nuestra literatura poética. La figura del *justiciero y valiente* D. Pedro Ruiz de Alarcón y la escena del juicio y querella de Inés de Vargas, son dechado de hermosura literaria.

Hubiéralo también sido la leyenda de la tornera Margarita, si Zorrilla no se hubiese encariñado demasiado con el asunto. Queriendo adornarlo con diversidad de episodios ahogó, por decirlo así, la relación del caso, suficientemente importante para constituir por sí solo una interesante página.

No podemos determinar en qué libro hallaría nuestro poeta la historia de Margarita, si es que lo aprendió de los libros. El mismo, cuando se le preguntaba sobre el origen de sus leyendas, solía dar indicaciones vagas y aun positivamente equivocadas. Nunca fué la erudición su fuerte, ni aplicada á sus propias obras, que afectaba, además, mirar con cierto desdén.

A este propósito, el Marqués de Valmar escribe [1]:

«Afirma el egregio poeta, que siendo alumno del Seminario de Nobles, grabó esta leyenda en su memoria el sabio jesuíta D. Eduardo Carasa, vicedirector de aquel colegio ilustre. Zorrilla cita varias de las infinitas reproducciones de la famosa tradición, pero olvida las dos más importantes y que más han contribuído á popularizarla en la Edad moderna: la novela *Los felices*

1 *Estudio sobre las Cantigas*, pág. 130.

amantes, que se halla en el *Quijote*, de Avellaneda, y la ingeniosísima comedia de Lope de Vega *La buena guarda* ó *La encomienda bien guardada*.»

Un insigne crítico, entiende que la leyenda de *Margarita la Tornera* recuerda la versión del *Quijote* de Avellaneda, más bien que ninguna otra. A mí me parece que Zorrilla debe, además, bastante á la *Leyenda de Soeur Beatrix*, de Carlos Nodier, publicada en 1837, esto es, tres años antes de la de Margarita. La semejanza ó coincidencia de algunos pormenores se declara comparando ambos textos.

La *Invocación* que el cantor de Granada pone á su leyenda es hermosa; la descripción de las mañas y costumbres de D. Juan de Alarcón y su padre D. Gil, revela la fecunda imaginación del autor y su proverbial facilidad para versificar, que á veces parece que le arrolla. La primera entrevista de D. Juan y Margarita, á través de la celosía del convento, si bien ingeniosa, carece de elevación. El galán de Zorrilla es un malvado que trata de perder á la inocente religiosa sin que á ello le impulse el amor, sino por capricho meramente, por antojo libidinoso, por el gusto de hacer mal. Además, no la enamora, antes para decidirla á dejar el convento, la engaña miserablemente con burdas mentiras, diciéndole que formidables enemigos persiguen el convento y amenazan de muerte á las humildes monjas. Así, pues, Margarita, al abandonar

el monasterio, no lo hace arrastrada por la fuerza de la pasión que los enamorados acentos del galán pudieran levantar en su pecho, y como la belleza poética requería; huye cobardemente de un lugar donde teme perecer en las *manos sangrientas de unos caribes* imaginarios, abandonando á sus hermanas de reclusión y de hábito. Don Juan la recibe en sus brazos sin amor ninguno; solamente por aumentar el número de sus conquistas y cobrar fama entre los libertinos de su jaez. El mismo lo dice:

Abrió al fin y entró en su casa,
con llavín de que él se sirve,
acostóse y rebujandose
la ropa hasta las narices,
apagó la luz, diciendo:
—«Pues, señor, bien: muchas hice,
mas, ¡vive Dios! que esta última
será tal que me acredite.»

Las octavillas del capítulo intitulado *Tentación*, que comienzan:

Aún no cuenta Margarita,
diez y siete primaveras,

son de lo más bello de toda la obra. En ellas nos presenta el poeta á la monja, desvanecida con las palabras de D. Juan, contemplando al espejo su belleza, en situación análoga á la otra Margarita del *Fausto*, probándose las joyas que Mefistófeles le procura.

Así desnuda, al espejo
presentando su hermosura,
deseó la libertad,

y acosada por tan varios
pensamientos tentadores,
los deleites seductores
amó de su vanidad.
Y desde esa triste noche
cabizbaja y distraída
sintió su fe decaída,
estéril su religión;
y allá muy lejos del claustro
perdido su pensamiento,
para huir no tuvo aliento
la terrible tentación.

Tras repetidas visitas á la reja del convento, obtiene al cabo D. Juan el deseado sí y ambos amantes se conciertan una noche para emprender la fuga.

Y se cerró la ventana
y entró en su casa Don Juan,
y dicen que entre la puerta
quedó la reja mirando,
su posición meditando,
tal vez con algo de afán.
Mas, al fin, dijo, perdiéndose
por una escalera estrecha:
—«Pues, señor, es cosa hecha,
mas me ocurre una cuestión.
¡Dineros!... ¡Bah! Tiene padre
dentro su alcoba una arquita
y ha un año que la maldita
me está dando tentación!
Conque, Don Juan, no hay cuidado;
vendrá Dios y medraremos.»

Llegó, por fin, la noche señalada; Margarita aguardaba ansiosa la hora precisa; sus encontrados pensamientos se aglomeran en su imaginación. No pudiendo al cabo soportar su impaciencia

Cruzó el solitario claustro
bajo el caracol estrecho,
y á una ventana en acecho
quiso un instante posar;
la tempestad empezaba,
la lluvia espesa caía
y el recio viento le hacía
sobre los vidrios botar.

Oye allí la seña convenida; desciende con pie rápido, y cuando iba ya á transponer para siempre el umbral de la santa casa, un tembloroso rayo de luz llegó á sus ojos.

Detúvose á los reflejos
de aquella luz solitaria,
y lágrima involuntaria
sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
por una dulce memoria,
y al claustro precipitada
la pobre niña volvió.

Hermoso episodio que substancialmente se halla ya en la versión antigua francesa en las *Vies de Pères* y en la *Cantiga* CCLXXXV del Rey Sabio.

. . . . . .

En un altarito humilde,
en un corredor alzado,
de flores siempre adornado
y alumbrado de un farol,
de una Concepción había
primorosa imagen una,
á quien calzaba la luna
y á quien coronaba el sol.

. . . . . .

Y aquel fué de Margarita
el rincón privilegiado;
ni una noche se ha pasado,
mientra en el claustro vivió

en que allí no haya venido
humildemente á postrarse
y en manos encomendarse
de la que nunca pecó.
. . . . . .
Cortóla preciosas flores,
la hizo ramilletes bellos,
puso escondidos en ellos
aromas de grato olor;
tendió á sus pies una alfombra,
y en un farol que ponía
conservaba una bujía
con perenne resplandor.

Por tal hermosa manera razona y explica Zorrilla la protección de la Virgen á la religiosa pecadora. Nada hay, en efecto, más dulce y poético que este humilde altarcillo elevado á la abandonada imagen, donde, con inocente sinceridad, la cariñosa monja, sin apoyo ni amistades, llega diariamente á rendirle fervoroso culto y á adornarla con el vistoso manto de los campos y jardines y perfumarla con el incienso de las flores.

Allí, pues, ante aquel pobre refugio de su cariño, se postra Margarita, y con voz velada por los sollozos, así dice á la Reina de los Angeles:

«Ya ves que al fin es preciso
que deje yo tu convento;
mas ya sabes que lo siento,
¡oh, Virgen mía! por ti;
y puesto que de él sacarte
no puedo en mi compañía,
no me abandones, María,
y no te olvides de mí.
¡Ojalá entre mis hermanas
hubiera otra Margarita

que con tu imagen bendita
obrara como ella obró!
¡Ojalá esta luz postrera,
que en esta noche te enciendo,
estuviera siempre ardiendo
mientras te faltara yo.
Mas ¡ay! ninguna te quiere
como yo, y son mis angustias
pensar que estas flores mustias
á tus pies se quedarán,
y se apagará esa vela,
se ajarán tus vestiduras,
y los que pasen, á obscuras,
tu hermosura no verán...
Al fin yo parto, Señora;
mi confianza en ti ya sabes,
en prueba toma esas llaves
que conservo en mi poder.
Guárdalas: otra tornera
elige á tu gusto ahora
y el cielo quiera, Señora,
que nos volvamos á ver.»

Cualesquiera que sean los defectos de estas octavillas, y por mucho que las rebaje su excesiva sencillez, cuantos lean la tradición de *Margarita la tornera* no podrán por menos de sentirse emocionados al llegar á ellas, so pena de carecer de sensibilidad estética. Hay, sin duda, en esta tiernísima despedida una simplicidad de pensamiento más propia de niña tímida que de mujer arrastrada por la fuerza del amor; la devoción de Margarita se dirige estúpidamente á la imagen misma, con afecto de posesión; algo como el de la chiquilla á su muñeca. ¡Qué diferencia de la plegaria que escribió Lope! Aquellos son pensamientos de mujer vencida de la pa-

sión; conoce su error y los peligros que le amenazan, suplica perdón y amparo, no á un inanimado leño, sino á la Reina de los Cielos, cuya semejanza tiene. Con todo, en las estrofas de Zorrilla hay tanta sensibilidad y dulzura y tanta poesía en su misma sencillez, que atrae y encanta. Doña Clara razona; Margarita siente. Las singulares dotes de narrador del gran poeta valisoletano se revelan en el remate de la plegaria.

Así Margarita hablando,
con lágrimas en los ojos
ante la imagen, de hinojos
los sacros pies le besó:
y dejándole las llaves
y encendida la bujía,
transpuso la galería,
ganó el jardín y partió...
Quedóse el claustro recóndito
por el farol alumbrado
que dejó al irse, colgado,
Margarita en el altar,
y sólo se oyó tras ella
el rumor del aguacero,
y el soplo del aire fiero
que bramaba sin cesar.

Llegado aquí, el desarrollo de la leyenda comienza á sufrir largas dilaciones con la ingerencia de episodios varios, muy pocos verdaderamente apropiados. En Valladolid se encuentran un D. Gonzalo Bustos, camarada del de Alarcón, con el cual se unen para ir á Madrid á gozar de las fiestas

que los reyes acostumbran
á dar á sus reyes cuando

su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde Duque
dió á Felipe cuarto muchas.

Esta circunstancia fija la fecha que Zorrilla supone al suceso de Margarita.

Tan solos seis meses después, ya la situación de los tres personajes ha cambiado grandemente. D. Juan se hastía de Margarita y busca goces y diversiones nuevas. La infeliz apóstata gime abandonada y sola en su estancia.

¿En dónde están, se decía,
los sueños de mi ventura?
Aquel país encantado
que exento estaba de angustias;
cuadro espléndido y magnífico
con una sola figura
que era ese D. Juan que ahora
duelos sobre mí acumula.
¿Por qué le he creído? ¡Necia!
¿Por qué le he creído nunca?
¿Qué he encontrado yo en sus brazos
sino ficción y locura?
¿Qué me ha dado en sus caricias
á beber más que cicuta?
¿Qué espero de sus promesas
sino que jamás se cumplan?
Arrastrada entre sus vicios
y entre sus orgías impuras,
su amor me devora el alma
¡y él se harta de mi hermosura!
. . . . . .
¡Ah! los celos me devoran;
la envidia, el odio, me abruman.
¡Yo le amo!... Y es imposible
que su indiferencia sufra.
El me sedujo, él mis ojos
abrió á la luz de la culpa;
yo era una pobre inocente,

mi alma era cándida y pura,
sus palabras me eran dulces
como una lejana música,
más ardientes que un volcán
y más que una lanza agudas.
¿Qué hiciera yo más que oírselas
con idolatría estúpida?
¡Ay! Quién pudiera tornarme
á mi sencillez inculta,
y á mi inocencia del claustro.
¿Quién amansará la furia
de este amor y esta conciencia
que para herirme se juntan?

Lances imprevistos vienen á complicar más las desgracias de Margarita. D. Juan se enciende en amor por una bailarina llamada Sirena, y acaba por olvidar completamente á la ex religiosa. El nombre de Sirena es bastante común entre nuestros escritores, aplicado á mujeres que llevaban la vida de la nueva amante del de Alarcón. En la *Historia de Gil Blas de Santillana* figura también una Sirena bailarina [1], en cuya casa suceden lances parecidos á los que Zorrilla refiere.

Desde aquí toma la leyenda carácter marcadamente dramático. Las aventuras que á don Juan suceden lejos de Margarita no interesan al desarrollo de la historia; pero hay una por demás trágica que no puede pasarse en silencio Cenando cierta noche ambos amigos, D. Juan y D. Gonzalo, en casa de Sirena, acuérdase Bustos repentinamente de ir á tener compañía á Margarita, diciendo á D. Juan:

1 Principalmente en los libros VIII, cap. 12, y VII, cap. 13.

—Pues os digo que me agrada,
y, pues, su merced la deja,
pido, como prenda antigua,
para tomarla licencia.
—Eso sí, si la pedís,
lleváosla norabuena;
mas cuando al fin os fastidie,
á su convento volvedla.
—¿Conque es monja? ¡Vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
en un convento metida,
para birlarla una herencia,
y aunque en mi vida la he visto,
sólo por recuerdo de ella
lo haré como lo decís.
Y ¿á qué convento?
—A Palencia
y á las monjas de Jesús,
de donde es.
—¡Jesús me tenga!
—¡Calla! ¿Qué os da, don Gonzalo?
—Decidme, por vida vuestra,
don Juan, cuál es su apellido.
—Cosa, don Gonzalo, es esa
que jamás la he preguntado;
mas ¡voto va!... ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
—Sí.
—Pues Bustos es el de ella.

¡Lance enteramente original de Zorrilla y muy propio de su genio! Naturalmente, después de esta tremenda explicación, el duelo se hace inevitable. Don Gonzalo muere á manos de su mejor amigo, y éste vese obligado á huir de la corte con Margarita.

Al cabo de dos días de camino,
al despertar la niña una mañana,
de una posada en una alcoba, vino

al ruido de su voz una villana;
y á tal punto, entre dama y posadera,
diálogo se entabló de esta manera.

Por ella sabe Margarita la triste nueva de su abandono. Don Juan huye cobardemente, sin escribir siquiera á la desventurada monja, como el D. Félix de Lope.

¿Do irá la tórtola amante,
sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que á su nido
y al bosque en que lo dejó?
¿Dónde irá su pensamiento,
ni la llevará el destino,
si no sabe otro camino
que el solo en que se extravió?

En efecto, Margarita, amante todavía, al hallarse sola vuélvese á Palencia buscando á don Juan. Llega una tarde de Junio, y sentándose en las gradas de su antiguo convento, clava los afanosos ojos en la solariega casa del seductor.

Como se ve, aún no vino el arrepentimiento, ni es poderosa á despertarlo la presencia del monasterio mismo. Sólo causas nada menos que milagrosas llegan á herir la imaginación de la ex monja precipitándola por el camino de la contrición, por el cual se deja ir con la misma facilidad que por el del vicio. Margarita no es un temperamento místico y fogoso, como debía serlo, y lo es la doña Clara de la *Buena guarda*, sino una mujer sin voluntad, que sólo tiene, por lo visto, corazón y que se deja embobar sin resistencia alguna. Carece de inteligencia y de me-

moria, y así necesita la presencia misma de los objetos para evocar sus recuerdos. Encarrilada por la vía de la expiación, se abandona á ella con la misma inercia que en los brazos de don Juan.

La borrasca y la lluvia (habituales recursos de Zorrilla, y en esta leyenda prodigados con exceso) le obligan á recogerse en la iglesia, y al postrarse ante el altar humilde,

allá dentro de su mente
mil recuerdos, de repente,
empezaron á brotar.
  Ella hizo aquel ramillete,
ella bordó aquella toca,
en aquella cruz, su boca
puso mil besos y mil;
aquella alfombra, en su tiempo,
delante del coro estaba...
toda su vida pasaba
por ella, en sueño febril.
.....
  Y según bellos recuerdos
poco á poco iba encontrando,
poco á poco iba olvidando
la belleza de don Juan;

hasta que, al cabo, acuden los suspiros á su pecho y las lágrimas á sus ojos, y rompe en esta exclamación:

«¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
volverme á mi vida austera
y á otro porvenir mejor?»

Lo que sigue hasta el final de la leyenda es hermosísimo, aunque más que ninguna otra parte deja entrever el modelo francés. Zorrilla, con

igual propósito que Nodier, escribe, entre otras, estas bellísimas estrofas:

En esto, allá por el fondo
de una solitaria nave,
con paso tranquilo y grave,
vió Margarita venir
una santa religiosa,
cuyo rostro no veía,
por una luz que traía
para ver por dónde ir.

. . . . . .

Pasó á su lado en silencio,
y Margarita, al mirarla,
extrañó no recordarla
ni su faz reconocer.

. . . . . .

La monja, en tanto, seguía
los altares arreglando,
y la seguía mirando
Margarita, por detrás;
y hallaba en todo su cuerpo
un no sé qué de extrañeza,
que aumentaba su belleza
cuanto la miraba más.
Había cierto aire diáfano,
cierta luz en los contornos,
que quedaba en los adornos
que tocaba por doquier;
de modo que en breve tiempo
que anduvo por los altares,
viéronse en ellos millares
de luces resplandecer.
Pero con fulgor tan puro,
tan fosfórico y tan tenue,
que el templo seguía obscuro
y en silencio y soledad:
sólo de la monja en torno
se notaba vaporosa,
teñida de azul y rosa,
una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
á pesar de la distancia,
de las flores la fragancia
que ponía en el altar,
y, ó un inefable ensueño
le embargaba los sentidos,
ó escuchaban sus oídos
música al lejos sonar.

. . . . . .

Su vida era en aquel punto
un éxtasis delicioso,
era un sueño luminoso,
un deliquio celestial.

. . . . . .

Sólo quedaba en el alma
de Margarita un intento,
un impulso, un sentimiento
hacia la monja, de amor.

. . . . . .

Y en ella fijos con ansia
los ojos y el pensamiento,
la gloria por un momento
en su delirio gozó.

. . . . . .

Tomó al fin su luz la monja,
y por la iglesia cruzando,
pasó á su lado rozando
con las ropás, al pasar,
y sin poder Margarita
resistir su oculto encanto,
ásióla, al pasar, del manto,
mas sin fuerzas para hablar.

Como se ve, la coincidencia de Zorrilla con Nodier es más que semejanza fortuita, es verdadera imitación.

Traba Margarita conversación con la sobrenatural religiosa, y por ella sabe todos los pasos de su misma vida conventual. La hija pródiga,

al escuchar su propio nombre é historia quedóse suspensa. Levantó los ojos, miró el rostro de la religiosa, y desconcertada de asombro, vió su imagen viva, su mismo aire y facciones; ¡hallóse en presencia de sí misma!... Aquí rompe el poeta en aquellas magníficas octavas que empiezan:

Cayó en tierra de hinojos Margarita...

y que todo el mundo guarda en el archivo de su memoria. De pronto alzó su espantada frente la venturosa pecadora para oir el dulcísimo acento de la Reina de los Angeles, que al subir al cielo le decía:

«Te acogiste al huir bajo mi amparo
y no te abandoné; ve todavía
ante mi altar ardiendo tu bujía:
Yo ocupé tu lugar, piensa tú en mí.»

Todo este final de la leyenda de *Margarita*, aunque deba tanto á Carlos Nodier, no merece sino elogios por los hermosos detalles y episodios que Zorrilla supo ingerirle y la innegable belleza de los versos.

Sigue luego un larguísimo *Apéndice*, donde se cuenta el fin de las historias de D. Juan y de la bailarina Sirena, y en el cual suceden espantables é imprevistas cosas. Esta prosecución, que no contiene menos de 1.430 versos, sobra totalmente de la leyenda, y es una cola que la afea sobremanera. Por tanto, no habremos de hacer aquí su análisis, pero sí diremos que Zorrilla, aunque nos cuenta los sucesos posteriores de

galán, según fué costumbre en los españoles que del caso de Beatriz trataron, no lo entra en religión como Lope y Avellaneda. Al contrario, don Juan de Alarcón sigue su misma vida de aventuras, derrochando los dineros y la salud en Madrid, Italia y Francia.

¡Oh lector de mis entrañas!
que al que tiene malas mañas...
el refrán se lo dirá.

XIV

Beatriz la portera, del P. Arolas.—Escaso mérito de esta versión.—Sus fuentes.—Su examen.—La creación del tipo de *Belfegor*.—Juicio general de *Beatriz la portera*.—Conclusión.

La última redacción poética de la leyenda de Sor Beatriz que conoció el público de España es la titulada *Beatriz la portera*, que figura entre las obras poéticas del Padre Juan Arolas [1].

Este poeta valenciano, si no fué de los primeros que produjo el último siglo, ocupa, sin embargo, distinguido lugar en la historia literaria de él por sus poesías caballerescas, amatorias, y, sobre todo, por las delicadas *Orientales* que compuso [2]. Pero si todas sus obras fueran como la composición de que ahora tratamos, forzoso es concluir que su buen renombre menguaría mucho.

---

1 *Poesías religiosas, caballerescas, amatorias y orientales de D. Juan Arolas. Edición que contiene las no publicadas hasta el día, y varias no impresas en otras colecciones. Valencia, 1860. Juan Mariana y Sanz, editor* (imprenta de José Ríus). 3 volúmenes en 4.°—Tomo II, págs. 241 á 261.

2 Véase el libro de D. José Ramón Lomba, *El P. Arolas, su vida y sus versos, estudio crítico*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1898. Un vol. de 243 págs. en 8.°

Aunque esta leyenda apenas pueda citarse más que como curiosidad literaria, reclama algún espacio en la presente *Memoria.* Arolas declara al principio que tomó el asunto de Cesáreo de Heisterbach, y, como va á verse, no suele apartarse casi nada del texto del fraile sajón.

Cesáreo nos da una historia
con vislumbres de misterio,
que en un santo monasterio
dejó célebre memoria:
por su autoridad notoria
referirla es conveniente,
para que el lector aumente
su devoción á María,
iris de amor, luz y guía
del corazón penitente.

«A pesar de tal anuncio, y á pesar del gran talento poético de su autor, la leyenda está tratada del modo más vulgar é indecoroso, y con cierto género de humorismo de baja ley, que repugnaría en un escritor profano, cuanto más en un religioso como el padre Arolas [1].» Efectivamente, el asunto de la leyenda de Sor Beatriz no se presta para la ironía y menos para lo cómico; entenderlo al contrario y la creación del risible é inútil *Belfegor* son los dos principales defectos de *Beatriz la portera.*

Muchos de sus pormenores acusan una equivocación ó descuido tan grandes, y una falta de gusto y sentimiento poéticos, que parece imposi-

1 MENENDEZ Y PELAYO, *Observaciones preliminares* á las *Obras de Lope de Vega* (Tomo V, pág. XLIV).

ble brotase de la misma pluma que trazó las *Orientales*.

Viniendo á tratar de la forma, no pueden tampoco hacerse mayores elogios. La obra del poeta valenciano está toda en décimas (total 61) de muy desigual mérito, pero todas de tan inferior, que apenas hay una buena. Nunca Arolas compuso versos tan bajamente como en esta leyenda, que es, sin duda, la más ramplona de sus obras.

Sin duda por estas causas no quiso incluirla en la edición de las suyas, que él mismo hizo, ni se puso en varias de las posteriores. Tampoco la menciona el Sr. Lomba en su citado estudio.

Principia con siete décimas, en que describe la clausura y mística ocupación de las vírgenes del Señor, alabadas por los coros angélicos. No carecen de poesía y dulzura. Pinta luego la hermosura, pureza, talento y ejemplar vida de la hermana Beatriz en estas tres décimas:

Era de beldad portentos
Beatriz, y acompañaba
las gracias de que gozaba
con la virtud y el talento:
era todo su elemento
dirigir lágrimas pías
á la Madre del Mesías,
y embebida en su oración
llenaba su corazón
de mil santas alegrías.
Con la toca delicada
sobre su sién pura y leve
como el ampo de la nieve,
dejaba el alma turbada:
parecía así velada

cual la soñolienta luna
que adormece, ó cual alguna
cariátide hermosa y grave
que sostiene el arquitrave
del templo de la fortuna.
La comunidad entera
satisfecha de su celo,
solicitud y desvelo,
le dió el cargo de portera:
pero la malicia fiera
de Luzbel salió á su encuentro
desde su tartáreo centro,
y por más que estuvo alerta
para cerrar bien la puerta,
Luzbel se quedaba dentro.

Explica luego el poeta los diversos medios que los diablos y duendes usan, según los *cabalistas*, para amedrentar á las pobres monjas, mostrando ya aquí el humorismo de mal gusto que luego exageró inutilmente.

Beatriz, inocente y descuidada, comenzó á mirar más de lo que convenía á su conciencia y sosiego, la gentileza de un apuesto mancebo

pirata que codiciaba
sus abrazos y sus besos.

Insistió el galán en su empeño; logró hablar á la sencilla reclusa, fingióle un cariño que no tenía, y con la amable miel de sus amorosas palabras y fingidos juramentos, logró al cabo perdidamente enamorarla. Esforzábase el mancebo en persuadir á Beatriz á que dejase desde luego

la clausura y la monjía,
y en su amable compañía
buscase paz y sosiego.

Resistíase con empeño la sencilla virgen á cometer tan horrenda maldad; mas tanto insistió el galán, tan poca mella en él hacían los ceños, duras respuestas y negativas y es tan flaca la voluntad de una doncella sin experiencia y enamorada, que al cabo accedió á la demanda y dió á su amante el desgraciado sí.

Arolas comprendió el mal efecto de hacer clérigo ó religioso al seductor, y no siguió en esto á su modelo Cesáreo de Heisterbach. Repugna, en efecto, el doble sacrilegio, pues si la monja, cegada de amor, joven, débil, inexperta y sin conocimiento del mundo, halla alguna disculpa en su extravío, sólo ásperas censuras podemos dirigir al impúdico sacerdote que así mancha sus sagradas vestiduras, á favor de las cuales logra saltear la voluntad de la sencilla religiosa.

Llegado el momento de abandonar el convento, cuya custodia le había sido encomendada, la monja sentía mil angustias en su pecho, y antes de dejar para siempre aquella hospitalaria mansión

con las llaves del convento
se postró al pie del altar

y dirigió á la Emperatriz de los ángeles la siguiente plegaria ó despedida:

¡Oh, madre de los dolores!
¡Consuelo del afligido!
Fiel á nuestro amparo he sido,
recibiendo mil favores:

á vos vengo sin temores
á ceder á vuestro imperio
las llaves del monasterio,
y en vuestras manos las pongo,
porque á partirme dispongo
de este triste beaterio.
Ya no puedo resistir
á las fuertes sugestiones,
me espantan estas prisiones,
no puedo en ellas vivir:
preferible es el morir,
pues me dice la razón
que es una equivocación
estar noche y día alerta
pensando en cerrar la puerta
sin cerrar el corazón.
¿De qué sirve el traje austero,
el cilicio y penitencia,
si con férvida impaciencia
sufrimos un volcán fiero?
Con un tono lastimero
el amor llama y espera:
¿cuál será, pues, la portera,
que por darle algún abrigo,
no acuda pronto al postigo,
con un corazón de cera?
En vos pongo la fe mía,
madre del verbo divino,
á vos encargo el destino
de guardar la portería:
sed mi amparo, norte y guía
en el nuevo mar del mundo;
sed íris bello y fecundo
y áncora de salvación
que sirva de protección
en un golfo tan profundo.»

Así dijo su plegaria la descarriada oveja mientras

mudo estaba el convento
como un ancho panteón,

en donde las tumbas son
un fúnebre monumento.

Dejó reverente el manojo de toscas llaves sobre el altar de la Virgen sin mancha, y quitándose el casto velo de las palomas elegidas, engalanó el airoso cuerpo con profanas vestiduras.

En el Edén soberano
de una hermosa primavera
así la mujer primera
despojóse dsl candor,
gustó el fruto, y su dulzor
fué ponzoña verdadera.

Levantóse aquí un tanto por el momento la musa del P. Arolas para describir la salida de la apóstata del santo asilo:

Partióse de allí al instante
fijando con mucho tiento
su planta en el pavimento,
y en busca del caro amante:
deslizó su sombra errante,
de otrasombra se fué en pos,
y se perdieron los dos,
como nube que se ausenta
cuando guía la tormenta
la mano del mismo Dios.
. . . . . .
Por breve tiempo feliz
entre fiestas y recreos,
saraos y devaneos,
se pudo juzgar Beatriz;
adorada en su desliz
cuanto le apetece alcanza,
no abriga desconfianza,
mecida por tal ventura
va creciendo en hermosura,
va rica con su esperanza.

Describe luego Arolas las habilidades del demonio pintor Belfegor, cuya industria y maestría favorece á las mujeres para vestirse, adornarse, engalanarse, afeitarse y disimular las faltas y defectos físicos. Episodio enteramente inútil y de poco gusto.

Cinco años, según el poeta, dura la felicidad de la engañada Beatriz, mas al cabo, saciado el amor de su galán, embotado con la posesión y el deleite, abandónale su amante, cuyo fugaz amor compara el poeta á aquellas *pintadas moscas*, de las cuales *dicen los naturalistas:*

Que efímeras son llamadas
llenas todas de amatistas:
nacen graciosas y listas,
y lucen su tornasol
cual oro que da el crisol,
pero cual cosa mentida
vienen á perder la vida
al ver un rayo de sol.

Perdió, pues, Beatriz á su amante, perdió su lujo y su alegría

sólo le quedaron ojos
para llorar sus enojos
con lágrimas de tristeza.

Sola en el lecho abandonado lloraba la sinventura su desamparo y su desgracia, cuando, volviendo sus húmedos ojos, vió en la estancia al nefando Belfagor, diablo acróbata y titiritero, destruidor incansable, como niño emberrenchinado, y cuyos ridículos aspavientos describe Arolas en estos bajos y prosaicos versos:

Se entretenía el traidor,
cuyos ojos eran fraguas,
en rasgarle las enaguas,
pasando muy buenos ratos
remojando los zapatos
en el vaso de las aguas.
Con tal desvelo bailaba
sobre un círculo encantado,
que del cuarto el enlosado
con las uñas arañaba:
como un mono se colgaba
de un pilar ó de una viga,
se azotaba la barriga
redonda como una bola
con la vacilante cola,
látigo con que castiga.
. . . . . .
Habló con este desmán,
y huyó de la habitación
dejando una inundación
de azufre, pez y alquitrán:
sin duda en algún desván
dormir un poco desea,
pues subió á la chimenea
cabalgando en una escoba,
mientras que la niña boba
deja la cama y se asea.

No fué aquí muy refinado que se diga el gusto poético del P. Arolas.

Trata en vano la pobre monja de componer sus galas y enmendar los destrozos del demonio saltarín, mas en vano, porque todos sus vestidos se los dejó

comidos y trabucados,
sucios, rotos y manchados,
con mil ñudos, mil enredos.

Medio vestida y medio desnuda por huir de

aquel pestífero lugar, lánzase fuera, y sin rumbo ni orden recorre las calles de la ciudad.

No hay quien su dolor acalle,
sólo encuentra seductores
que la requieran de amores,
la instruyen en su doctrina
sentada al pie de una esquina,
y al pasar le arrojan flores.

Sin que el poeta se tome el trabajo de informarnos de las causas, siguiendo á la letra al monje Cesáreo, vemos á la mísera Beatriz rodando á lo más hediondo del lozadal del vicio.

Corramos un denso velo
sobre su nefanda vida,
porque asaz tengo afligida
la idea, por Dios del cielo:
me causa gran desconsuelo
ver á la pobre Beatriz
convertida en meretriz,
y considerar sus daños
en término de diez años
que permaneció el desliz.

Tocóla Dios al cabo en el corazón, y arrepentida de sus culpas, aunque el poeta no nos explica la causa inmediata de ello, torna en demanda del santo refugio del convento. Llega, halla un hombre guardando su antigua casa, y temerosa le pregunta:

¿Conocéis á Beatriz
que aquí sirvió con esmero?
—Sí, le contestó el portero,
es muy santa y muy feliz.

Síguele elogiando sus muchas virtudes y limpieza de vida, que es *un pasmo de santidad.*

Como la hija pródiga no comprende aquellas palabras, intenta volverse.

Cuando con hermoso agrado
vió á la Virgen á su lado
que abrazada con el niño
le miraba con cariño,
más pura que las auroras
en las matinales horas
y más blanca que el armiño.

La amorosa madre de misericordia, al ver la confusión y espanto de la pecadora, así le habla con dulcísimo acento:

«Tomando vuestras facciones
¡oh, Beatriz!, quince años ha
que en vela mi pecho está
en medio de estas prisiones:
desempeñé las funciones
de portera en el convento,
mas ya se acercó el momento
de que hagáis tal penitencia,
que salvéis vuestra inocencia
con santo arrepentimiento.»

Asombrada la monja arrepintióse y confesó públicamente su depravada vida, como la religiosa de Gautier de Coinci lo hace.

Sabiendo Belfegor todo esto tomó rabiosísima furia. Corrió al convento y quiso prenderle fuego, pero no pudo lograrlo. Fuése desesperado al jardín, cortó cuantas plantas, ramas y arbustos halló á mano

lo llenó todo de orugas,
y se comió las lechugas,
y lanzandose á Beatriz,
plagó toda su nariz
de finísimas arrugas.

Cuyas estupendas hazañas terminadas se tornó al jardín y se ahorcó de un árbol. ¡Desastrado fin de este apreciable sujeto de tanta disposición para los volatines!

Tal es la anodina relación que el P. Arolas sacó de un cuento tan hermoso. Como se ve, limítase á glosar la breve relación del cisterciense de Heisterbach, sin más novedades que la desgraciada creación de Belfegor, personaje grotesco que estraga la ya débil versión de la leyenda.

No hay en ella diálogo, ni pintura de tipos ó caracteres, ni el autor se molesta en describir los internos combates de la inñel religiosa, que es en lo que precisamente reside la principal belleza de la historia. Tampoco se citan el lugar donde el hecho ocurre, ni la Orden del Monasterio, ni la advocación de la imagen, nombre ni clase del galán, que apenas se vislumbra (pues casi no interviene para nada en la leyenda), ni finalmente, el lugar donde ambos amantes se refugian. Pudiera creerse que cuando Arolas compuso esta relación no conocía ninguna otra versión de ella más que la del monje heisterbacense.

La versión del P. Arolas es la última y también la más inferior entre las españolas de la Leyenda de Sor Beatriz.

FIN

INDICE

Páginas.

Advertencia..... 5

I.—Multitud de narraciones piadosas en la Edad Media.—Su clasificación.—Gran número de leyendas marianas.—Carácter que ofrecen.—Repertorios y cancioneros de Santa María.—Sus clases.—Mérito que ostentan..... 9

II.—Las *Cantigas de Santa María* del Rey Sabio.—Importancia que ofrecen entre los demás cancioneros marianos.—La *cantiga XCIV*.—Asunto sobre que versa. Sas condiciones poéticas.—Estados ó formas que toma en su desarrollo cronológico..... 16

III.—Semejanza de la historia de Sor Beatriz con otras marianas.—Gran ciclo en que puede comprenderse.—Otras leyendas de fugas de religiosas.—La historia de *El Sacristán y la Dama*.—Su examen.—Verdadero carácter de nuestra tradición.—Milagros de Nuestra Señora que lo ofrecen idéntico.—La historia del campeón de Santa María y la del caballero que ofrece su mujer al diablo..... 26

IV.—Trascendencia que tuvieron en España estas dos leyendas.—El Campeón de Santa María en la Edad Media.—Formas dramáticas de la historia.—El Caballero que ofre-

Páginas.

ce su mujer al diablo. —Diversas redacciones.—Juicio general de estas leyendas..... 37

V.—Del origen de la leyenda de Sor Beatriz.—Los amores de religiosas como elemento poético en la literatura española —Muestra de algunos casos.—El Arcipreste de Hita.—*El Jardín de Flores curiosas* de Antonio de Torquemada.—La comedia *El Rayo y terror de Italia* de Rosete y Niño.—La leyenda del estudiante Lisardo.—Otros ejemplos..... 61

VI.—La historia de Sor Beatriz en la hagiología latina.—Particularidad de estas redacciones.—Primer texto de nuestra leyenda.—Cesáreo de Heisterbach.—Redacciones del *Discípulo*, de Juan Mayor, Bzowio, Tomás Wright, etc..... 76

VII.—La leyenda de Sor Beatriz en Francia.—Primera forma poética.—El monje trovero Gautier de Coinci.—Su versión de esta leyenda.—La leyenda en forma de *fabliau*.—Versión anónima de las *Vies des Peres*.—Otras redacciones..... 82

VIII.—La leyenda de Sor Beatriz en España.—Escritores y poetas que la refieren.—Juicio general de estas versiones.—Elementos variables en ellas.—Novedades comunes á todos.—La leyenda de Sor Beatriz no está en los *Milagros de Nuestra Sennora* de Berceo. 95

IX.—La leyenda de Sor Beatriz en las *Cantigas* del Rey Sabio.—Existencia de las tres formas.—Examen de la *Cantiga LV*.—La *XXIV*; su asunto.—La *Cantiga CCLXXXV*.

Páginas.

—Fuentes y novedades de estas versiones. —Redacción catalana de aquesta historia... 103

X.—*La Buena guarda*, de Lope de Vega.—Reforma con que el autor la publicó.—Juicio general de esta comedia.—Examen crítico.—Numerosas bellezas de pormenor que ofrece.—*La Buena guarda* y las demás versiones de la leyenda de Sor Beatriz 115

XI.—La novela de *Los Felices Amantes*.—Juicio general de ella.—Desarrollo de su asunto. —Novedades que Avellaneda introduce en él.—Comparación de esta historia con lo demás del *Quijote* 151

XII.—Indicación de la *Legende de Sœur Beatrix*, de Carlos Nodier.—Elementos nuevos que se introducen en ella.—Traducciones castellanas de esta leyenda 165

XIII.—La leyenda de *Margarita la Tornera*, de Zorrilla.—Juicio general de esta pieza.—Sus fuentes.—Examen de ella.—Méritos de pormenor que presenta..... 171

XIV.—*Beatriz la portera*, del P. Arolas.—Escaso mérito de esta versión. Sus fuentes.—Su examen.—La creación del tipo de *Belfegor*.—Juicio general de *Beatriz la portera*. —Conclusión..... 190

544955

LPor
A388c
.Yco

Alfonso X, King of Castile (el Sabio)
Cantigas de Santa María
Cotarelo y Valledor, Armando
Una cantiga célebre del Rey Sabio

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET